EL EVANGELIO DEL CÉNTIMO

Rastignac

EL EVANGELIO DEL CÉNTIMO

Rastignac

© 2026, Rastignac. Todos los derechos reservados.

Esta obra se entrega de forma gratuita. Queda permitida su reproducción y difusión siempre que no exista ánimo de lucro, se mantenga la integridad del texto y se cite la autoría. No se permite la transformación ni la explotación comercial de esta obra sin el consentimiento expreso del autor.

Cualquier parecido con la realidad, personas vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia (salvo aquello que la naturaleza humana se empeñe en confirmar).

Edición digital v1.3

Capítulo I - Los dos avaros

Corrían los días de junio y Madrid, villa y corte, hervía bajo un sol inclemente; tal vez no tanto por la temperatura, sino por la furia de su mercado inmobiliario. Félix, un joven médico de procedencia manchega, pisaba sus calles con una doble ambición de sabio y necio. Quería forjarse un futuro en su especialidad elegida, la anatomía patológica; pero también, por otra parte, quería amasar a cualquier precio una inmensa fortuna personal. Decir «a cualquier precio» resultaba inexacto. Dinero no pensaba gastar, lo que quería era comprarlo; y estaba dispuesto a hacerlo mediante la privación más absoluta.

Sus veinticinco años le daban un aire de juventud vigorosa e inteligencia ágil. Tales dotes, sumadas a una apostura física que arrancaba suspiros entre las transeúntes, prometían un porvenir brillante. Sin embargo, bajo esa superficie pulcra y ese porte aristocrático de elevada estatura; bajo esa fuerte osamenta, de hombros anchos y rasgos marcados, yacía un corazón helado. Un corazón cuyo ritmo no era dictado por la pasión o la generosidad. Félix era, a su modo, un filósofo de la avaricia. Un estratega frío de la economía propia, de una aversión al gasto tan atroz que rayaba el diagnóstico de fobia.

La búsqueda de un piso modesto se había convertido en una odisea de fianzas inasibles. Tras recorrer las entrañas de Chamberí, los bloques anodinos de Tetuán y los reformados «pisos-colmena» de Malasaña, su espíritu, más que su cuerpo, se sentía extenuado. Había visto cuchitriles que costaban lo mismo que un palacio en su provincia natal; zulos donde el sol era un mito y el aire fresco, una leyenda urbana. Por no hablar de apartamentos de estética funcional —es decir, barata y sin alma —; todos exigiendo sumas que a Félix le parecían sacrílegas.

—Novecientos euros por esto, señorita, es un insulto a la inteligencia —le había espetado a una agente inmobiliaria de sonrisa sintética y traje ajustado al límite de la asfixia—. Aquí no cabe ni un gato.

La mujer, curtida en mil batallas entre caseros avarientos y arrendatarios suplicantes, se encogió de hombros.

—Es lo que hay, joven. Busque, si no, en la periferia.

La periferia, para Félix, era un concepto relativo. En su mente, los precios de Madrid entero estaban en la periferia de lo razonable, y más allá de las fronteras de la cordura.

Finalmente, el sol del mediodía lo halló en una cafetería ruidosa, de esas que proliferan a la sombra de los hospitales. Allí, el aroma del café quemado se mezclaba con la desesperación contenida de los que esperan noticias. Pidió un café con leche, no sin un cálculo mental instantáneo del coste de la taza, del servicio y del margen del hostelero. Se sentó en una mesa apartada, de espaldas a la pared, y observó el ir y venir de la gente: un hormiguero, a sus ojos, de actividad angustiosa.

El café, amargo y diluido, se enfrió ante él sin que probara un solo sorbo. Su mente, una máquina de precisión suiza para el ahorro, se había encendido. Así lo delataba el brillo de sus intensos ojos azules. Reflexionaba sobre la vida laboral, para él recién estrenada: esa cadena perpetua donde el sudor del esfuerzo se evapora al mismo ritmo que el salario.

«Se trabaja —pensaba Félix— para un casero que vive de la renta y hasta te cobra el aire que respiras. Se trabaja para las compañías de la luz, del agua y del gas, cuyas facturas te aplastan, como si fueran bienes escasos y no monopolios disimulados. Se trabaja para el Estado, ese monstruo insaciable que te arranca el alma a trocitos en cada impuesto, en cada tasa, en cada contribución».

Lo peor de todo, a su juicio, no era solo el desfalco presente, sino la perspectiva futura. «Cuanto más ganas», cavilaba con una

lucidez despiadada, «más te exigen. Más te cobran. Los impuestos aumentan, el ladrillo se encarece. Las apariencias llevan al dispendio. Es una espiral de despilfarro; una condena de la que solo se escapa por una vía: acumular y rechazar el gasto».

En su mente, la avaricia no era pecado, sino virtud cardinal. Una rebelión contra un sistema diseñado para expoliar al individuo hasta el despojo total; una declaración de independencia financiera. No era ahorrar por ahorrar, sino ahorrar para ser libre. Libre de las ataduras de la servidumbre económica.

Un relámpago de convicción le atravesó. Su plan era infalible; su camino, el único sensato. Su avaricia, su escudo.

La agitación de la cafetería, el ir y venir de camareros superados, le dio la idea. El café seguía intacto. Una punzada de vergüenza le recorrió la espina dorsal al pensar en evadir el pago, pero fue eclipsada de inmediato por el orgullo de una victoria anticipada. Esperó el momento justo. Analizó el entorno con precisión clínica: un grupo de turistas ruidosos al salir y un camarero con la bandeja repleta. Se levantó con la discreción de un gato, se deslizó entre las mesas y escapó hacia la calle, bajo el sol madrileño. Tensando los músculos de su mandíbula y apretando triunfante los dos puños, tenía el estómago vacío, pero el bolsillo intacto.

¡Dos euros! Dos euros que no había gastado seguían formando parte de su magro capital. Dos euros que no irían a un casero, ni a la compañía eléctrica, ni al fisco. ¡Dos euros que eran suyos, enteramente suyos! Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en sus labios. La vergüenza del acto ilícito se disipó como el humo, reemplazada por la dulce miel del ahorro. Aquella tarde, en las calles de Madrid, Félix se reafirmó en su particular credo: la vida era una batalla contra el gasto y él un soldado en primera línea, que algún día llegaría a general.

Tras la pequeña victoria del café, Félix caminaba por la calle

Alcalá, con el paso de un mariscal después de derrotar a un ejército enemigo. Sin embargo, Madrid es una hidra de mil cabezas que no se deja vencer ahorrando un par de monedas. La siguiente inmobiliaria, con su local de paredes blancas y luces frías, solo consiguió exasperarle aún más. Pretendía vender modernidad a precio de oro, pero lo único que logró fue arrojarle de nuevo al foso de la indignación. Le habían ofrecido un estudio del tamaño de un ataúd, donde el inodoro se asomaba al borde mismo de la almohada, haciendo las veces de cabecero, por la módica suma de mil cien euros mensuales.

—Es un *loft minimalista* para un profesional de su prestigio. En una ubicación excelente, doctor —había dicho el agente, tratando de dignificar la oferta mediante palabras rimbombantes.

Félix salió a la acera, conteniendo su furia. Según su cálculo rápido, en cuatro años, aquel agente le habría extraído de sus venas el valor de un piso decente en su pueblo de origen; una hemorragia económica que amenazaba el pronóstico vital. Mientras miraba el suelo con indignación, maldiciendo en su mente cada baldosa, una figura bloqueó su paso.

Era un anciano de baja estatura y postura encorvada, con una chaqueta de lana que, aunque limpia, delataba una antigüedad casi geológica. Tenía el rostro redondo, surcado por arrugas que convergían en una sonrisa que podría calificarse de «abuelito adorable», de no ser por el brillo metálico de sus pupilas.

—Joven —dijo el viejo con una voz que crujía como el papel seco—, me debe usted dos euros.

El mundo se detuvo para Félix. Notó el latido sordo del corazón, que golpeaba las paredes de su caja torácica. Se vio de pronto en el centro de un escenario sórdido, señalado y expuesto, tal vez hasta humillado en plena calle por una suma inferior al precio de un desayuno. Esa vergüenza —sentimiento que en Félix nunca nacía del remordimiento, sino del pavor a la deshonra social— provocó un eritema en sus pálidas mejillas. Sin mediar palabra, hundió la mano en el bolsillo, extrajo las dos

monedas que aún conservaban el calor de su rapiña y se las tendió al anciano, con un temblor que no lograba reprimir.

El viejo soltó una carcajada siniestra, un sonido que parecía proceder de un pulmón lleno de tierra.

—Quédatelos, muchacho, quédatelos —dijo devolviéndole el dinero con un gesto juguetón—. No soy el dueño de la cafetería, pero sí de mis silencios. Lo he visto todo desde la mesa de la esquina. Me ha parecido una maniobra... de una audacia poética.

Félix, recuperando el aliento, pero no la guardia, volvió a guardarse el dinero con un recelo instintivo. Miró bien al anciano. A pesar de su escasa estatura, había algo en su presencia que imponía respeto, e incluso resultaba intimidatorio. Su cráneo, amarillento y alopécico, mostraba la textura de un pergamino egipcio, donde las venas de sus sienes dibujaban retorcidos contornos, de una geografía caprichosa y corrupta. Sus ojos eran dos cuentas de azabache, hundidas en órbitas profundas, donde brillaba una inteligencia malévola, que parecía alimentarse de la luz ajena. La cabeza del viejo casi carecía de pelo, salvo por unos mechones blanquecinos y ralos, que le brotaban de las orejas en forma de finísimos filamentos que recordaban al moho.

—La necesidad agudiza el ingenio —balbuceó Félix, tratando de recuperar su dignidad—. Madrid es una estafa organizada. Esos pisos... esos precios... No es ético cobrar mil euros por un zulo infecto. Es una transferencia de riqueza injusta. ¡De quien trabaja a quien simplemente posee!

El anciano asintió con una parsimonia que escondía una profunda satisfacción.

—A menos que tú poseas y otros trabajen —matizó el viejo—. Porque en tal caso, las cosas se ven muy diferentes.

Félix asintió de manera instintiva, desbordado por la brutal franqueza del anciano.

—Me llamo Arcadio —se presentó el viejo, que tendió la mano

a Félix—. Y tienes razón, es una obscenidad. Yo, de joven, era exactamente igual que tú. En un billete, veía una gota de mi propia sangre. No soportaba que el mundo me robara lo que yo ganaba con mi tiempo. Pero dime, joven, ¿hasta dónde llega tu amor al dinero? ¿Eres simplemente un tacaño de salón o un verdadero asceta del ahorro?

La mano de Arcadio era pequeña, pero de una fuerza prensil asombrosa, con uñas amarillentas y largas. Sin comprender el motivo exacto, Félix sentía una extraña conexión con aquel desconocido, que hablaba su mismo idioma de privación. Dada la desvergüenza con la que se expresaba el anciano, expuso su perspectiva con igual claridad: el trabajo como servidumbre, los suministros como parásitos, la libertad comprada céntimo a céntimo.

Don Arcadio le prestaba oídos, como un maestro que escucha a un discípulo prometedor. Sus ojos brillaban con un sadismo refinado.

—Tengo una propuesta para ti, joven... Félix, ¿verdad? Si tu desprecio por el gasto es tan absoluto como dices, aceptarás mi trato. Tengo un sótano. No está en el catastro, no existe para el Estado. No tiene ventanas ni las comodidades que la gente común considera necesarias. Es un lugar miserable, húmedo, lúgubre. ¡El infierno en la tierra para un hombre moderno!

Félix frunció el ceño, esperando la cifra del alquiler, pero Arcadio levantó su huesuda mano de largos dedos.

—No me has entendido. No quiero que me pagues. Digamos que es una especie de experimento social: te voy a poner a prueba. ¡Yo te pagaré a ti! —explicó el anciano, con una pausa retórica mientras sostenía la mirada de Félix—. Quinientos euros al mes por habitar allí, porque «vivir»… sería exagerar. Tu parte consiste en soportar la inmundicia y contarme, de vez en cuando, cómo sobrevives en ese agujero mugriento, mientras el resto del mundo se arruina pagando hipotecas.

—¿Y usted qué gana con eso? —preguntó Félix, incrédulo.

Arcadio miró a Félix con una seriedad implacable. Su gesto era tan adusto que descartaba cualquier atisbo de humor.

—Compro tu dignidad —dijo sosteniendo la mirada del joven, con expresión inhumana—. Y me recreo en tu sufrimiento. A cambio, ganas dinero, por el simple hecho de existir, pero en la infamia. Quinientos euros al mes serán el canon de tu deshonra. ¿Estás de acuerdo?

Al decir estas palabras, el rostro del anciano, despojado de toda máscara social, reveló una maldad escalofriante. A Félix, sin embargo, se le dilataron las pupilas. ¿Ganar dinero por tener un techo? ¿Cambiar la obligación de un pago por recibir una renta? En su mente, el sótano lúgubre empezó a brillar con el fulgor del oro puro. La humedad era solo agua gratuita; la oscuridad, otra factura que no habría que pagar.

—Acepto —dijo Félix con decisión, sin haber visto aún el lugar donde la disección de su existencia estaba a punto de comenzar.

Don Arcadio sonrió. Por un instante, Félix creyó ver el reflejo de una trampa en su dentadura podrida; pero el sonido de los quinientos euros, que ya imaginaba en su cuenta, ahogó cualquier instinto de cautela.

Mientras avanzaban por las arterias señoriales del barrio de Salamanca, aquel Madrid de fachadas de piedra caliza, portales de caoba y conserjes de galones dorados, Arcadio hablaba con la cadencia de un viejo testamento financiero. Cada paso que daban sobre las aceras relucientes, parecía aumentar la estatura moral del misterioso anciano octogenario.

—Mira estos edificios, Félix —decía Arcadio, señalando con un bastón de puño de plata, que parecía haber salido de un museo de la avaricia—. En muchos de ellos, yo tengo mi rincón. Algunos los poseo enteros. Aunque no lo parezca, soy más rico que un duque de la grandeza de España; pero no tengo escudo de armas, sino títulos de propiedad. He pasado sesenta años

alimentándome de pan duro y sueños de interés compuesto. He invertido cada peseta que otros gastaban en burdeles o en teatros, y luego cada euro. Poseo cientos de inmuebles, probablemente miles. Ya he perdido la cuenta de cuántas almas me pagan un alquiler, a cambio de un techo bajo el que morir.

Félix escuchaba con una mezcla de envidia religiosa y fervor místico. Aquel hombre era el profeta de su propia fe. Félix se dio cuenta de que, en parte, la corta estatura de Arcadio se justificaba por una compresión vertebral, tal vez provocada por décadas de esfuerzo, cargando el peso invisible de una avaricia inmensa. Por eso caminaba encorvado, con el cuello proyectado hacia adelante, como una tortuga que busca su alimento en el fango. La columna de Arcadio había adoptado la forma de un signo de interrogación, una curvatura biológica que reflejaba su única pregunta vital: «¿Cuánto más puedo quitarte?».

—Te preguntarás el origen exacto de todo este patrimonio, pero no… Nada es heredado. Todo lo he levantado con estas callosas manos. Los que me envidian, me dicen usurero. ¡Pero lo que ellos llaman usura, yo llamo oportunidad!

De pronto, se desviaron por un callejón sin salida, delimitado por dos grandes fincas en la calle de Claudio Coello. Parecía una cicatriz purulenta en el rostro inmaculado del barrio. La luz del sol, que hasta entonces bañaba balcones y cúpulas, se retiró acobardada. Ni un rayo se filtraba entre las sombras de aquellos edificios colosales, que se estrechaban como para asfixiar al transeúnte. Don Arcadio se detuvo ante una trampilla de hierro oxidado, a ras de suelo, protegida por un candado que parecía soldado por el tiempo y el óxido.

—Bienvenido a mi pequeño secreto —murmuró el anciano.

Cuando se abrió la portezuela, un vaho denso, cargado con el olor de mil inviernos de humedad y la podredumbre de tuberías olvidadas, golpeó el rostro de Félix. Bajaron por una escalera de madera, tan carcomida que cada peldaño emitía un quejido agónico. Don Arcadio accionó un interruptor grasiento. Una

única bombilla de apenas cuarenta vatios, colgada de un cable pelado, que oscilaba como un ahorcado, parpadeó antes de revelar el horror.

Aquel sótano de doce metros cuadrados era el monumento definitivo a la degradación humana. Las paredes, que en algún siglo remoto acaso fueron blancas, estaban ahora tapizadas por una costra de salitre y colonias de hongos negros, que dibujaban mapas de continentes malditos. El techo era una selva de tuberías de plomo y PVC, que goteaban rítmicamente sobre el suelo de cemento vivo, creando charcos de agua estancada.

En un rincón, una cama de hierro, cuya armadura estaba devorada por la herrumbre, sostenía un colchón que parecía rescatado de una epidemia de cólera. Su color amarillento y sus manchas, de procedencia dudosa, habrían hecho palidecer al forense más curtido. A dos escasos palmos de la cabecera, sin biombo ni pudor, se alzaba un inodoro de porcelana resquebrajada, desprovisto de tapa, con una costra de cal que recordaba a las estalactitas de una cueva infernal. No había cocina, no había ventanas. No había más aire que el que lograba colarse por las rendijas de la trampilla, cargado de polvo y hollín.

—La electricidad corre de mi cuenta —dijo Arcadio, y su voz resonó en aquella cripta con una alegría siniestra—. Invita la casa. Aquí el tiempo no existe, Félix. Solo la paz del silencio y el ahorro absoluto.

Félix contuvo una arcada visceral que le nació de las entrañas. Aquel oscuro lugar hubiera hecho acogedor al mismísimo averno. Sus ojos de médico analizaron las colonias de bacterias que debían de proliferar en aquel ambiente. Su instinto de conservación le gritó que huyera, que incluso dormir a la intemperie era mucho más salubre que aquella tumba. Abrió la boca para rechazar aquel pacto con el inframundo; para decir que ni siquiera él, por motivado que estuviese, podía rebajarse tanto.

Pero entonces, con la destreza de un ilusionista, Arcadio hizo brotar de su chaqueta unos billetes impecables, de un verde provocador. Los contó con lentitud ante las pupilas dilatadas del joven: cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos... ¡Quinientos euros! Arcadio no miraba el dinero al contarlo; miraba el cuello de Félix, cuyas carótidas palpitaban con cada billete, cuando pasaban de una mano a otra. No pretendía pagar por un servicio, sino por un derecho: el de observar cómo la miseria del sótano devoraba la integridad de ese joven médico. Sin embargo, los sentidos de Félix estaban fijos en el papel moneda. Su roce, a sus oídos, era más melodioso que cualquier salmo; un sonido más puro que una oración: era la voz de Dios.

—Tu primer mes de «sueldo» por habitar en mis dominios —susurró el viejo, extendiendo el dinero.

Félix alargó la mano. Al tocar el papel, el frío del sótano le pareció desvanecerse. Aquellos quinientos euros representaban su libertad frente al sistema, su victoria sobre una sociedad que pretendía cobrarle por dormir. La podredumbre de las paredes se transformó, ante sus ojos cegados por la codicia, en una pátina de austeridad heroica. La humedad ya no era un peligro para sus pulmones, sino el alivio de no gastar en calefacción.

—Acepto —dijo Félix, guardando los billetes en el bolsillo interior de su chaqueta, justo encima del corazón—. Este lugar es perfecto.

Don Arcadio sonrió con una dulzura espantosa. Había encontrado a su igual, y el espectáculo de la degradación del joven médico no había hecho más que empezar.

Apenas hubo guardado los billetes, Félix sintió que la confianza, esa hija espuria de la seguridad financiera, le devolvía la palabra. Se irguió entre las humedades del sótano y se dirigió a su anfitrión.

—Don Arcadio —comenzó, con el tono de un diplomático que trata de negociar—, mi compromiso con nuestra causa es

absoluto, pero no puedo ser un mártir. He convencido a mis padres de que la vida en Madrid es una sangría insoportable. Son gente de bien en La Mancha, pero de mentalidad algo convencional. Me enviarán una ayuda mensual para poder pagar un alquiler que, al menos a sus ojos, debería ser digno. Por supuesto, no voy a renunciar a ese dinero. Me lo pienso quedar, aunque viva aquí.

El viejo Arcadio arqueó una ceja, deleitado por la amoralidad del joven.

—Además —continuó Félix—, la vida social exige teatro. Algún día, vendrán mis padres a verme a Madrid. Mis colegas del hospital podrían hacerme alguna visita o, quién sabe, tal vez alguna mujer querrá conocer mi hogar. Aquí no puedo traer a nadie, sería mi ruina social. Pero claro, tampoco voy a gastar dinero en alquilar una fachada ahí fuera.

Arcadio soltó una carcajada que resonó en las tuberías como el croar de un sapo gigante.

—¡Ah, joven ambicioso! No solo quieres el tesoro, sino también un disfraz. Me gusta. Eres un artista de la simulación. Sígueme.

Salieron de la cueva, cerraron la trampilla y caminaron apenas unos metros por la misma calle de Claudio Coello. Se detuvieron ante un portal señorial, de mármol de Carrara y latones pulidos, que relucían como el oro bajo el sol de la tarde. Un ascensor con puertas de tijera los elevó, con un ronroneo aristocrático, hasta la última planta.

Al abrir la puerta del ático, Félix quedó petrificado. El contraste no era simplemente físico; era una disociación de la realidad.

Un salón inmenso se abría ante él. Estaba decorado con muebles de diseño escandinavo y suelos de madera de roble, que exhalaban un aroma de cera cara. Lo más impresionante era la terraza: cien metros cuadrados de libertad sobre los tejados de

Madrid. Desde allí, se divisaba el verde profundo del Retiro y las agujas de las iglesias, recortándose contra el cielo, de un azul velazqueño. Era un lugar donde el aire corría limpio, donde la luz inundaba cada rincón; un lugar donde el lujo no era una opción, sino una atmósfera.

—Es mío también —susurró Arcadio, disfrutando del estupor de Félix—. Lo alquilo a imbéciles con dinero, por sumas que harían que te estallara la cabeza. He aquí mi oferta: cuando necesites representar tu comedia, cuando tus padres anuncien su llegada o una dama requiera tus atenciones, me avisas con antelación. Si no hay inquilino, te cederé las llaves. Y si lo hay, tengo otras propiedades parecidas. ¡Soy dueño de manzanas enteras! Puedes subirles un rato al Olimpo. Así disfrutarás más del sótano, cuando vuelvas a él.

Félix recorrió la estancia con la mirada. Pasó de la visión de la terraza infinita al recuerdo del inodoro descascarillado y la bombilla mortecina. El contraste era cruel, casi demencial. En el ático, la vida era un sueño de seda; en el sótano, una vigilia de esparto.

—Es... es una duplicidad perfecta —murmuró Félix, acariciando el respaldo de un sofá de cuero que costaba más que su salario anual—. Esto me libra de toda sospecha.

—Exactamente —sentenció Arcadio, entregándole un juego de llaves doradas que Félix guardó con el mismo celo que el fajo de billetes—. Bienvenido a la doble vida, doctor. En el sótano serás mi espejo; aquí arriba, la más atroz de las mentiras.

Félix miró hacia el horizonte de Madrid, calculando ya el beneficio neto de la ayuda de sus padres, sumado al dinero de Arcadio. Su alma estaba dividida entre dos mundos; pero ambos, por fin, le pertenecían.

Capítulo II - El inframundo

La oscuridad cayó sobre Madrid con la indiferencia de los siglos. Sin embargo, la noche no era para Félix un fenómeno astronómico: era una presencia física que se filtraba por las rendijas de su nueva guarida. Tras despedirse de Arcadio, regresó al sótano. El silencio allí abajo tenía un peso específico. Se escuchaba el murmullo sordo de la ciudad, un rugido lejano de motores, que acentuaba su aislamiento.

Al dejar su maleta sobre el colchón —que emitió un suspiro de polvo y ácaros—, Félix sintió el primer aguijonazo de la realidad: el hambre. Sus ojos buscaron instintivamente una superficie donde guardar la comida; un rincón fresco, un receptáculo para el sustento. No había nada. El sótano era un desierto de cemento y humedad. Ni nevera, ni despensa.

«Comprar comida en este barrio es un suicidio económico», pensó con amargura. No podía permitir que los tenderos de la calle Goya, con sus delantales almidonados, le arrebataran ni una fracción de esos preciosos billetes que vinieron de don Arcadio. Ni siquiera los dos euros que había salvado en la cafetería —en su opinión, de forma honrada—.

Abandonó su refugio con determinación. Una segunda trampilla, origen de ese hedor que infectaba su caverna, le permitió infiltrarse en el cuarto de basuras del edificio colindante —el que albergaba el ático de Arcadio—. Tras un forcejeo claustrofóbico por el conducto estrecho, emergió en la finca vecina. Cruzó su elegante portal, de techos altos, donde el portero le dedicó una mirada de sospecha, que Félix supo neutralizar con una sonrisa cortés. Una vez en la calle, se sumergió en las profundidades del Metro.

Viajó hasta un barrio marginal, donde los bloques de ladrillo visto parecían asfixiados por la necesidad. Allí, en un supermercado de neones parpadeantes, Félix planificó su gasto con el rigor de un auditor. Seleccionó latas de marca blanca y embutidos de procedencia dudosa, cuya composición era un enigma biológico. Algunos productos estaban rebajados debido a su caducidad inminente, pero a él no le importó. Tras superar una intensa sensación de culpa, se decidió a adquirir un pequeño hornillo de camping. Para contener aún más el gasto, algunos artículos pequeños se deslizaron discretamente en sus bolsillos. Cada céntimo descontado del precio final era una pequeña descarga de endorfinas: no estaba haciendo la compra, estaba celebrando la victoria de la resta.

Regresó al sótano cargando sus bolsas y paquetes. La penumbra le recibió como a un viejo amigo; la pestilencia le dio un abrazo casi palpable. Se sentó en el borde de la cama, masticando un pan tan correoso que deglutirlo era un esfuerzo. Después de cenar, recordó un hecho que ya sabía: que la fisiología es enemiga natural de la avaricia. Ante la vista del degradado inodoro, trató de posponer el alivio de su necesidad, pero era cuestión de tiempo. Y así, como quien contempla a su adversario en un duelo a muerte, terminó frente a frente ante ese monstruo de porcelana rota, que presidía la infamia de su hogar. Naturalmente, fue Félix quien sucumbió: se sentó en aquel trono de la degradación.

El borde de loza agrietada, que transmitía a sus muslos un frío de sepultura, le produjo una punzada de náusea existencial, completamente al margen del hedor del sótano. Se sintió por un instante un bufón ridículo. Un joven médico, de porvenir brillante, vendiendo su dignidad para alimentar el sadismo de un usurero decrépito; probablemente un enfermo mental. Ese Arcadio encorvado y asqueroso, que disfrutaba con la idea de su humillación. Sin embargo, tan pronto como el pensamiento de la derrota cruzó su mente, una euforia triunfal le enardeció.

Comprendió que aquel acto de sumisión física era, en realidad, una transacción de una audacia sin precedentes. Estaba cobrando por habitar la miseria, sí… Pero con esto estaba convirtiendo su propio asco en un activo financiero. En la penumbra de aquel rincón, mientras sus ojos se fijaban en la cal amarillenta de la porcelana, Félix por fin lo tuvo claro. Juró que, en adelante, cada segundo de incomodidad sería un ladrillo más en el edificio de su fortuna. Una riqueza tan obscena y tan absoluta que, algún día, el patrimonio de Arcadio parecería a su lado la limosna de un mendigo.

Al tirar de la cadena, un extraño sonido interrumpió sus pensamientos. El mecanismo emitió un estertor agónico. El agua no solo no se llevó los desechos, sino que comenzó a borbotear hacia arriba, trayendo consigo un eco de las cloacas del barrio de Salamanca. Un hedor antiguo y espeso, procedente de los intestinos del barrio entero, inundó los doce metros cuadrados.

Félix supo de inmediato que llamar a un fontanero sería una traición a sus principios. Y el fontanero, de haber bajado allí, hubiese vulnerado sus propios derechos humanos. Arcadio, por su parte, hubiera despachado cualquier petición de mantenimiento con una carcajada de desprecio.

—El asco es un lujo que no me puedo permitir —se dijo en voz alta.

Se quitó la chaqueta y la camisa con un cuidado extremo, a fin de no mancharlas. En calzoncillos, bajo la luz mortecina de la bombilla de cuarenta vatios, el joven médico se postró frente al inodoro. Ya no quedaba duda del vencedor del duelo. Metió las manos en el agua turbia, hurgando en las entrañas de la tubería, y sintió el tacto viscoso de la suciedad, acumulada durante décadas. Sus dedos, entrenados para la disección de cadáveres, se movían ahora en una sustancia de consistencia semisólida, cuya naturaleza intentaba no imaginar. De pronto, un chorro de agua a presión, liberado por su propia mano, le salpicó en el rostro, pecho y ojos.

Félix no gritó. Se quedó inmóvil, recibiendo el impacto de la inmundicia con la solemnidad de un iniciado. En ese instante, bajo las yemas de sus dedos, el mecanismo había vuelto a su sitio, y emitió un «clic» seco y definitivo. No fue solo el sonido de una válvula recuperando su función; fue el ruido de un cerrojo que selló su conciencia. En aquel trance de revelación, su última lágrima de decoro —la que aún vinculaba a Félix con el mundo de los hombres que se respetan a sí mismos— fue barrida por aquel fango de las cloacas. El joven de modales impecables había muerto ahogado allí mismo, dejando paso a un ser nuevo. A partir de ese momento, ya no temía a la suciedad, ni moral ni física, pues había descubierto que, bajo la mugre, palpitaba el oro.

Se lavó por partes bajo un pequeño grifo de latón que sobresalía de la pared. De él emanaba un chorro de agua tan fría que le cortaba la respiración, pero que no le costaba un céntimo. Finalmente, se tumbó en el colchón húmedo. El frío calaba sus huesos, y el olor a humedad parecía haberse instalado en sus poros para siempre. Cerró los ojos y meditó. Por un lado, la perspectiva era atroz: vivir como un animal, entre paredes devoradas por esa costra alcalina, rodeado de tal podredumbre que superaría cualquier miseria hospitalaria. Pero por otro... por otro estaba el cálculo.

«Quinientos de Arcadio, ochocientos de mis padres, unos mil quinientos de mi sueldo de residente...», empezó a sumar mentalmente. «Casi tres mil euros al mes de beneficio neto. Sin alquiler, sin luz, sin agua, sin vida social... En un año tendré treinta y seis mil euros. En unos años, seré el dueño de hombres que ahora me miran por encima del hombro».

Con esa visión de oro y poder, Félix se quedó dormido. Mientras tanto, una gota de agua goteaba rítmicamente desde el techo, como el segundero de un reloj que contaba su fortuna naciente.

***

Al amanecer, Félix emergió de su catacumba con la metamorfosis de un actor de la Comedia Francesa. Al verlo cruzar frente al portal de mármol, nadie hubiera sospechado que aquel joven, de camisa impecablemente blanca —planchada con el calor de un cazo de agua calentado en su hornillo— y zapatos relucientes, pudiera venir de un antro donde el aire era veneno. Se dirigió al hospital con la frente alta, portando una mochila. Félix llegó al trabajo con un buen margen de tiempo. La escasa ventilación de su nuevo hogar le hizo prever que la ropa y el cabello olerían a humedad rancia. Anticipando ese problema, se duchó en las instalaciones que usaba el personal de guardia y se puso una bata y un pijama hospitalario.

La jornada en el Servicio de Anatomía Patológica fue un desfile de tejidos muertos y cortes histológicos. Félix, con una habilidad impropia de un recién llegado, impresionó a sus compañeros de mayor experiencia. Sin embargo, el verdadero teatro comenzó al final de la jornada.

—¡Félix! ¡Anímate, hombre! —exclamó Javi, un residente de cirugía general, de rostro rubicundo y alegría ruidosa—. Vamos a tomar unas cañas aquí al lado. ¡Hay que celebrarlo, que ya somos casi dioses!

Félix sufrió el latigazo del gasto inminente. Era el único remordimiento que era capaz de sentir. Su cerebro, no obstante, le aconsejó ceder. «Es una inversión en capital social», se dijo. Se unió al grupo, compuesto por residentes de primer año de diferentes especialidades: una joven de pediatría que hablaba con una ternura empalagosa, uno de medicina interna y el entusiasta Javi.

Sentados en una terraza que Félix juzgó como un nido de ladrones de clase media, las cervezas empezaron a fluir, junto con las confesiones.

—Yo —decía la de pediatría con los ojos brillantes— solo quiero ahorrar para comprarme un cochecito y poder ir de voluntaria a África el próximo verano. ¡Sería tan enriquecedor!

—Pues yo —intervino Javi, tras un largo trago— lo tengo claro: en cuanto cobre lo suficiente, doy la entrada para un piso en Las Tablas. Si puede ser, con piscina y pádel. Hay que vivir la vida, que para eso nos hemos matado a estudiar.

—A mí me encantaría ser reconocido en lo científico. ¡Me cueste lo que me cueste! Publicar en revistas tipo *Lancet* o *New England* —explicó el internista en ciernes—. Para mí es muy importante el currículum.

Félix escuchaba en silencio, con una sonrisa enigmática que sus compañeros confundieron con modestia. Se limitaba a asentir, a lanzar algún comentario ingenioso y breve, que reforzaba su imagen de tipo prudente y equilibrado. Por dentro, sin embargo, una marea de desprecio subía por su garganta.

«Enanos mentales», pensaba mientras Javi pagaba la ronda, con una despreocupación que le producía dolor moral. «Niños grandes con títulos académicos. Una quiere gastar su vida en una causa perdida en el desierto; el otro quiere encadenarse a una hipoteca hasta que sea viejo, para jugar al pádel los domingos. Y luego está el sabiondo, que quiere ver su nombre en un papel, a ver si su "ridículum" le convierte en una gloria póstuma. ¡Qué miras tan cortas! ¡Qué ambiciones de insecto!».

Para Félix, aquellos sueños valían muy poco. Él veía el mundo como un tablero de ajedrez donde el dinero no era para comprar coches o viajes, sino para adquirir poder sobre el tiempo. Veía a sus compañeros como esclavos que celebraban el peso de sus costosas cadenas. Ellos soñaban con gastar, ya fuese tiempo o dinero; pero él soñaba con poseer. Ellos querían vivir la vida; él quería ser el dueño de la vida misma.

—¿Y tú, Félix? —le preguntó la pediatra—. ¿Cuál es tu gran sueño madrileño? ¿Una casa, un amor, una cátedra?

Félix hizo una pausa dramática. Acarició el borde de su vaso, con la mirada ausente.

—Mi aspiración es la paz —respondió con una voz suave, casi melancólica—. Me basta con un rincón donde el ruido del mundo no me alcance. Donde pueda dedicarme al estudio, a la lectura, sin las distracciones de la necesidad. Soy de gustos sencillos, ya veis.

Sus compañeros brindaron por su humildad, conmovidos por aquel joven médico tan centrado.

Félix se despidió poco después, alegando que debía repasar unos cortes de una biopsia compleja. Mientras caminaba hacia el barrio de Salamanca, evitando así el coste del transporte público, la indignación le hacía bullir la sangre. Se sentía insultado por la mediocridad de quienes le rodeaban. Al llegar a su callejón, bajó la trampilla con furia contenida y se encerró en su mazmorra.

Allí, entre el olor a humedad y la luz de la bombilla solitaria, sacó una libreta negra y anotó el gasto de la cerveza como una pérdida en su balance. Después, miró su entorno y sonrió. Sus compañeros dormían envueltos en sábanas caras, pagadas con un dinero que apenas tenían. Él dormía sobre un colchón de miseria, pero se sentía el único hombre libre en toda la ciudad.

***

El tiempo tiene la propiedad de ser fugaz para quien lo disfruta y eternizarse para el que padece. Para Félix, los días transcurrían en una monotonía de grises: el gris del parénquima pulmonar bajo el microscopio y el gris del moho en su celda subterránea. Sin embargo, por fin llegó el solsticio financiero: era el momento de cobrar.

Recibió su primera nómina de médico residente. Don Arcadio le entregó el sobre con la mayor puntualidad, y la transferencia de sus padres aterrizó en su cuenta con la docilidad de una

herencia anticipada. Félix se sentó en su cama, rodeado de la atmósfera viciada del sótano y, con un lápiz romo, realizó el balance de situación. El resultado, aunque positivo, le produjo una profunda decepción.

«A este ritmo», calculó con amargura, «necesitaré veinte años para ser algo más que un burgués con pretensiones. La honradez es un impuesto que no me puedo permitir. Los sueldos son limosna para mantener con vida a los esclavos, pero nada más».

Fue en este estado de agitación intelectual cuando el destino —o quizá ese demonio que protege a los avaros—, le puso en su camino a un médico ya veterano, Fernando, a quien conoció unos días después.

Fernando era un dermatólogo de unos cuarenta y cinco años, con una piel tan tersa que parecía haber sido planchada por sus propios láseres. Su rostro, siempre joven gracias a una aplicación juiciosa de toxinas y rellenos, rara vez expresaba un sentimiento genuino. Era una máscara inmaculada, cuyos músculos faciales obedecían a la conveniencia de la situación, y no a la expresión de sus emociones. Vestía batas de seda blanca y lucía un reloj que, en la muñeca de Félix, hubiera supuesto diez años de ayuno voluntario.

En los pasillos del hospital, se decía que Fernando no curaba enfermedades, sino que las gestionaba como una cartera de inversiones, y que su ética era tan elástica como la dermis que trataba. Otros añadían que, a pesar de su fructífera actividad privada, mantenía su puesto en aquel hospital público para hacerlo servir como tarjeta de visita. Así, adornaba su nombre con palabras como «profesor» o «jefe de sección». Aunque para él no valían nada, algunos de sus pacientes privados sí valoraban tales títulos, al verlos en su currículum en una página web. Un currículum inflado con logros exagerados y jerga pretenciosa, que nunca resistiría un análisis muy crítico; pero él lo sabía bien: la gente cree, supone... y casi nunca investiga.

Un mediodía, mientras Félix analizaba una biopsia de un

nevus sospechoso, Fernando entró en el laboratorio con la familiaridad de quien entra en un casino privado.

—Ese corte es perfecto, joven —dijo Fernando, observando sobre el hombro de Félix—. Tienes buen ojo para el detalle. Y me han dicho que eres un hombre discreto. Un manchego con la cabeza bien amueblada.

Félix levantó la mirada, detectando de inmediato el perfume del beneficio. Fernando le tendió una mano blanda y húmeda, de esas que nunca han tenido que sujetar nada con fuerza, pero que se amoldan a todo, como los gestos que expresaba su rostro. La charla, que empezó sobre enfermedades dermatológicas, pronto derivó hacia la filosofía del esfuerzo. Félix, con la cautela de un espía, dejó caer sus perlas de desprecio hacia el sistema fiscal y la ineficiencia del gasto público.

Fernando esbozó una sonrisa blanca y forzada, que no alcanzaba sus ojos de tiburón.

—Veo que hablamos el mismo idioma, Félix. Madrid es una selva, y solo los que saben camuflarse sobreviven. Verás, en mi clínica privada de la calle Serrano, cerca de donde tú vives, tenemos un volumen de biopsias que el patólogo actual, un viejo purista que se jubila, ya no puede manejar. Necesito a alguien joven y rápido. ¡Alguien con ganas de prosperar!

Félix sintió su pulso acelerarse. Hizo a Fernando un gesto para que esperase. Se levantó un momento y, después de asegurarse de que estaban solos, cerró la puerta del despacho en el que estaban.

—Me interesa. Pero debo ser claro, Fernando. Valoro mucho mi tiempo y no quiero compartir mis ganancias con Hacienda. No quiero trabajar seis meses al año para financiar la vagancia ajena ni los vicios de los políticos. Esa gentuza que vive de robar a los mismos tontos que les votan.

Fernando soltó una carcajada vibrante, golpeando amistosamente el hombro de Félix.

—¡Claro, hombre! Ya lo daba por hecho. Me habrías defraudado profundamente si hubieras dicho otra cosa. En la clínica operamos bajo la ley de la gravedad: ¡lo que entra, cae al bolsillo! ¿Quiénes somos nosotros para desafiar una ley física? Se paga en efectivo, en sobres de papel Kraft. El Estado es un socio deshonesto. No aporta capital, no pierde si tú pierdes, y se quiere llevar la mitad de lo que ganas. Eso sí que es un fraude. ¡A esos socios, se les expulsa de la junta! Yo soy un hombre honrado.

Félix asintió con una solemnidad casi litúrgica. Era el pacto perfecto.

—Empezarás el lunes —continuó Fernando—. Todas las tardes que puedas, después de tu servidumbre en el hospital. Considéralo tu verdadera residencia médica. Con la de aquí, te da para comprarte unos zapatos cada tres años.

Aquella noche, de vuelta en su sótano, Félix no sintió el frío ni el olor a humedad. Se imaginó a sí mismo como un alquimista moderno, transformando trozos de piel enferma en billetes tangibles; en papel moneda que no figuraría en ningún registro, lejos de las garras del Leviatán fiscal. Don Arcadio, cuando se enteró de la noticia durante sus reuniones periódicas, le dedicó una mirada de orgullo casi paternal.

—Estás aprendiendo, Félix —le dijo el viejo, mientras contaba sus propias monedas—. La primera regla del dinero no es ganar mucho, sino que nadie sepa que lo has ganado. La verdadera riqueza no es la que se exhibe, sino la que se oculta.

Félix miró las manos del anciano, surcadas por tendones rígidos y cubiertas de piel amarillenta, tan fina y apergaminada que permitía adivinar el curso de las venas, negruzcas y tortuosas. Los nódulos de la artrosis habían convertido las falanges en una sucesión de nudos calcáreos, que terminaban en unas uñas gruesas, curvadas y de un amarillo córneo. Eran auténticos garfios de queratina. Parecían diseñados por una especie de evolución perversa, para que nada a su alcance lograra escapar jamás. Con estas manos, moldeadas por la usura,

Arcadio manipulaba el metal con una devoción casi sagrada. Después de contemplarlas unos instantes, Félix no sintió asco, sino una profunda lucidez.

—No hay nada en la vida como saber lo que se quiere, Félix —continuó el usurero—. Un catedrático cree en la ciencia, un cura cree en Dios... ¡Yo, Arcadio, creo en el dinero, en los coños y en los culos! ¡Por este orden! Y como a mi edad uno no está para tonterías, pues queda el dinero.

—Tiene razón, don Arcadio —respondió Félix con su habitual voz neutra, que ya se estaba convirtiendo en un rasgo distintivo —. Al final, solo nos queda la materia: la que se desea o la que se posee.

Arcadio dejó de contar monedas. Miró a Félix con una profundidad siniestra.

—La que se posee, muchacho —advirtió con tono admonitorio —. No lo olvides nunca. La que se desea, a veces te sale cara. Tu propio dinero es lo único inmortal en ti, Félix. La única parte de tu cuerpo que no se pudre ni envejece.

Félix asintió en silencio. Se durmió aquella noche con el sonido de los sobres de papel Kraft crujiendo en sus sueños. Por primera vez, se sintió un verdadero ciudadano del «mundo de abajo», esa otra ciudad que vive bajo la piel de Madrid.

Capítulo III - El arte de la infamia

La clínica de la calle Serrano era un templo de mármol y luz halógena, donde los lentigos y arrugas de la alta sociedad madrileña iban a morir bajo los láseres de Fernando. Félix, durante las dos primeras semanas, cumplió con su deber con una diligencia casi sombría. Analizaba biopsias, emitía informes con los resultados y recibía, como pactaron, dinero «libre de impuestos»: los sobres de papel Kraft, que Fernando le entregaba con la complicidad de un conspirador.

Sin embargo, para la mente de Félix, aquel sistema era rudimentario, casi artesanal. Había algo que le molestaba profundamente: el gasto. El precio del material de sutura, el enorme tiempo que consumía, el coste del técnico de laboratorio que procesaba los tejidos… Todo esto, bajo su perspectiva de inversor de las cloacas, restaba dignidad a esos ingresos. La lentitud de la ganancia le resultaba insoportable, le parecía estar llenando un cubo de agua con agujeros.

Una tarde, después de cerrar la última puerta de la clínica, Félix se dirigió al despacho de Fernando. Era un lugar elegante, decorado con cuero y madera de nogal.

—Fernando —comenzó Félix con voz pausada—, eres un gran tipo y te aprecio mucho. Pero permíteme que te diga una cosa, con el mayor de los respetos. Creo que, en el fondo, eres un romántico. Un «pringado» con estudios, si me permites la franqueza.

El dermatólogo, que se servía un whisky de malta absurdamente caro, elevó las cejas divertido.

—¿Un «pringado»? Gano más en una tarde que un catedrático en un mes, Félix.

—Ganas dinero, sí —replicó Félix, acercándose al escritorio—. También defraudas al fisco y eso te honra, pero te falta el ingrediente del genio: la estafa pura. Estás limitado por la física y por la biología. No puedes facturar más allá de lo que dura tu jornada, Fernando. Para que yo te haga ganar dinero, algo tienes que extirpar. Si no, ¿cómo voy a analizarlo y facturar el servicio? Es una ineficiencia intolerable.

Félix se sentó frente a Fernando y se inclinó hacia adelante. Su rostro, iluminado por la lámpara de diseño, tenía la intensidad de un inquisidor.

—He pensado un sistema —susurró—. Las compañías aseguradoras son grandes monstruos sin ojos, que solo entienden de códigos y facturas. Mi propuesta es la siguiente: vamos a facturar biopsias en cantidades industriales. Las llamamos «de control» si quieres, para entendernos entre nosotros; pero al paciente no le tocamos. Como mucho, le pones una tirita. Lo que sí cobramos es el acto médico.

—¿Y qué analizas tú, si no hay tejido? —preguntó Fernando, dejando el vaso sobre la mesa.

Félix sonrió con una frialdad que heló el aire.

—Fuet, Fernando. Cualquier fuet espetec, de esos que venden en oferta en los supermercados. Lo cortamos en trocitos y los metemos en botes de formol. Añadimos el nombre del paciente o la paciente de turno, y me los envías al laboratorio.

Fernando se quedó mudo. Su rostro reflejaba una mezcla de interés y escepticismo. Félix continuó con un entusiasmo casi febril.

—Yo ni siquiera procesaré las piezas. ¿Para qué gastar en parafina o en tinciones? Siempre emitiré el mismo informe: «Tejido conectivo con inflamación crónica inespecífica, compatible con proceso involutivo». Es una frase que no dice nada, pero parece reflejar un minucioso trabajo. Las aseguradoras pagarán por la cirugía, pagarán por la anatomía

patológica, y nosotros no habremos gastado ni un segundo de nuestras vidas, ni tampoco un céntimo en suturas o bisturíes. El margen de beneficio tiende al infinito. El único gasto será un fuet de dos euros, que nos dará para mil «biopsias».

La expresión de Fernando comenzó a revelar más interés.

—¿Y cómo sabes tú qué biopsias son reales y cuáles «de control»? Eso no puede constar en ningún sitio, y menos en las historias clínicas de los pacientes.

—Usaremos un código secreto. La clave estará en el bote de formol donde envías la muestra al laboratorio. Si quieres que se analice, escribes el nombre del paciente con rotulador azul, y cuando sea tinta negra sabré que es fuet. Esas me las entregas tú mismo al final de la jornada, que no pasen por las manos de los técnicos.

La ambición comenzaba a doblegar a la duda, en la mente de Fernando.

—Pero, Félix… ¿Y si la aseguradora le pregunta al paciente si le han hecho una biopsia o una extirpación? Lo negarán y se sabrá todo.

Félix ocultó su indignación. Tenía la sensación de estar predicando en el desierto.

—Después de veinte años viendo pacientes, sabes muy bien cuáles te van a dar problemas y cuáles no. Elige a los más «cortos». ¡Los que no sepan ni distinguir una biopsia de cuando les das la mano para saludarles! Y si no, a los más viejos, o a los que más confíen en ti después de tanto tiempo. Oiga, ¿el doctor le hizo una biopsia? «¡Ya lo creo, lo hizo, lo hizo! ¡don Fernando es el mejor dermatólogo de Madrid!» —explicó el patólogo.

Un espeso silencio se apoderó del despacho. Fernando observó a Félix con perplejidad, como a una pieza de arte moderno, cuya belleza inquieta y fascina a partes iguales. El contraste le resultaba violento: ese joven vivía, según pensaba el dermatólogo, en un buen piso de aquel barrio selecto. Sin

embargo, sus maquinaciones fraudulentas incluían hasta el último céntimo. Era algo que no había visto nunca, en todos sus años de ciencia degradada y falsas apariencias.

—Félix... —dijo Fernando finalmente, con un tono de reverencia—, eso es brillante. De lo mejor que he oído jamás.

—Es economía circular, Fernando —concluyó Félix levantándose—. Mañana traigo el embutido. Tú asegúrate de que las tiritas estén bien pegadas a los pacientes.

***

Aquella noche, en su sótano, Félix cenó los restos del fuet que no eran aptos para la ciencia. Mientras masticaba la piel correosa, calculó que su patrimonio crecería un treinta por ciento adicional, gracias a la estafa de la carne procesada. Se imaginaba a Arcadio al otro lado de la pared, percibiendo la vibración de una avaricia que superaba incluso a la suya.

La complicidad entre Fernando y Félix se cimentó sobre una montaña de informes de «inflamación crónica inespecífica» y un reguero de facturas cobradas a las grandes aseguradoras. El laboratorio de la clínica se había transformado en un santuario de la charcutería. Donde antes se buscaban células malignas, ahora Félix, con la precisión de un gourmet de la mentira, allí laminaba el fuet para engrasar el engranaje del fraude.

Los beneficios eran tales que el colchón del sótano, aquel receptáculo de ácaros y miseria, empezó a ganar una consistencia nueva. Bajo el cuerpo de Félix, los billetes de cincuenta y cien euros, cuidadosamente apilados en sobres de plástico para protegerlos de la humedad, formaban una armadura de papel moneda. Félix dormía, literalmente, sobre una fortuna, sintiendo cada fajo como una vértebra más en su esqueleto de avaro.

Sin embargo, el asco por su entorno crecía en proporción a su

riqueza. La humedad del sótano de don Arcadio no era una metáfora; era un líquido viscoso adherido a las superficies. Félix pasaba el día en la asepsia de los hospitales y las clínicas, rodeado de perfumes caros y aire acondicionado. El regreso a su cueva era una bajada a los infiernos, que solo soportaba por la mística del ahorro. «Cada minuto aquí es un ladrillo en mi futuro palacio», se repetía, mientras el hedor de las cañerías le daba la bienvenida.

Su realidad económica había cambiado de forma drástica. Se planteó, por supuesto, dejar aquel lugar abyecto y mudarse a uno más digno; pero su razonamiento discurría siempre por los mismos cauces. Al final, terminaba valorando un solo parámetro, el único que le importaba. «Aunque ahora tengo dinero, quinientos euros valen lo mismo que el día que llegué a Madrid. Son igual de sagrados». Ciego ante cualquier divinidad que no pudiera contar o apilar, Félix sublimó sus náuseas en liturgia y el hambre en devoción. Basado así en su propia teología de la miseria, estas eran las oraciones con que rezaba a Santa Privación.

***

Una noche, tras una larga jornada de «análisis cárnicos», Félix llegó a su refugio con el estómago rugiendo. Al abrir su alacena —una caja de cartón mohosa—, descubrió una terrible realidad: una coreografía de hormigas estaba devorando su última hogaza de pan barato. No le quedaba nada; ni siquiera conservas caducadas. Cenar fuera a esa hora implicaba acudir a un restaurante, donde los precios eran un insulto a su credo. Félix cerró la caja: las penurias, al menos, eran gratis.

Se sentó en el borde de la cama, en penumbra, acariciando el bulto de los billetes bajo la tela del colchón, en cuyo tacto encontraba el consuelo. La contradicción era balzaciana: se había

sentado sobre miles de euros y, sin embargo, padecía el hambre de un mendigo.

Fue entonces cuando la vio.

En un rincón, junto al inodoro costroso, se encontraba una rata de proporciones hercúleas, con el pelaje grisáceo y brillante por la grasa de las alcantarillas. Sus pequeños ojos miraban a Félix con una expresión interrogante. El animal, cebado en la inmundicia, confiado por la quietud de aquel extraño que habitaba su reino, olisqueaba el aire con descaro.

En la mente de Félix, no hubo reparo ni escrúpulo alguno, sino una iluminación contable. Aquella rata obesa y palpitante, de pelaje oleoso, era la respuesta a sus plegarias frente a su altar de papel moneda: el máximo exponente del ahorro.

Con la agilidad que le daba su juventud, Félix cogió el objeto más contundente que tenía a mano: un pesado tratado de patología. Con un movimiento rápido y preciso, el libro cayó sobre el roedor, segando su vida en un instante.

El avaro encendió su lámpara de gas, uno de los artilugios de camping que utilizaba para hacer más soportable su miseria. Con algunos instrumentos quirúrgicos que guardaba en un estuche de cuero, procedió a la disección. En diez minutos, la rata estaba desollada y limpia. La carne, blanca y magra, chisporroteó sobre la llama de la lámpara. El olor que inundó el sótano, una mezcla de campo y chamusquina, a Félix le pareció más dulce que el caviar.

—¡A tu salud, Arcadio! —murmuró Félix en voz alta mientras degustaba el primer bocado, invocando la sombra del viejo usurero—. Ni tú habrías llegado a tanto.

Comió con una lentitud solemne. Saboreaba no solo la carne, sino su triunfo sobre la tiranía del gasto. Había cenado gratis en el corazón de la zona más cara de España, el epicentro del privilegio, cuyos recursos naturales había sabido explotar. En la penumbra de su cloaca, se sintió soberano de su destino; todo un

gigante de la voluntad.

Mientras se limpiaba los labios con un trozo de papel higiénico que había sustraído del hospital, ya preparaba mentalmente su relato para el viejo. Sabía que Arcadio, cuando supiera de la rata frita, no vería una excentricidad, sino una hazaña inalcanzable. Arcadio le miraría con temor reverencial; el del maestro que comprende que su alumno ya no tiene frenos. Félix no solo toleraba la miseria por dinero; la estaba ordeñando hasta convertirla en su banquete personal.

***

A los pocos días, Arcadio escuchaba a Félix en el habitual café de mesa de mármol, pero esta vez el anciano no tocaba su taza. Sus manos, nudosas como raíces de olivo, temblaban ligeramente de pura emoción estética. La rata frita y la estafa del fuet habían elevado a Félix, a ojos del viejo, al nivel de los mitos de la avaricia.

—¡Félix! ¡Hijo mío! —exclamó Arcadio con un hilo de voz, rota por la fascinación—. Has superado la barrera de lo humano. Yo he negado el techo a las viudas y el pan a los huérfanos; he mantenido vivos a mis deudores, con tal de seguir cobrando intereses... Pero... ¿la rata? Eso es una proeza. ¡Eres un genio, Félix! ¡Has humillado a la necesidad!

Félix, impávido, con el aplomo de la admiración, se inclinó hacia su mentor. Sus ojos, antes brillantes por su agudeza, tenían ahora el brillo opaco y duro del diamante. Arcadio no tenía herederos económicos; pero en ese momento, el viejo se dio cuenta de que Félix había recibido su herencia de las sombras.

—La rata, el fuet… Todo esto sirve de poco —sentenció el joven médico—. No podemos seguir ahorrando una vez muertos, don Arcadio. Para dar el gran salto, hay que usurpar las vidas de otros. No se trata de trabajar, sino de explotar el trabajo ajeno.

—¿Qué vas a hacer, emprender un negocio?

Félix dirigió a Arcadio una mirada de aburrimiento.

—Eso es para mediocres que no valoran su tiempo y encima se creen valientes. Tengo previsto utilizar otro recurso.

Arcadio frunció el ceño, confundido.

—¿Tu cerebro? ¿Alguna patente médica?

—No —respondió Félix con una sonrisa—. Mi pene.

Arcadio guardó un silencio pétreo, presa de una parálisis de asombro. Una risa seca, un crujido de bronquios desgastados, fue su única respuesta.

—¿Vas a hacerte cortesano, Félix? —preguntó con un brillo siniestro—. ¿Un gigoló de «señoronas» de alta alcurnia? Eso es un gasto de energía. ¡Algunas darán más asco que la rata!

—No, don Arcadio —le interrumpió Félix—. Eso sería también muy artesano. Voy a emplear la estrategia del matrimonio de Estado. Mi objetivo será una heredera. A esto me refiero con explotar el trabajo ajeno: el de una familia entera, y las generaciones anteriores.

El joven hizo una pausa. Su mirada se volvió intensa como la de un basilisco, y sus manos se crisparon, encorvando los dedos hasta parecer garras.

—Una joven de una estirpe tan rancia que hasta huela a incienso. ¡Que sea un depósito de tierras, títulos y cuentas en Suiza! —continuó Félix—. Pero para cazar una pieza de esa envergadura, este sótano debe quedar sepultado bajo mil capas de engaño. Necesito que mi apariencia sea un asalto a los sentidos.

Arcadio asintió lentamente, comprendiendo el planteamiento.

—Debe creerse cortejada por un médico brillante, de linaje oculto tras una modestia aristocrática. Para impresionarla, y a su entorno, me hará falta el ático de la terraza de cien metros. Pero necesitaré mucho más: coches que no poseo, relojes que no he

comprado y una elegancia que el sueldo de un residente no permite. Ni seguramente ningún trabajo honrado.

Don Arcadio, en un gesto de generosidad que un avaro solo podría tener hacia su propio reflejo joven, mostró una llave vieja que sacó de su bolsillo.

—Tienes mucha razón, Félix. Nadie honrado tiene dinero. Al menos, que yo haya visto —admitió Arcadio con un gesto serio —. Me recuerdas tanto a mí mismo en la Bolsa de París… ¡Ah, mis años jóvenes! Pero tú eres más despiadado. Escucha: en otra parte de la ciudad, aún conservo recuerdos de mis pecados de juventud. Entre ellos, joyas falsas y hasta una colección de réplicas de relojes suizos. Son tan perfectos que ni un joyero de la calle Serrano distinguiría la trampa sin abrirlos. Tengo trajes a medida de clientes que murieron debiéndome dinero, coches clásicos guardados en garajes oscuros... Te lo prestaré todo. La estafa es mi lengua madre y tú eres un alumno aventajado.

El anciano se inclinó y le susurró al oído:

—Usa el ático como si fueras el dueño. Usa mis relojes falsos para marcar las horas de su caída. Si logras preñar a una fortuna, Félix… ¡Habrás convertido un palmo de carne en un cheque en blanco! Me quito el sombrero: ya no eres un tacaño de salón, sino un místico del fraude.

Félix apretó la mano de Arcadio. El pacto ya no era solo por un sótano; era una conjura contra la aristocracia de Madrid. Aquella noche, al volver a su cueva, Félix no miró los restos de la rata muerta ni la humedad gigante de contornos geográficos. Se contempló en un espejo roto y en él vio el rostro de un conquistador. Uno muy ambicioso, que se disponía a invadir los salones de la alta sociedad, usando lujo y cultura como caballo de Troya, y el engaño como estandarte.

***

Al día siguiente, Félix había quedado en verse con el maestro de la usura. Aquella tarde de calor sofocante, el joven acudió a la cita. El cielo no era atmósfera, sino una plancha caliente que oprimía Madrid.

Arcadio vivía en Argüelles, un barrio que siempre bulle de estudiantes y tráfico. Sin embargo, cuando Félix dobló una esquina hacia la casa del viejo corrupto, el ruido se extinguió con la brusquedad de una asfixia. Le pareció cruzar una frontera invisible. Aquello, más que una calle, era una herida seca en el trazado urbano. Los edificios se alzaban con una altura opresiva, ciegos de vida, proyectando una sombra que no refrescaba, sino que sepultaba. Ni un vehículo aparcado, ni un transeúnte; ni siquiera el murmullo de una televisión escapando por las rendijas de las persianas. Los locales comerciales eran hileras de cierres metálicos gangrenados por el óxido, sellados con los candados del tiempo y la desidia. Era un desierto urbano de una crueldad estética absoluta.

Cuando Félix subió al piso de Arcadio, el portal le recibió con un silencio inquietante, aroma a cera vieja y a encierro. El apartamento del usurero era la fisionomía del vacío. No era la desnudez de la pobreza, sino la del despojo voluntario; parecía un piso piloto de una inmobiliaria en quiebra. Allí el polvo se asentaba, sedimentado en una gruesa capa, sobre unos muebles de austeridad monacal.

Arcadio le recibió con su indumentaria de avaro en fase terminal: un batín de lana raída, de un color indefinible entre el ocre y el la sangre seca, ceñido a su cintura por un cordón que recordaba la soga de un ahorcado.

—¿Te sorprende esta paz, Félix? —preguntó Arcadio, adivinando el desconcierto del joven—. El ruido es un impuesto que pagan los pobres. Yo prefiero la privacidad. Poco a poco, durante treinta años, fui comprando cada número de esta calle, cada local, cada sótano. Algún día te contaré cómo les convencí para vender. Los mantengo cerrados porque no soporto tener

vecinos. Sus miradas impertinentes, esas conversaciones de ascensor... En estos bloques de pisos guardo mis tesoros y el mayor de ellos es el silencio.

El viejo condujo a Félix a través de un pasillo oscuro de pintura desconchada hasta una habitación doble, protegida por una puerta de roble macizo con tres cerraduras. Al encender la luz, Félix quedó paralizado. Aquello era un almacén de identidades robadas.

Las paredes estaban cubiertas de vitrinas de cristal empañado que custodiaban una colección de artículos destinados al engaño. Un verdadero museo del infortunio ajeno. Había allí un vestidor que Arcadio llamaba la «sastrería del cementerio»: percheros interminables que sostenían trajes de una elegancia fúnebre. Gabardinas inglesas, trajes de tres piezas de lana fría y abrigos de cachemir que conservaban la forma de sus antiguos dueños: hombres de fortuna que habían muerto debiendo rentas a Arcadio, y quién sabe por qué razón exacta.

—Ropa de muertos, Félix —susurró el viejo frotándose las manos—. Pero los muertos tenían buen gusto. ¡Una vez ajustados a tus medidas, estos paños gritarán «linaje»!

En una mesa central, se desplegaban botes de maquillaje profesional, pelucas de cabello natural, bigotes postizos y lentes de contacto de colores. Era el arsenal de un espía o de un estafador de altos vuelos.

—A veces, para ciertos negocios, uno no puede ser Arcadio —dijo el viejo con una sonrisa de dientes amarillos, alargados en apariencia por la retracción de sus encías—. Hay que ser un notario, un pariente lejano o incluso un hombre de fe. Aquí tenemos las máscaras de tu comedia.

Sin embargo, lo que más cautivó a Félix fue la vitrina del fondo. Sobre terciopelo negro, descansaba una armada de relojes suizos que resplandecían con un fulgor hipnótico. Había *Vacheron Constantin* de una delgadez imposible, *Patek Philippe*

con complicaciones de todo tipo y, por supuesto, de la misma casa, un icónico *Nautilus* de acero y esfera azul degradada, entre otras muchas piezas.

Félix tomó el *Nautilus* en sus manos. El peso era perfecto, el frío del metal contra su palma resultaba indistinguible del original. La aguja de los segundos se deslizaba con una fluidez sedosa, sin la menor brusquedad que delatara su procedencia.

—Míralos bien, muchacho —dijo Arcadio, acercando la lámpara—. Son milagros de la falsificación. En la muñeca de un hombre de tu porte y de tu cultura, abrirán las cajas fuertes de la Castellana.

Arcadio se acercó a Félix y le ajustó el *Nautilus* en la muñeca izquierda. Un reloj que, en caso de ser auténtico, hubiese costado más de cien mil euros en el mercado de reventa. Su distinción y elegancia hacían un contraste brutal con la piel sucia de Félix, que todavía conservaba mugre procedente del sótano. Aquella imagen era la metáfora perfecta de su existencia.

—Con esto, haz lo que quieras. Te disfrazas si es necesario, o te haces una cara nueva —espetó Arcadio, acercándose tanto que Félix pudo oler la rancia humedad de su ropa—. ¡Engaña a quien haga falta! ¡Engórdalos como a cerdos, pero ten listo el cuchillo! Y recuerda que esto no es gratis. Ya hablaremos de lo mío. ¿Estamos?

—Así sea —dijo Félix mientras se santiguaba, con la cabeza gacha, los ojos cerrados y la solemnidad de quien recibe un sacramento.

Capítulo IV - El notario de la medicina

Las semanas en el hospital transcurrían para Félix como las hojas de un tratado de anatomía: cada día era una disección de la estupidez ajena. Observaba a sus compañeros residentes con una mezcla de lástima y repugnancia. Los veía agotar sus ajustados sueldos en cenas ruidosas, viajes de fin de semana pagados a plazos y suscripciones a placeres efímeros. Eran, a sus ojos, adolescentes que llevaban fonendos; seres que confundían la libertad con la capacidad de consumir.

Félix era un maestro de la interpretación. En los pasillos, parecía el compañero ideal: siempre dispuesto a cubrir un turno, siempre con una palabra amable y su sonrisa enigmática. Su popularidad crecía como la espuma, y su valía profesional, cimentada sobre una inteligencia que no malgastaba en distracciones, le ganaba el respeto del hospital entero.

Fue entonces cuando sus oídos, atentos al rumor del capital, captaron una pieza de potencial valor: Alicia.

Alicia era una oftalmóloga de unos cuarenta años, delgada y elegante, cuyo reciente divorcio había dejado cierta huella en su fisionomía, dándole un aire severo a un atractivo notable. Su rostro poseía una piel uniforme, casi traslúcida, y unos rasgos faciales armónicos, de una simetría perfecta. Todo esto, junto a su pelo color rubio platino, peinado con una precisión que no admitía rebeldía, le confería una belleza fría, casi contemplativa. Sus desgraciados años de un matrimonio en el que nunca creyó, al que se dejó arrastrar por la inercia de la costumbre, se reflejaban en sus facciones. Se decía que su padre, un patriarca de la medicina privada, era dueño de una de las clínicas oftalmológicas más lucrativas de la capital. Dado que era hija

única, cosa que Félix también averiguó, eso la designaba como heredera universal de todo aquel patrimonio.

El joven trazó su plan con la dedicación de quien prepara un reactivo químico. Un lunes, en la cafetería del hospital —ese purgatorio de batas blancas y café de máquina—, divisó a Alicia sentada sola. Con aire de aburrimiento aristocrático, leía sin gran interés una revista de arte. Sus manos, suaves y con una manicura impecable, pasaban ágilmente las páginas, con elegancia y ligero desdén. Su delicado aspecto sugería que, posiblemente, lo más sucio que hubiese tocado en su vida fuese un instrumental esterilizado.

Félix se acercó y pidió permiso para sentarse, con una caballerosidad y una elegancia que parecían propias de otro siglo. Ella levantó la vista y le dedicó una mirada gélida que hubiese detenido el vapor del café. No se trataba de algo personal, pues era el trato que reservaba a cualquier residente de primer año: una mezcla de indiferencia y superioridad generacional. Para ella, Félix no era más que un «niñato» con buena planta. La mirada de Alicia era, no obstante, su rasgo más complejo. Por un lado, era la expresión de una cirujana, precisa y analítica; un tanto endurecida, bajo un barniz de desengaño. Y por otro, sus ojos color miel estaban hambrientos de distracción; sedientos de una chispa que lograse incendiar, aunque fuera un segundo, el incesante gris de su existencia.

—Este café es delito contra la salud pública, ¿no crees? —dijo Félix, rompiendo el silencio con una voz de barítono, pausada y con una modulación perfecta.

Cuando dejó su taza sobre la mesa, con una parsimonia estudiada, Félix no solo buscó el contacto visual. Además preparó un movimiento con una intención oculta. Al estirar el brazo, la manga de su camisa de algodón egipcio —una prenda de una blancura insultante, rescatada del inventario de los muertos de Arcadio— se retrajo lo justo. Fue entonces cuando un *Nautilus* de oro blanco emergió de la sombra como un hallazgo

arqueológico. Una versión todavía más selecta del reloj que se probó en casa del usurero. El destello del bisel octogonal y el brillo graso de una correa de aligátor capturaron la luz fluorescente de la cafetería. Sobre la mesa, se proyectó un reflejo de sólida riqueza que, en palabras de Arcadio, gritaba «linaje».

El efecto fue instantáneo. Los ojos de Alicia, entrenados en la precisión del microscopio quirúrgico, se fijaron en la esfera, cuyas subesferas constituían un calendario perpetuo. Su padre, un coleccionista obsesivo de la alta relojería suiza, le había enseñado mucho. No era una pieza de colores vivos, de las que se diseñan para la exhibición del nuevo rico. Aquel reloj era de un lujo y refinamiento extremos; una declaración de estatus que no necesitaba ostentar. Una señal inequívoca: el joven que tenía enfrente pertenecía, sin duda, a un mundo de fortunas silenciosas.

El gesto de la oftalmóloga cambió de forma brusca. La frialdad se desvaneció, reemplazada por una curiosidad felina. Se irguió en la silla, cerró la revista y le dedicó una sonrisa que pretendía ser acogedora. El joven avaro había anticipado este efecto. Aunque la indumentaria de Alicia era elegante y de buen gusto, Félix había notado algún que otro logotipo intencionadamente visible. Esa urgencia que algunos sienten de demostrarnos lo que son; pero, sin darse cuenta, también revelan lo que no son.

—Es un reloj magnífico, Félix —dijo ella, usando su nombre por primera vez—. No sabía que los residentes de anatomía patológica cultivaseis gustos tan... exquisitos.

Félix percibió el aroma de la victoria. Alicia ya no veía a un subordinado; veía un misterio con patrimonio. Era el momento justo de aplicar la táctica del retroceso; una retirada estratégica que Arcadio llamaba «el hambre del pescador».

—Es solo un objeto que mide el tiempo —respondió Félix, con una indiferencia casi ofensiva—. Aunque hay quien lo utiliza para medir otras cosas y, peor aún, para medirse con los demás. Ya sabes, esa gente superficial que sabe el precio de todo, pero

no entiende el valor de nada. Lamento la interrupción.

Se levantó sin terminar el café, dejando a Alicia con la palabra en la boca y una punzada de indignación, mezclada con un deseo ardiente. Ella, acostumbrada a ser cortejada por médicos maduros y empresarios aburridos, acababa de ser despreciada por un joven que vestía como un príncipe y hablaba como un asceta.

Félix caminó hacia el laboratorio sin mirar atrás. Sabía que Alicia pasaría el resto del día preguntándose quién era aquel jovencito, de dónde venía ese reloj y qué clase de fortuna se ocultaba tras su bata blanca. Había lanzado el anzuelo y el cebo no era el amor, sino la intriga de la riqueza y la ascendencia oculta. El avaro sabía muy bien que el ego herido, en personas como Alicia, se recuerda más vivamente que cualquier intento de seducción. Avanzaba seguro por los pasillos del hospital. Tenía el aplomo de un general que conoce de antemano el resultado de la batalla; había encontrado una grieta en la coraza de Alicia.

Dos días después, Félix se apostó cerca del control de enfermería de Oftalmología. Esta vez, el *Patek* descansaba en el sótano, entre sus calcetines. En su lugar, lucía un *Rolex Day-Date* de platino —al menos, a ojos del mundo—. Una pieza costosa en extremo, pero no tan discreta como el *Nautilus* del primer encuentro. A cada movimiento del brazo, su bisel estriado emitía un característico fulgor.

Alicia, que fingía revisar una historia clínica, no tardó en reconocerlo. Sus ojos, expertos en detectar objetos brillantes, como los de una urraca, se clavaron en el destello del reloj.

—Otro día, otro tesoro, Félix —dijo ella, con una mezcla de ironía y fascinación—. Empiezo a pensar que el Servicio de Anatomía Patológica paga mucho mejor de lo que pone en el BOE.

Félix suspiró, con un gesto de cansancio casi existencial. Se miró la muñeca como si llevara un grillete de hierro.

—Este trasto... —murmuró, restándole importancia con un gesto despectivo—. Es demasiado opulento para mi gusto. Demasiado ruidoso. Si lo llevo es por una cuestión de piedad filial, nada más. Me recuerda a mi abuelo. Él tenía uno idéntico y me lo regaló cuando empecé la carrera. Un capricho de anciano.

Alicia se acercó un paso más, invadiendo el espacio personal de Félix.

—¿Y quién era ese abuelo tan generoso, si se puede saber?

Félix clavó su mirada en la de ella, construyendo en el aire la fábula que había ensayado frente al espejo roto del sótano.

—Un hombre de otra época, Alicia. Un terrateniente manchego que empezó vareando aceitunas, bajo un sol que derretía las piedras, y terminó siendo dueño de media provincia. Pero... —Félix bajó la voz, teñida de una sombra de sospecha—, siempre mantuve las distancias cuando vivía. Me temo que su fortuna no brotó solo de la tierra, sino de tratos oscuros durante la posguerra. Por eso me negué a recibir ni un euro de su herencia. No quiero sangre en mis bolsillos.

Alicia lo escuchaba hipnotizada. La idea de un joven apuesto que rechaza una fortuna por principios éticos era el afrodisíaco más potente que jamás había probado.

—¿Y de qué vives entonces? —preguntó ella, con la respiración algo agitada—. Porque esa ropa y esos relojes no se pagan con el sueldo de primer año.

—Tengo mis propios medios —respondió Félix con una sonrisa distante, impregnada en modestia—. Negocios internacionales basados en internet, arbitraje de divisas y consultoría tecnológica. Nada que ver con el hospital. Empecé en mi adolescencia, por aquel entonces me apasionaba —explicó con una fingida nostalgia—. Si todavía sigo en ello, es ya por puro aburrimiento intelectual; supongo que algún día lo dejaré. No es, desde luego, la inmensidad que poseía mi abuelo, pero es dinero honrado. No necesito de nadie para financiar mi independencia.

El golpe derribó los andamios del orgullo de Alicia. Ella, cuya identidad era un simple anexo del patrimonio de su padre, se descubrió de pronto minúscula frente a la pureza del joven, que no necesitaba apellidos para sostener su realidad.

La resistencia de Alicia se había desmoronado. De aquella oftalmóloga que coleccionaba desprecios como trofeos de caza, ya no quedaba rastro. Félix mudó de piel con la maestría de un actor de método. Se mostró vulnerable, casi frágil, con esa humildad fingida que desarma a los soberbios. Era el momento de cerrar la trampa.

—Escucha, Alicia... He sido brusco contigo. Me gustaría compensarte. ¿Te apetecería cenar mañana en mi apartamento? Te advierto que no es gran cosa —añadió rápidamente, con una timidez ensayada mil veces—, ya sabes que el salario de residente no da para lujos. Es un lugar pequeño, pero es acogedor y tiene buenas vistas.

Alicia no pudo resistirse a la tentación de pisar el feudo de aquel «príncipe de la austeridad». Félix era un dandi de metro noventa que vestía el desapego con la apostura de un conde. Aquel enigma resultó excesivo para su maltrecho orgullo. Alicia aceptó, pero no por deseo: sentía la fascinación del pájaro que se arroja al siseo de una serpiente.

—Me encantaría, Félix. Mañana a las nueve.

Félix se despidió con una leve inclinación de cabeza, dejando flotar en el aire una promesa de misterio. Cuando se alejó lo suficiente, su máscara de cortesía se disolvió en una mueca de desprecio.

«No puede ser tan imbécil», reflexionó sorprendido por la facilidad del engaño. «¡Cómo se mienten a sí mismos para creer cosas bonitas!». Su conciencia no albergaba el menor remordimiento. Al contrario, sentía la satisfacción de un depredador ante una presa que se entrega voluntariamente. «¿Qué culpa tiene el pescador de que los peces sean tontos? Si

muerden es su problema, no les obliga nadie».

Al cruzar el pasillo principal, divisó a un grupo de residentes en una máquina expendedora. Con rostros de cansancio crónico, se apresuraban a terminar un café. Félix les dedicó una sonrisa de anuncio y alzó la mano; un gesto de compañerismo que ellos recibieron como un bálsamo.

—¿Qué tal, chicos? Os veo agotados —observó Félix, mostrando gran empatía y preocupación—. Todavía es temprano, ¿cómo es que ya estáis así?

Uno de ellos sonrió con resignada paciencia.

—Salimos de guardia, Félix… Pero ya ves. Más de las doce y aquí nos tienes. En el Servicio no nos dejan librarlas. Se pasan la ley por donde ya sabes.

Félix negó con la cabeza, frunciendo el ceño. Todo su lenguaje corporal revelaba indignación.

—Pues ánimo, compañeros; no puedo deciros otra cosa. ¡Es vergonzoso que os traten así! —dijo al marcharse, dándole a uno de ellos una palmadita en la espalda.

«¡Qué desgraciados!», murmuró para sus adentros. «Se lo merecen, son una panda de sumisos». Le parecían hormigas anónimas trabajando para una colonia que ignoraba su existencia; seres que habían vendido su tiempo por la comodidad de una jaula bien barrida. Mequetrefes abúlicos, que habían canjeado sus sueños por el derecho a un cansancio regulado.

Caminaba reflexionando con una lógica carente de emociones. «Arcadio tiene razón: nadie honrado tiene dinero». Veía el trabajo como la condena de los mediocres, el camino más largo y tedioso hacia la nada; una receta segura para vender la vida a plazos. «La forma de enriquecerse no es crear nada, sino tomar lo que otros no han sabido proteger» razonaba, recordando las garras de Arcadio cuando contaba monedas. Se creía merecedor de un destino más alto; se sentía el dueño de su propia suerte. Y se juró a sí mismo que, en ningún caso, permitiría que la

vulgaridad de la culpa enturbiara la nitidez de sus cálculos. Avanzaba con una majestad sombría, ignorando el murmullo de la mediocridad a su espalda. Su figura se desvaneció en la penumbra del pasillo, con la arrogancia de quien no necesita mirar atrás para saberse vencedor.

***

Aquella noche, en las profundidades del sótano, presa de una ambición febril, empezó a limpiar con un trapo viejo las copas de cristal que pensaba subir al ático para la gran puesta en escena. El escenario estaba listo; solo faltaba que la víctima entrara en la jaula de oro. Al poco rato, el viejo acudió a verle. Bajo la luz mortecina, que parecía agonizar entre la decadencia de las paredes, ambos sellaban un pacto que habría hecho palidecer al más vil de los conspiradores. Félix, con las facciones desencajadas por la avaricia desnuda, exponía sus necesidades con la precisión de un intendente militar.

—Don Arcadio —sentenció Félix, mientras se quitaba con desprecio un resto de barro del zapato—, la red está echada. La oftalmóloga vendrá mañana. Para que el pez no sospeche del anzuelo, el ático debe dejar de ser una propiedad en alquiler. ¡Tiene que convertirse en la alcoba de un príncipe! Necesito trajes de seda, réplicas que deslumbren, el champán más caro que exista en el mercado… ¡Lo quiero todo! ¡Que el aire huela a opulencia heredada!

El viejo avaro escuchaba con la boca entreabierta, sus dedos nudosos acariciando el aire, como si contara monedas invisibles. La audacia de Félix le transportaba a sus años de juventud, cuando el engaño era su forma de arte.

—Te lo daré todo, muchacho —susurró Arcadio con un hilo de voz—. Te abriré mi almacén secreto. Tengo todo lo que necesitas. Pero mi generosidad tiene un precio y no se paga con

dinero.

Félix miró a Arcadio con escepticismo.

—¿Qué precio puede tener, si ya eres dueño de medio Madrid?

—Lo quiero ver —dijo el anciano. Un brillo sádico y hambriento iluminó sus pupilas—. Quiero asistir a la función, y no en primera fila… ¡En el mismo escenario! Me haré pasar por tu sirviente. Le guardaré el abrigo, serviré el vino, me inclinaré ante vuestra farsa. No me puedo perder el espectáculo.

Félix soltó una carcajada que resonó en las tuberías del sótano, como el eco de un sarcófago.

—¿Tú, de mayordomo? —Félix lo miró de arriba abajo—. Me parece una idea excelente, Arcadio. Es el toque de distinción que me faltaba. Pero si acepto, lo haremos bajo mis reglas. Durante toda la velada, te llamarás Néstor. Siempre me ha parecido que un hombre de mi supuesta alcurnia debe tener un mayordomo llamado Néstor. Te trataré con displicencia. Como quien está acostumbrado a que le sirvan desde la cuna, y tú no abrirás la boca más que para obedecer.

—Néstor... —repitió el viejo, saboreando el nombre como un licor amargo—. Me gusta. Tiene un aroma a servidumbre antigua, a lealtad comprada. Acepto, señorito Félix.

Los preparativos ocuparon las siguientes veinticuatro horas. El ático fue despojado de su aire de apartamento moderno, para ser revestido con los tesoros ocultos de Arcadio. Alfombras persas, que llevaban décadas acumulando polvo en sus desvanes secretos, fueron desplegadas sobre el parqué; cuadros de dudosa autoría, pero de marcos imponentes, ocuparon las paredes blancas.

Félix seleccionó un traje de lino azul, que caía sobre su esbelta figura con una elegancia sublime. Mientras tanto, en un rincón del ático, don Arcadio —ahora Néstor— se probaba una chaqueta de librea, algo raída pero digna, ensayando una inclinación de espinazo que combinaba la humildad del criado

con la sorna del cómplice.

—La cena será a las nueve, Néstor —dijo Félix, ajustándose un reloj, esta vez el *Nautilus* de acero que se probó en casa de Arcadio.

—A sus órdenes, señor —respondió el viejo con una mueca que recordaba vagamente a una sonrisa.

Ya en el ático, Félix miró por la cristalera de la terraza, contemplando las luces de Madrid. En el sótano quedaban la rata frita y el colchón de billetes; allí, en la altura, estaba el escenario de su gloria. La comedia humana estaba lista para su acto más infame.

A las nueve en punto, el timbre del ático de la calle Claudio Coello emitió un carillón discreto; un sonido de seda que Alicia percibió como la entrada a un templo prohibido. Al abrirse la puerta, se encontró con una figura que parecía arrancada de un grabado antiguo: un hombre enjuto, de espina curvada, con una precisión servil y una mirada que evitaba el rostro de la dama, con una deferencia casi sumisa.

—Sea bienvenida, señora. Permítame su abrigo —dijo Néstor con una voz que era un susurro de papel viejo—. El señor la aguarda en el salón.

Alicia traspasó el umbral. La envolvió un soplo de aire con un aroma que no era el de Madrid, sino el de una sofisticación inalcanzable para cualquier cuenta corriente, por abultada que fuera. La luz, de un tono ámbar, inundaba la estancia, acariciando el cuero de los libros antiguos y el brillo apagado de las maderas nobles. No había la ostentación ruidosa de los nuevos ricos que ella frecuentaba en La Moraleja o en la clínica de su padre; no había dorados excesivos ni mármoles que gritaran su precio.

Era una elegancia estratosférica, una atmósfera de viejo dinero. Aquel lugar hacía palidecer cualquier patrimonio para ella conocido, y por supuesto el de su propia familia, que parecía

de pronto una hucha de cerdito donde los niños guardan sus monedas. Por primera vez en su vida, todo su mundo se encogía. Se sintió como una intrusa en un estrato muy lejano al suyo; como una niña asustada que temiese romper algo caro. Sin embargo, lo que más impresionó a Alicia no fue ningún objeto visible. Fue ese silencio denso de la opulencia, donde no se escucha la calle; esa quietud que solo se interrumpía por los pasos amortiguados de Néstor.

Félix apareció desde la terraza, con los puños de su camisa de lino vueltos. Su naturalidad era impactante.

—Alicia, qué puntual. Me alegra que hayas venido —dijo él, acercándose con su metro noventa de apostura manchega, dándole un beso en la mano que la dejó desarmada.

Se sentaron a la mesa, un tablón de caoba que parecía haber sostenido tratados de paz. Néstor, con una eficiencia fantasmal, comenzó a desfilar con platos que eran poemas de la gastronomía: un consomé de una transparencia cristalina, seguido de un rodaballo salvaje que reposaba sobre una cama de algas, cuya presentación era exquisita. Los vinos, servidos en copas de un cristal tan fino que temblaba al tacto, eran etiquetas que Alicia solo conocía a través de rumores remotos. Botellas cuya existencia creía limitada a las leyendas de los grandes coleccionistas.

Durante la cena, Alicia, cuya alma estaba corroída por una envidia que confundía con admiración, no podía dejar de mirar un pequeño volumen encuadernado en piel que descansaba sobre una mesita auxiliar.

—¿Marco Aurelio? —preguntó ella, tratando de recuperar algo de terreno intelectual.

—Ah, las Meditaciones —respondió Félix, rompiendo un trozo de pan con sencillez—. Es mi refugio. En el hospital, estudiamos la carne, Alicia; pero aquí me gusta estudiar el espíritu. Verás, en mi casa de La Mancha, lejos del ruido de las inversiones, no he

hecho otra cosa que leer y formarme. El estoicismo es la única medicina contra la vanidad del mundo.

Félix comenzó entonces un discurso que sumió a la oftalmóloga en un estado de asfixia intelectual. Citó a Séneca para hablar de la brevedad de la vida, a Spinoza para diseccionar la ética del deseo y a Schopenhauer para explicar el dolor de la existencia. Hablaba con una llaneza casi mística, sin ningún aire de pedantería. No existía petulancia en sus palabras; ninguna pretensión. La sabiduría, en Félix, no parecía un adorno intencionado, sino su estado natural. Mientras, ella sentía que sus años de másteres y congresos de medicina solo disimulaban un analfabetismo funcional.

—Al final, Alicia —dijo Félix, mirándola fijamente mientras Néstor retiraba los platos con una reverencia—, la riqueza no es más que un estorbo para el que busca la verdad. Yo vivo en este apartamento por comodidad logística, pero mi verdadero ser está en los libros y en mis pensamientos. Lo material es... polvo.

Alicia se sentía pequeña e ignorante. Aquel joven, que despreciaba el oro que obviamente poseía, ejercía sobre ella una atracción abrumadora. Su alma de materialista se retorcía de placer y de humillación ante aquel hombre, que parecía estar de vuelta de todo a los veinticinco años.

En la cocina, mientras preparaba el postre, don Arcadio —o Néstor— se apoyaba contra la encimera, apretándose el abdomen con ambas manos. Tenía calambres de tanto contener la risa. Escuchar a Félix, el hombre que comía ratas fritas y guardaba billetes en un colchón mohoso, dando lecciones de estoicismo y desapego material a una heredera fascinada, era la comedia más hilarante que el viejo había presenciado en su larga y miserable vida.

Néstor volvió al salón con un *soufflé* de chocolate negro que parecía levitar.

—El postre, señor Félix. Señora —anunció el mayordomo, con

los ojos inyectados en sangre, conteniendo una carcajada que habría hecho saltar por los aires todo aquel decorado.

El salón quedó en un silencio sepulcral, solo interrumpido por el sordo castañeteo de la cubertería de plata, que Néstor recogía con gesto comedido. Alicia, con la mirada perdida en el fondo de su copa de cristal de Bohemia, rompió la quietud con una pregunta que buscaba la fibra humana tras ese pedestal de riqueza y erudición.

—Félix —dijo ella, con voz aterciopelada—, me asombra que alguien con tu fortuna y tu intelecto, capaz de triunfar en cualquier negocio abstracto del siglo XXI, elija pasar sus mañanas entre formol y cortes de tejidos muertos. ¿Por qué la anatomía patológica? Es la especialidad más sombría, la que no tiene aplausos ni pacientes que te den las gracias.

El avaro dejó su copa sobre la mesa con una lentitud dramática. Sus facciones, antes serenas y estoicas, se contrajeron en un rictus de dolor reprimido, de tal intensidad que Alicia quedó paralizada de terror. Félix bajó la mirada, permitiendo que el flequillo le cubriera ligeramente los ojos, y exhaló un suspiro que pareció arrancar el aire de sus pulmones.

—Hay cicatrices, Alicia, que el aplauso no puede borrar —comenzó Félix, con una voz quebrada, casi un susurro—. Yo tenía una hermana pequeña, Lucía. Era la alegría de nuestra casa, un espíritu de luz en medio de la llanura. Cuando tenía dieciséis años, le apareció una pequeña mancha en la espalda, un lunar que parecía insignificante.

Félix hizo una pausa, tragando saliva con dificultad. Alicia se inclinó hacia él, atrapada en la red de su relato.

—Acudimos al dermatólogo más reputado de la provincia. Fue extirpado y analizado. El patólogo de aquel hospital, un hombre cansado que probablemente solo pensaba en jubilarse, informó de un nevus displásico. Nos dijo que no había de qué preocuparse, que la escisión era completa. Confiamos en él.

Confiamos en la ciencia. —Félix apretó los puños sobre el mantel —. Pero no era un nevus. Era un melanoma en fase de crecimiento vertical. Dos años después, cuando Lucía empezó con dolores de cabeza y una tos que no cesaba, descubrimos la verdad: el error del patólogo la había condenado a muerte. La diseminación metastásica era total. La vi apagarse en tres meses, Alicia. Vi cómo el error de un hombre, que no prestó suficiente atención al microscopio, devoraba la vida de mi hermana.

Una lágrima solitaria, perfecta y oportuna, rodó por la mejilla de Alicia. Su mano buscó instintivamente la de Félix, para consolarlo.

—Por eso estoy aquí —concluyó él, alzando la mirada con una determinación heroica—. No necesito aplausos, ni prestigio, ni el oro. Un día me juré a mí mismo que ningún otro hermano, ni madre, ni padre, llorarían una pérdida por culpa de un diagnóstico negligente. Mi vida tiene sentido cuando miro por el ocular y busco la verdad absoluta: la que no admite errores. Es mi penitencia y mi legado.

Tras un breve silencio, Félix se puso de pie, con una copa en la mano, y miró a Alicia con una mirada cargada de nobleza y propósito.

—¡El patólogo, Alicia, es el notario de la medicina! Nosotros damos fe de la verdad última. Los demás médicos vivís en la especulación, pero nosotros no. No interpretamos la enfermedad, sino que la certificamos. Ser patólogo es ser el depositario de la certeza, en un mundo de suposiciones.

Néstor, que en ese momento servía el coñac, estuvo a punto de derramar el licor sobre la alfombra persa. Su asombro ante la depravación moral de Félix alcanzó cumbres metafísicas. El viejo sabía que Félix era hijo único y que su única hermana espiritual era la avaricia. Escuchar aquella fábula necrófila, inventada con tanto lujo de detalles técnicos y patetismo, le produjo un escalofrío de admiración prohibida. «Este muchacho no es un hombre», pensó Arcadio, «es un demonio reencarnado».

—No sé qué decir, Félix... —logró articular Alicia, sintiendo que su voz sonaba ridícula frente a la gravedad del joven—. Es la historia más triste y más inspiradora que he oído jamás. Me haces sentir una frívola y una superficial. Lo que haces... Tu propósito... Eres un hombre excepcional.

—Solamente un hombre que busca la paz —respondió con sencillez—. Néstor, traiga las copas a la terraza. El aire de Madrid nos vendrá bien.

Salieron al exterior, bajo un cielo limpio y estrellado. Alicia, totalmente subyugada, caminaba con él como quien sigue a un profeta. Mientras tanto, en la penumbra del salón, Néstor los observaba atento, preguntándose cuánto tiempo tardaría Félix en devorar por completo la voluntad —y la futura herencia— de aquella mujer.

La terraza, suspendida sobre el abismo luminoso de la capital, se convirtió en el escenario de una mímica perfecta. Félix, manteniendo la prestancia de su gran estatura y su elegante porte, tomó la mano de Alicia con una delicadeza que sugería protección y respeto. Ella, en su ingenuidad, creyó haber encontrado a un santo en el cuerpo de un modelo. La condujo hacia el interior, atravesando el salón en penumbra hasta el dormitorio principal, donde la farsa alcanzaría su clímax.

Al entrar, los ojos de Alicia, siempre ávidos de señales de estatus, se clavaron en un rincón del vestidor. Allí, sobre una peana de plata, un *watch winder* de madera de ébano giraba rítmicamente, manteniendo en movimiento perpetuo tres piezas que harían palidecer los sueños más locos de su padre: un *Vacheron Constantin* con complicaciones astronómicas, un *Audemars Piguet* de platino y un *Richard Mille* que lucía como una joya de la ingeniería aeroespacial. Era una fortuna rotando en silencio; una manifestación de lujo tan extremo y, a la vez, tan integrada en lo cotidiano del cuarto, que Alicia sintió un calambre de codicia. Para ella, aquello era la prueba de que Félix no solamente tenía dinero, sino que pertenecía a un estrato que

ni siquiera cuenta lo que gasta, ni sabe lo que tiene. El pedestal sobre el que le veía resultaba tan alto que hasta notaba vértigo.

Néstor, que se había quedado en el pasillo con la excusa de recoger unas copas imaginarias, pegó el oído a la puerta de roble macizo. Sus instintos de viejo falsario no le fallaban. Primero escuchó el susurro de la seda al caer, seguido de unos besos húmedos que hablaban de una pasión largamente contenida.

De repente, la atmósfera cambió.

Lo que siguió no fue el intercambio de ternuras de un romance de folletín, sino un desguace moral. Al otro lado de la puerta, mantenía la rígida postura de un centinela, con sus oídos fijos en la madera noble. Félix profería insultos de tal atrocidad que Arcadio —que carecía por completo de escrúpulos morales—, tuvo una experiencia para él nueva: por primera vez en su vida, sintió un remoto y extraño atisbo de piedad. Escuchó una voz que apenas reconocía: ya no hablaba el joven estoico, sino un demonio de la humillación. Con una crueldad heladora, con una precisión que cortaba el aire, comenzó a desollar el ego de Alicia.

No se trataba de insultos vulgares. Eran palabras bien elegidas, que herían como ácido la dignidad de Alicia. Félix le restregaba su mediocridad, su talento reducido a trabajar para comprarse bolsos caros, su vacuidad de niña malcriada carente de méritos… Latigazos verbales que buscaban la médula, diseñados para demoler su orgullo y reducirlo a escombros.

Ella, lejos de huir, respondía con un silencio jadeante, ocasionalmente interrumpido por gemidos placenteros. Alicia, acostumbrada a gobernar consultas y quirófanos, a imponer su criterio incuestionable, se hundía en una sumisión que rozaba el éxtasis, saboreando cada gramo de su propia degradación. Una mujer que lo tenía todo, pero necesitaba que alguien con el «pedigrí» de Félix la pisoteara para sentirse, por fin, viva. Con el tono de un inquisidor despiadado, cada vejación caía sobre ella con el peso de una verdad revelada. Cada insulto brotaba de su

infinita sabiduría, que le otorgaba el derecho de juzgar, y destruir, su frágil existencia de cristal.

Cuando finalmente la puerta se abrió, el contraste fue espeluznante. Salieron cogidos del brazo, intercambiando miradas de enamoramiento profundo, como si acabaran de compartir una visión mística del universo. Félix le acariciaba la mejilla con una ternura tan pura, tan desprovista de artificio, que hasta le hizo dudar a Arcadio dónde terminaba la farsa y dónde empezaba la verdadera naturaleza de aquel aparente ser humano.

—Ha sido una velada inolvidable, Alicia —dijo Félix, cuya voz volvía a ser la seda del médico humanista.

Néstor se adelantó con el abrigo de piel de la señora. Al ayudarla a ponérselo, observó el rostro de Alicia: no estaba feliz, estaba anestesiada. Tenía la mirada desenfocada y una expresión de entrega; un estupor radiante, que hasta le recordó al de los místicos en trance. Había en sus ojos una serenidad aterradora, como si acabara de salir de una revelación que le hubiera quemado las pupilas. Bajo el cabello ligeramente revuelto, su gesto no era de triunfo, sino de una especie de paz postraumática: la gratitud de quien alcanza la gloria a través de la penitencia.

—Buenas noches, Néstor —dijo ella con una voz temblorosa mientras se dirigía al ascensor.

—Buenas noches, señora —respondió el viejo, inclinándose tanto que casi tocó el suelo, ocultando una mueca de horror y carcajada que le deformaba la cara.

Mientras la puerta del ascensor se cerraba, Félix se relajó, soltando un largo suspiro de hastío y aflojando el nudo de su corbata.

—¡Qué aburrimiento, por favor! Arcadio, ayúdame a recoger este teatro. Mañana tengo que estar en el hospital temprano. Hay tanta falsedad en este ático… ¡Hasta a mí me da asco!

Félix se arrancó los gemelos de oro y los tiró sobre el mantel manchado, como si fueran piedras infectas. Arcadio ni siquiera se atrevió a responder. Empezó a apilar los platos de porcelana en silencio, evitando mirar a los ojos a ese joven que, tras haber devorado un alma, solo parecía preocupado por sus horarios y por el desorden del salón.

—Señorito Félix —musitó Arcadio mientras empezaba a apagar las luces—, he visto muchas cosas en mi vida, pero lo de esta noche… No lo había visto nunca. ¡Esa mujer te entregaría hasta las cenizas de sus ancestros!

Félix no respondió. Se limitó a mirar su reflejo en el gran espejo del salón, con una sonrisa de una crueldad indefinible. El eco de los pasos de Alicia todavía vibraba en el rellano. Arcadio, al ver que Félix reía, se despojó de su máscara de Néstor, con la urgencia de quien se quita una ropa que le quema. La curiosidad de su alma sádica acabó por imponerse a su prudencia. El viejo avaro estaba fuera de sí, con los ojos inyectados en una mezcla de lubricidad y espanto.

—¡Cuéntame, rufián! ¡Hasta el último detalle! —exclamó Arcadio, agarrando a Félix por la manga del traje—. He oído los gritos, las injurias... Creía que el techo se nos venía abajo. ¿Qué clase de demonio llevas dentro? Ni en mis años más oscuros en los bajos fondos de Lyon vi una transformación semejante. ¿Cómo es que esa mujer ha salido de aquí como si hubiera visto a la Virgen?

Félix se sirvió el último resto de un coñac que costaba trescientos euros la botella y lo apuró de un trago, con la misma indiferencia con la que se bebe un vaso de agua del grifo. Su rostro parecía esculpido en mármol. La excitación de la carne se había evaporado: solo quedaba la aritmética del beneficio.

—Pues está claro, Arcadio, qué te voy a decir —respondió Félix, sentándose en el borde de un sillón de cuero—. Alicia es una mujer que lo ha tenido todo: dinero, respeto, títulos. Su vida es un desierto de tedio y cortesía. Lo que ella busca, lo que su

alma podrida de burguesa anhela en secreto, es el morbo de la degradación. Disfruta de la sumisión, se alimenta de la humillación. Cuanto más la desprecio, más me adora; cuanto más la insulto, más cree que soy un semidiós. Creerá que la he iluminado, pero no… La he vaciado.

Félix sonrió, pero era una sonrisa completamente horizontal; un mero estiramiento de la carne, que no lograba encender la mirada. Sus ojos quedaron fijos en un punto invisible de la pared.

—Pienso darle el mayor gusto en ese sentido. La trataré como a una sierva, la quebraré hasta desintegrar su voluntad. Y lo haré por una sola razón: quiero la clínica de su padre. Quiero cada microscopio, cada paciente, cada cuenta corriente y cada título de propiedad que esa familia de oftalmólogos haya acumulado en tres generaciones. Lo he visto claro esta noche, Arcadio: las llaves de su reino, y a cambio la pisoteo un rato.

Don Arcadio, un hombre que presumía de no tener escrúpulos y de tener su ética en venta, palideció. Un sudor frío le perló la frente. Había algo en la voz de Félix, una ausencia absoluta de pasión; una sequedad administrativa al hablar del destino de esa mujer, de esa familia, que le resultaba más aterradora que cualquier violencia física.

—Pero... ¿la clínica? —balbuceó el viejo, sin apenas pensar lo que decía—. Eso es una fortuna. Podrías retirarte, vivir como un rey, dejar de comer ratas...

—¿Retirarme? —Félix le miró con un desprecio infinito—. No me has entendido, Arcadio. Alicia y su clínica no son la meta. Son el primer peldaño de una escalera hacia el siguiente nivel. Lo que tienen tampoco es para tanto. Son clase trabajadora, aunque ellos se crean marqueses. ¡Obreros que visten ropa cara! Esto es solo el comienzo. Ya llegará el momento de las altas finanzas, de los movimientos que hacen temblar a los Estados. La clínica es una casa de muñecas.

Arcadio retrocedió un paso, sintiendo por primera vez que el monstruo que había ayudado a crecer era mucho más grande de lo que él podía controlar. Vio en Félix una total carencia de empatía. Una psicopatía tan pura, tan destilada, que le hizo sentir que su propia avaricia era casi un juego de niños; un pecado venial de un jubilado aburrido.

—Vámonos de aquí —cortó Félix, levantándose y dejando la copa vacía sobre una mesita de marquetería—. El aire de este ático empieza a resultarme asfixiante de tanto lujo inútil. Echo de menos mi cueva.

Sin más palabras, se quitó el reloj y la chaqueta de lujo, envolviéndolos en un fardo con un cuidado casi fetichista. Salieron del ático y bajaron a la calle silenciosa. Félix caminó con paso rápido hacia el callejón oscuro, descendió por la trampilla de hierro y se encerró en su sótano asqueroso. Allí, entre el olor a moho, las paredes rezumantes y el denigrante inodoro, Félix se tumbó en su colchón preñado de billetes. El hedor a humedad le resultó más limpio que el perfume de Alicia; era el aroma de su propia autenticidad, de un hombre que habitaba la miseria como un trono. Cerró los ojos con una paz absoluta. Mientras, en su mente, la clínica del padre de Alicia ya aparecía como un activo más en su contabilidad privada.

***

Félix regresó al hospital al día siguiente con la cara lavada y la mirada impenetrable de quien ha dormido sobre un tesoro. Su jornada en Anatomía Patológica fue de una pulcritud técnica absoluta. Estudió biopsias reales y redactó informes con la misma frialdad administrativa con que narró a Arcadio sus intenciones con la oftalmóloga. Sin embargo, su obra maestra del día estuvo en lo que *no* hizo: no buscó a Alicia, no envió un mensaje; ni siquiera permitió que sus ojos se desviaran hacia el

Servicio de Oftalmología.

Pasaron dos días, luego tres. El silencio de Félix era un arma de precisión. Sabía que en la psicología de una mujer como Alicia —acostumbrada al asedio previsible de los mediocres—, ese vacío tras una noche de entrega y humillación actuaría como un cáustico implacable. La imaginaba frente al espejo, buscando en su reflejo las marcas de una derrota que ya no podía ocultar; revisando el teléfono con una frecuencia compulsiva. La veía debatiéndose entre la rabia de la mujer despreciada y la angustia de la amante que teme haber perdido su amor.

Al cuarto día, el destino —o el cálculo de Félix, conocedor de horarios y costumbres— provocó el encuentro en un pasillo estrecho que conectaba el área de consultas con los laboratorios.

Alicia apareció al doblar una esquina y se detuvo en seco, como si hubiera chocado contra un muro de cristal. Tenía ojeras mal disimuladas bajo el maquillaje y una expresión de desamparo que era el acta de su derrota. Félix, al verla, fingió un sobresalto digno del mejor actor. Bajó la mirada de inmediato, se ajustó la bata con torpeza fingida y amagó con dar media vuelta, como si su presencia le quemara la piel.

—¡Félix! —exclamó ella con una voz que era un hilo de reproche y súplica—. ¿Es que piensas huir de mí para siempre?

Félix se detuvo, le dio la espalda un segundo para tomar aire y luego se volvió hacia ella. Su rostro era el vivo retrato del azoramiento y de la culpa noble.

—Alicia... perdóname —dijo con voz ronca—. No sabía cómo mirarte a la cara. Desde aquella noche... —hizo una pausa dramática, mirando al suelo—, he vivido en un estado de parálisis. He cogido el teléfono cien veces, te lo juro por lo más sagrado, y otras cien lo he dejado caer. Tenía miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? —preguntó ella, acercándose, ya totalmente desarmada.

—Miedo a romper el hechizo —susurró él, mirándola

fijamente a los ojos, con una intensidad que parecía ver más allá de lo físico—. Fue algo tan fuerte, tan absoluto, que al despertar al día siguiente creí que lo había soñado. Tuve miedo de que al oír tu voz, al hablarte de nuevo, la realidad de este hospital, de esta vida prosaica, destruyera la perfección de lo que vivimos en mi casa. Preferí no hacer nada... a arriesgarme a que aquello fuera solo un espejismo de mi soledad. Te he amado en el silencio estos días, por puro pánico a perder la memoria de esa noche.

Alicia, cuya vanidad había sido lacerada por un calvario de mutismos, se sintió de repente elevada al altar de las musas. Las lágrimas asomaron a sus ojos, conmovida por la paradoja de aquel gigante que, en la intimidad, la hería con un látigo verbal; pero que ahora temblaba ante el solo recuerdo de su tacto.

—¡Oh, Félix! Qué tonto eres... —dijo ella, perdonándole con un solo gesto toda la angustia de la semana—. Yo pensaba que te habías arrepentido, que yo no había sido suficiente...

—¿Suficiente? Eres mi único pensamiento —mintió él con una perfección aterradora—. Por favor, déjame compensarte. Mañana sales de la clínica de tu padre a las nueve, ¿verdad? Iré a buscarte. Cenaremos en ese pequeño restaurante francés que hay cerca. Quiero que volvamos a empezar, lejos de mis miedos de adolescente.

Alicia asintió con una sonrisa radiante, una sonrisa de condenado que cree haber ganado el cielo. Félix se despidió con una caricia fugaz en su mano y se alejó por el pasillo. En cuanto dobló la esquina y quedó fuera de su vista, su rostro recuperó la rigidez de la piedra. Consultó su reloj de pulsera —un modelo sencillo para el hospital— y calculó mentalmente el precio del menú del restaurante francés. «Cuarenta euros el cubierto, puede que más según el vino», pensó. «Intentaré pedir el de la casa, en un alarde de desapego. Se justifica el gasto porque me acerca al objetivo. A ver si consigo que pague Arcadio».

Esa noche, en el sótano, Félix le contó a la oscuridad —o acaso

al esqueleto de la rata— sus planes para la cena del día siguiente. Alicia ya no era una mujer; era un contrato que estaba a punto de firmarse.

***

A las nueve de la noche, la clínica se alzaba en el distrito financiero como un templo del orgullo. Un edificio de líneas vanguardistas y cristales ahumados de una notable elegancia, pero cuyo rótulo luminoso violaba la oscuridad con una intensidad prepotente, más propio de un «after» ibicenco que de un lugar de curación. Su parpadeo asíncrono parecía un espasmo eléctrico; una especie de arritmia luminosa que, para fortuna del patriarca, pocos de sus pacientes veían bien.

Félix la observaba desde la acera opuesta, no con la impaciencia del amante, sino con la precisión del perito que busca grietas en los cimientos. Alicia emergió por las puertas automáticas. Tenía la palidez del cautiverio bajo fluorescentes; la mirada embotada, de tanto explorar máculas y nervios ópticos. Al avaro le resultó pura ironía: la oftalmóloga salía de su reino y aunque miraba hacia él, no podía verle entre las sombras. Sus ojos estaban ciegos: por el cansancio y por su luz maldita.

Envuelto en ese negro resplandor, Félix vestía un traje de franela gris perla que parecía haber sido esculpido sobre su cuerpo, y en su mano derecha sostenía un ramo de peonías blancas, sencillas y carísimas. Sin embargo, el detalle que hizo que el pulso de Alicia se acelerara no fueron las flores, sino el *Patek Philippe Calatrava* de oro amarillo que asomaba por su puño: un reloj muy sobrio, desconocido para la mayoría, pero muy codiciado por los coleccionistas.

—Estás agotada, Alicia —dijo él, depositando un beso casto en su mejilla, mientras le entregaba el ramo—. Tus ojos han perdido el brillo de la mañana.

—Ha sido un día brutal, Félix —suspiró ella, apoyándose ligeramente en su brazo—. Consultas, cirugías de cataratas, papeleo administrativo... Siento que el trabajo me ha sorbido el cerebro. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido?

Caminaron lentamente hacia el restaurante francés. Félix se encogió de hombros con una elegancia displicente.

—Mi jornada terminó a las dos de la tarde, como siempre —respondió él con voz serena—. Después de comer un bocado ligero, me entregué a una siesta de una hora. El sueño es la higiene del alma. El resto del día, lo he pasado en mi terraza, leyendo a Montaigne y observando cómo las nubes cruzan el cielo de Madrid, mientras meditaba sobre uno de sus ensayos. Ha sido un martes profundamente productivo, en términos de paz interior.

Alicia se detuvo en seco, mirándolo con una mezcla de amargura y anhelo.

—Te envidio, Félix. De verdad que te envidio. Yo daría lo que fuera por vivir así, pero... el deber, la clínica de mi padre, las facturas... Siento que soy una pieza más en una maquinaria que no se detiene nunca.

Se sentaron en un rincón discreto del restaurante, iluminados por la luz de una vela. Félix dejó el reloj sobre la mesa —un gesto de «desapego» que Alicia interpretó como la máxima sofisticación— y se inclinó hacia ella.

—Esa es la tragedia de tu clase, Alicia —sentenció Félix—. La gente cree que la fortuna se mide en dinero y en marcas de lujo, pero la única riqueza real es el tiempo. La vida está hecha de eso. Tú vendes doce horas de tu existencia cada día. ¿Y para qué? Disculpa por la franqueza… Para que el Estado se lleve la mitad en impuestos y para que el resto se evapore en coches alemanes, bolsos de marca y cenas como esta. Vendes tu vida por unas monedas que ya tienen dueño antes de que las ganes, y perdona que sea macabro: no sabes cuánto te queda por vivir.

Alicia bajó la mirada. Cada palabra de Félix le abría una llaga en la conciencia. Se sentía identificada, expuesta en su propio vacío; como una obrera del ojo frente a un filósofo del alma.

—Es lo que llaman «la carrera de la rata» —continuó él, en un tono casi pedagógico—. Veo a mis compañeros del hospital, y te veo a ti, corriendo en una rueda infinita. Trabajáis para pagar una vida que no tenéis tiempo de disfrutar. Malgastáis vuestra juventud acumulando cosas para impresionar a gente que no os importa, mientras os marchitáis por dentro. Yo decidí hace tiempo que no sería un esclavo. Si trabajo, es por el rigor científico de la anatomía patológica; pero no por dinero, porque es una adicción. El sistema está diseñado para que te sientas culpable si no estás siendo productiva, pero no te engañes. Productividad es como llaman tus amos a tu servidumbre.

Alicia bebió un trago de vino. Todo su mundo conocido se desmoronaba ante la lógica aplastante de aquel joven. Félix la contemplaba con piedad fingida. Mantenía una sonrisa en apariencia comprensiva, mientras ella se desangraba emocionalmente sobre el mantel. Avergonzada, fijó la vista en sus propias manos, que antes habían sido su orgullo de cirujana. De repente, las encontraba vulgares. Las veía ásperas y bastas, como si se hubieran encallecido de tanto arar la tierra. Sintió sus dedos agarrotados; su fina piel, de pronto, le resultaba ajada por esa servidumbre del estatus. El avaro, que adivinó estos pensamientos, cubrió las de Alicia con las suyas, con una delicadeza protectora. Ella las percibió cuidadas y suaves: las manos de un pensador, de un espíritu noble que no se mancha operando, y que prometían salvarla de su propia vida.

—Si quieres ser libre, Alicia, tienes que dejar de ser una empleada de tu tren de vida —concluyó él—. Basta de falsos dioses. Tienes que delegar el esfuerzo, optimizando el beneficio. De lo contrario, morirás siendo la mujer más rica del cementerio, pero la que menos habrá vivido.

Aquella noche, mientras ella escuchaba hipnotizada, Félix

calculaba que ese discurso sobre el tiempo libre la llevaría a odiar su trabajo. Puede que pronto le pidiese ayuda para gestionar la clínica, y así podría drenar su patrimonio. En la penumbra del restaurante, acariciaba las manos de Alicia; pero en su mente se frotaba las suyas. Le estaba ofreciendo la libertad, para por fin quedarse con su jaula.

El camarero interrumpió la conversación, depositando sobre el mantel dos tazas de café. Félix, con la solemnidad de un oficiante, inhaló lentamente su aroma tostado. Con un movimiento pausado, tomó el *Calatrava*, que descansaba sobre la mesa, y se lo mostró a Alicia. La luz de la vela se reflejó en el bisel de oro, otorgándole un fulgor que, a ojos de ella, era el de una reliquia inalcanzable.

—Dime, Alicia —comenzó Félix, sin apartar la mirada del objeto—, ¿qué ves aquí? ¿Cuánto dirías que vale este círculo de metal y engranajes?

Alicia, que conocía bien los catálogos que su padre manejaba con devoción, tragó saliva.

—Es un *Calatrava*, Félix. En este estado… No sé, unos cincuenta mil euros. Es una pieza muy cotizada.

Félix sonrió con una melancolía que parecía cargar con el peso de los siglos. Por fin, sintió el placer del pescador cuando el sedal se tensa.

—Cincuenta mil euros… —Félix dejó escapar una risa seca, apenas un soplo—. ¡Siempre el dinero, Alicia! Esa es la respuesta de quien todavía lleva el uniforme puesto. No vale cincuenta mil euros. Vale miles de horas de la vida de un ser humano. Semanas enteras, y hasta meses de oficina, de estrés… ¡De domingos perdidos, para poder lucirlo en la muñeca!

Hizo una pausa, dejando que el reloj oscilara entre sus dedos como un péndulo.

—No es un reloj ni es una joya, Alicia. Esto es un contador de la agonía. Es el recibo que alguien pagó, mientras su vida se le

escurría entre los dedos. ¿Ves este segundero? A medida que avanza, se te vacía el reloj de arena. El único reloj que debería importarte.

Mientras hablaba, los dedos de Félix buscaron la corona del *Calatrava*. Con una delicadeza espantosa, comenzó a desenroscarla. Alicia observaba el gesto con una fascinación hipnótica, sintiendo que el aire se espesaba. El joven médico levantó el reloj, dejando al descubierto su mecanismo vulnerable, y lo sostuvo sobre la taza de café humeante.

—Si no somos dueños de nuestras horas, ¿de qué sirve medir el tiempo con diamantes? Mientras mi alma no sea libre, esta pieza tan cara es un grillete, tan pesado como cualquier otro.

Acto seguido, con la calma de quien arroja una piedra a un pozo, sumergió el reloj en el café. Brotaron de la taza dos perezosas volutas de humo. Ella soltó un jadeo ahogado, llevándose las manos a la boca. Vio cómo el café, denso y azucarado, penetraba por la corona abierta, como un veneno negro en las arterias de un sistema perfecto, colapsando el corazón de la máquina. El segundero dejó de deslizarse para siempre. Fue un sacrilegio estético. Para Alicia, fue como ver a un sacerdote orinando sobre el altar mayor.

—Ya no marca nada —concluyó Félix, dejando el reloj empapado sobre el plato—. Ahora es solo metal muerto. Al matarlo, me he liberado de su dictadura. Prefiero este café, que me hace pasar un rato agradable, a un objeto que parece darme una importancia que no necesito. La verdadera riqueza, Alicia, empieza en el momento en que nada de esto te importa.

Alicia le miró y, por un instante, el restaurante francés se disolvió en la penumbra. Ante ella no estaba un médico residente, sino un ser transfigurado; un mesías que despreciaba el oro porque habitaba una dimensión superior. Sintió una náusea súbita por su propia vida, su oficio de remiendos oculares y su avidez por un dinero estéril. Aquel hombre acababa de destruir una fortuna con la misma naturalidad con la que se

aparta un insecto, y en ello creyó ver el único camino hacia su redención. Se levantó de la mesa tambaleándose, con el alma expuesta y herida, convencida de que acababa de cenar con el único hombre puro que quedaba sobre la faz de la tierra.

Capítulo V - El patriarca

El avaro solía comenzar su «caza» matutina en la cafetería del hospital. Bajo la luz de los fluorescentes, el aire se impregnaba del aroma del café quemado. Allí, cada mañana, desayunaban juntos la desgana y el agotamiento; la una encarnada por quienes madrugaban, y el otro por aquellos que terminaban la guardia. Tal era el escenario de sus encuentros: el lugar donde las vidas ajenas corrían el riesgo de enredarse con la suya.

Félix jamás consumía nada, salvo si era por una cuestión de camuflaje social. Así pues, no era un cliente, sino un perito que clasificaba. Se limitaba a estudiar a otros, escudriñando cada detalle: el desgaste en las batas, la ansiedad en las manos de los cirujanos o la sumisión en los ojos de los médicos residentes. Como un zahorí cuando busca agua, el avaro extendía sus varillas sobre los potenciales tesoros.

Una mañana, allí estaba él, en una mesa apartada. Como siempre, gracias a la sastrería del cementerio, vestía esa ropa heredada de la desgracia ajena; pero de una elegancia insólita. Su presencia irradiaba una serenidad que, en aquel purgatorio de desgaste, resultaba un insulto. Leía un suplemento económico con desgana, con la indiferencia del que ya conoce el desenlace de la historia de los mercados.

De pronto, una sombra de seda y perfume caro se proyectó sobre su mesa. Era Fernando, el dermatólogo de la ética elástica, cuya sonrisa era la de una hiena satisfecha. Se inclinó hacia Félix, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro conspirador.

—Buenos días, Félix... Aquí las paredes oyen. Al final, el hospital es como un pueblo —dijo Fernando, dándole una

palmadita condescendiente en el hombro—. Se rumorea que te estás «beneficiando» a Alicia, la oftalmóloga. ¿Has conseguido clavar la pica en Flandes, o son solo delirios de los celadores?

Félix levantó los ojos del periódico con una exasperante lentitud. Sostuvo la mirada de su socio en el fraude del fuet y esbozó una sonrisa de una suavidad angelical. Había tanta pureza en su semblante que contrastaba con la podredumbre de su alma.

—«Beneficiando». Fernando, por favor... No hables así —respondió Félix con una voz cargada de falsa modestia—. Estamos enamorados. Es una cuestión de almas, no de beneficios.

Fernando se quedó mudo un segundo, procesando la hipocresía que ocultaba la frase. De pronto, soltó una carcajada vibrante que hizo que varias enfermeras se volvieran a mirar. Se reía con la fuerza de quien ha escuchado el chiste más cínico del siglo.

—¡Enamorados! ¡Qué bonito! ¡Cuánta poesía! —exclamó entre risas, secándose una lágrima imaginaria—. Eres un artista, Félix. Enamorados... Estás hecho un Romeo. Sigue así y pronto serás el dueño de la ciudad.

El dermatólogo se alejó, todavía riendo, convencido de que Félix era un oportunista, un vividor de su misma calaña. No sospechaba la escala de la ambición de Félix, ni hasta dónde llegaba su depravación. A su lado, Fernando apenas era un pícaro de barrio; Félix, un arquitecto del abismo ajeno.

Tan pronto como se quedó solo, un animado grupo de residentes se acercó a su mesa. Eran los «niños de veinticinco años» a los que tanto despreciaba, rebosantes de esa energía propia de la juventud; del entusiasmo de quien comienza un camino. Félix tenía con ellos una relación cordial, aunque no intensa. El avaro guardaba una distancia premeditada: les vendía caro su tiempo, pero cuando se relacionaba con ellos, rebosaba compañerismo y camaradería.

—¡Félix! ¡Tío, no puedes faltar! —gritó Javi, el de cirugía—. El sábado organizo una fiesta en mi piso. Nada de rollos de hospital, solo música, risas y copas. ¡Tienes que venir a darnos una lección de estilo, que estás hecho un señor!

Ante la invitación, Félix sintió una inmensa pereza anticipatoria. La sola idea de encerrarse en un piso moderno, escuchando música estridente y viendo a sus colegas emborracharse, le resultaba menos atractiva que el sótano de Arcadio. Ya estaba a punto de articular una excusa elegante, cuando un pensamiento cruzó su mente como un relámpago de codicia.

«En la fiesta de Javi estarán los residentes de oftalmología», meditó. «Información sobre Alicia y su padre. Ellos sabrán de las flaquezas de la clínica, los descontentos, los gritos en los despachos… y hasta dónde guardan las facturas duplicadas».

Su rostro cambió. La desgana se transformó en una aceptación caballerosa.

—¡Allí estaré, Javi! Me vendrá bien después de tanto libro —dijo Félix, forzando una sonrisa de agradecimiento.

—¡Ese es mi Félix! —exclamó Javi dándole un manotazo en la espalda—. ¡Trae algún vino raro de esos que tendrás en tu bodega!

Félix les regaló una sonrisa franca que ocultaba, en su reverso, una mueca de asco. Ya había decidido el plan: con un vino barato, comprado en la tienducha más miserable, rellenaría las botellas de lujo que había vaciado con Alicia. Un pequeño artificio que era el resumen de su propia existencia: un contenido podrido en un envase de lujo. Esa botella era él.

***

La fiesta en casa de Javi supuso, para sus refinados sentidos, un descenso al infierno de la vulgaridad. El aire estaba saturado de

un olor a ginebra barata y a sudor juvenil que laceraba su olfato. La música, una estridencia comercial diseñada para anular el pensamiento, le percutía las sienes como un martillo neumático. Apoyado en una pared, observaba a los asistentes como si fueran insectos bajo una lente de aumento. Sus cuerpos se retorcían, agitados por un ritmo casi tribal. Mientras analizaba la escena, sostenía un vaso de plástico. Era una mezcla repulsiva, un brebaje imbebible, que apenas rozaba con los labios.

—¡Félix, tío, que no bebes nada! —le gritaba Javi entre el estruendo.

—Disfruto de la embriaguez ajena, es como emborracharse «por poderes» —respondió Félix, cuya excéntrica respuesta les hizo pensar que estaba más borracho que ellos.

A medida que la noche avanzaba, el alcohol derribaba los diques de la prudencia. Félix movió sus piezas hacia un rincón, donde los residentes de oftalmología formaban un círculo de quejas y risas estentóreas. Ellos no sospechaban que el apuesto patólogo que los escuchaba con tanta atención era, en realidad, un parásito moral que estaba carcomiendo la voluntad de Alicia.

—Pues yo os digo que la «Oftalmo-Barbie» está necesitada —decía uno de ellos, con la lengua pesada por el alcohol—. Cuarentona, divorciada, pija hasta la médula... Está buena, para qué engañarnos. Y tiene ese aire de dominatrix que te hace temblar las rodillas, pero está muy subidita. ¡Mucho!

Félix asintió con un gesto cómplice, alentando el flujo de bilis y deseo.

—Es una mujer compleja, supongo —comentó Félix con neutralidad científica.

—Compleja es poco —intervino otra residente—. Vive en una burbuja. Y lo peor es el padre, el «Gran Patriarca». El viejo tiene setenta y cinco tacos. Le jubilaron del hospital a la fuerza, porque él no quería irse… ¡Pero ahí sigue, en su clínica privada! Operando a jornada completa, como si tuviera veinte años. Dicen

que no se retira porque tiene un tren de vida que ninguna pensión podría sostener. Amantes, putas, yates... El imperio resiste por los pelos. La pija es parte del decorado, mientras que el viejo se lo funde todo.

Esa estridencia musical que torturaba los sentidos de Félix, de repente se convirtió en un murmullo lejano. La información revelada sonó con una armonía tan perfecta que acarició sus tímpanos de avaro. Sus compañeros, sin sospecharlo, le habían entregado el informe de la autopsia antes de que el cuerpo estuviera frío. El aparente imperio no tenía más que muros. Su cacareada fortuna, en realidad, era un cadáver exangüe, anemizado gota a gota por las sanguijuelas de sus deudas.

Se despidió de la fiesta hacia las tres de la mañana, dejando atrás una horda de médicos borrachos que le consideraban «un tío legal». Al salir al aire fresco de la noche, su mente volvió a su estado natural de cálculo.

Caminó hasta su callejón, abrió la trampilla y descendió a su refugio. El hambre le asaltó de tal manera que le impedía conciliar el sueño. Era un hambre voraz, que interpretó como un impuesto a tantas horas de interpretación. Como era tarde, las tiendas habían echado el cierre y su despensa —aquella caja de cartón que subrayaba su miseria voluntaria— estaba desierta.

Bajo la luz de su bombilla solitaria, Félix vio en la penumbra un movimiento rápido junto a una tubería que goteaba. Eran las cucarachas del barrio de Salamanca, opulentas y regias, nutridas de un subsuelo que sostenía palacios. Vio que con mansedumbre, moviendo sus antenas, pululaban por el cemento humedecido. Félix no sintió asco, solamente la urgencia de la oportunidad. Sin escrúpulo alguno, atrapó cuantas pudo a manotazos. Sintió el crujido seco de la quitina cuando las aplastaba con su mano desnuda. Después, indiferente —y armado de paciencia— las ensartó en alambre, improvisando una brocheta.

«Esto es para los elegidos», murmuró en tono solemne.

Encendió decidido su lámpara de gas. La llama azul lamía los cuerpos de los insectos, desprendiendo un punzante olor tostado. Cuando los vio crujientes, los sazonó con sal, con un sobre robado del comedor del hospital.

Félix arrancó la primera pieza del alambre con los incisivos. El caparazón estalló con un chasquido húmedo, liberando una pasta densa y salada que le inundó el paladar. Masticó con una lentitud ceremoniosa. Las patas erizadas y los restos alares carbonizados se le incrustaban entre los dientes, raspando suavemente las encías. No hubo en su rostro un solo gesto de rechazo; solo el movimiento rítmico y mecánico de sus mandíbulas, triturando aquel combustible gratuito.

Una gota de grasa negruzca le resbaló por la comisura de los labios. Al terminar, la limpió con la punta de la lengua, saboreando hasta el último grano de sal robada. Tragó sin prisa, notando la rugosa textura pasar por su garganta, y atacó la siguiente pieza de la brocheta.

«Esos idiotas de la fiesta malgastan su dinero para acabar vomitando», decía para sí mismo. «Yo, mientras, ceno gratis y me llevo las llaves de un imperio. Si tuvieran un propósito, a esos niñatos se les quitarían las tonterías».

Se acomodó en su colchón, notando el relieve del dinero bajo su espalda, como si fuera una armadura de papel. El regusto amargo y terroso todavía palpitaba en su faringe: era un certificado de su disciplina. «El padre es un derrochador; Alicia, una sumisa hambrienta de mando», pensaba con los párpados pesados. «Y solo yo lo entiendo: la verdadera fuerza es soportar la privación. Hasta me río de ella».

Félix sintió el abrazo del sueño, y una gélida gloria le invadió. Se sintió embriagado por la satisfacción, como un señor que marca las fronteras de su feudo. Ya no había institución, ni ley u hombre que pudiera frenarlo. Con una tenue sonrisa dibujada en su rostro, su mente se sumió en la inconsciencia.

Aquella noche, soñó que el mundo era un cadáver. Se lo encontró tendido sobre una mesa de autopsias, bañado por la luz blanca y despiadada de un foco quirúrgico. Con un corte seco, abrió el abdomen de arriba abajo. No brotó sangre. No hubo vísceras. De la herida manaron billetes y monedas, que apestaban a tinta y a codicia. Él sumergía sus brazos hasta el codo, con ambición febril, como si esa abundancia fuera escasa. Amontonaba a su alrededor aquel torrente inagotable, con verdadera angustia, y en esto despertó.

***

Los días transcurrían con la monotonía de un reloj de arena. La relación entre Félix y Alicia se había vuelto densa, casi asfixiante. Ella vivía en una ceguera emocional absoluta. Era un enamoramiento tan patológico que recordaba en todo a una adicción; una obsesión que había anegado su mente por completo. Alicia oscilaba entre la urgencia de avanzar y el temor de que, dada la juventud de Félix, ciertos pasos le resultaran prematuros. Cuando finalmente venció sus dudas y le propuso conocer a sus padres, no encontró en él la menor reticencia. Al contrario, el avaro aceptó de muy buen grado, afable y deseoso de conocer a sus potenciales suegros. Ella desconocía que no estaba invitando a su pareja, sino a un auditor de quiebras. La cita se fijó para un domingo. Félix se preparó para sentarse a la mesa del gran patriarca y empezar a tasar, entre plato y plato, el valor real de su futura herencia.

El chalet de los padres de Alicia se alzaba en una de las urbanizaciones más exclusivas de las afueras; una estructura de cristal y hormigón pretensado que parecía desafiar no solo a la gravedad, sino al sentido común. Era un monumento a la angustia financiera disfrazada de vanguardia. «Amantes, putas, yates… ¡El viejo se lo funde todo!» fueron las palabras que resonaron en su memoria, de aquella fiesta en casa de Javi. Para

Félix, aquella transparencia arquitectónica resultaba incomprensible: una casa de cristal para una familia que debería estar escondiéndose.

Al cruzar el umbral del brazo de Alicia, Félix no respiró el perfume de las flores del recibidor, sino el hedor del artificio. Sus ojos, en lugar de detenerse en la colección de arte, lo hicieron en los sutiles signos de la derrota: una mancha de humedad mal reparada en el techo y un jardín de diseño que empezaba a rendirse a la maleza, por falta de mantenimiento profesional.

Bastó un comentario descuidado de Virginia, la madre de Alicia, sobre «la voracidad de los bancos en los tiempos que corren», para que Félix completara el puzle. Aquella queja, envuelta en un tono de gran señora ofendida, era la pieza que le faltaba. La propiedad no era un activo, sino una jaula hipotecaria. Félix apretó con suavidad el brazo de Alicia, no por afecto, sino por pura satisfacción. Acababa de confirmar que la deuda carcomía los cimientos de aquella casa. Con ese diagnóstico en la mano y la complicidad del viejo usurero, Félix ya no veía una presentación familiar, sino el inicio de una liquidación por derribo.

Virginia era, ante todo, el triunfo de la química sobre la biología. Su rostro era una escultura de bótox y rellenos sintéticos; una máscara inmaculada, donde las emociones tenían prohibido el paso, para no agrietar el tratamiento de la última clínica de moda. Sus pómulos, artificialmente elevados, le conferían un aire de estupefacción perpetua, mezclada con una sutil indignación. Era como si el mundo le resultase una sorpresa de mal gusto, para la que no estaba preparada. Sin embargo, en la mandíbula, esa frontera del imperio del bótox, la biología cobraba una venganza atroz. Su cuello, que ella mantenía erguido con una altivez postiza, se derretía en un flácido colgajo que se agitaba al hablar, evocando la gorguera de un pavo.

Para disimular ese desastre gravitatorio, Virginia lo había blindado con una artillería de collares, tan abigarrada y

estrepitosa que su pecho parecía un bazar en liquidación. Un estruendo de piezas de oro y pedrería que, en lugar de denotar estatus, sugería un esfuerzo desesperado por enterrar la vejez bajo el metal. Aquel acopio de joyas ocultaba su escote, cuya piel recordaba a la calva de Arcadio: un desierto de arrugas profundas y manchas solares que el maquillaje no lograba más que resaltar. Todo su pecho era como un papiro, donde la mano del tiempo era el cronista de su declive.

La comida fue un ejercicio de aburrimiento burgués, servida por una doncella uniformada que guardaba un temeroso silencio. Leopoldo, el patriarca, era un hombre de setenta y cinco años. Tenía la piel curtida por el sol de los yates y los ojos cansados de operar cataratas ajenas. Detrás de una aparente cortesía y un apretón de manos, tan fuerte que hasta denotaba inseguridad, observaba a Félix con una mezcla de condescendencia y suspicacia. Lo más perturbador de su fisionomía eran sus ojos. Como su hija, era oftalmólogo, pero los suyos presentaban una opacidad turbia; una mirada de cristal empañado. No parecían enfocarse en las personas, sino que prejuzgaban su estatus, a través de las cifras invisibles que flotaban tras ellas. Sus párpados, pesados y adiposos, le daban un aire de saurio cansado; de un reptil que vigila su charca, mientras el agua se evapora.

—Y dime, Félix —preguntó Leopoldo, cortando un trozo de solomillo con la precisión de quien corta una córnea—, en estos tiempos tan revueltos... ¿tú de qué pie cojeas? ¿Izquierdas o derechas? Porque en el hospital hay mucho revolucionario de bata blanca.

Félix dejó el cubierto con una elegancia que hizo que Virginia se enderezara en la silla. Su cuello de mortadela tembló con una vibración gelatinosa. El avaro esbozó una sonrisa de una ambigüedad exquisita.

—La verdad, Leopoldo, es que esas etiquetas me resultan de una ingenuidad casi entrañable —dijo Félix con voz pausada—.

La izquierda no es más que envidia organizada; resentimiento disfrazado de solidaridad, para saquear el talento ajeno. Y la derecha... la derecha es clasismo puro, sin adornos ni ornamentos; la voluntad de mantener un orden que ya no existe. A mí todo eso me da igual. Lo veo tan infantil como jugar al escondite. Nunca he votado, y no gastaré en eso la mañana de un domingo. La política es basura, Leopoldo. Intereses personales que venden como batalla de principios, pero a mí no me engañan.

Leopoldo arqueó las cejas, sorprendido por la crudeza del joven, y cruzó las dos manos sobre su abdomen globuloso. Bajo su traje de lana inglesa, el cuerpo de Leopoldo ya estaba mudando de sitio. Su planta, en otros tiempos atlética, había cedido a una distribución casi ameboide. Por eso, su sastre, con piezas invisibles, trataba de estrangular una barriga prominente y fofa. Los hombros ya comenzaban a encogerse, como si la columna vertebral estuviera dimitiendo de su cargo. De no ser por la bipedestación, podía caber la duda de si Leopoldo era un invertebrado.

Las manos del patriarca eran grandes y salpicadas de manchas oscuras, por el efecto crónico del sol. En ellas, aunque apenas perceptible, existía un cierto grado de temblor senil. Lo camuflaba aferrándose al puño de su bastón, o a su copa de vino, con una fuerza que hacía palidecer sus nudillos. Félix se dio cuenta de ese detalle y, en su estado mental de permanente cálculo, vaticinó que no le podían quedar muchos años de operar cataratas.

La conversación derivó hacia temas más banales hasta que, durante la sobremesa, la luz de la tarde entró por el ventanal y prendió fuego al oro blanco del *Nautilus* que Félix lucía en su muñeca izquierda.

El viejo oftalmólogo, cuyos ojos se iluminaron con el brillo del coleccionista herido, no pudo contenerse más. Alicia ya le había hablado de ese reloj, el que llevaba en su primer café, pero

tenerlo enfrente era otra cosa.

—Félix... —dijo Leopoldo, señalando la pieza con el puro—. Alicia me comentó que tenías buen gusto, pero ese *Nautilus*... ¿Sabes que en el mercado secundario no baja de los doscientos mil euros? Es una pieza de una insolencia económica absoluta para un residente.

Félix miró el reloj como si fuera una molestia necesaria, un simple objeto que le pesara en el brazo.

—¿Doscientos mil? Puede ser —respondió con una indiferencia que le produjo a Virginia un escalofrío de envidia—. Tengo otro *Nautilus* más sencillo, de acero y esfera azul, que Alicia también conoce. Para mí no tienen valor material. Los relojes no son depósitos de valor, sino trocitos de vida. Me recuerdan a circunstancias concretas: cuándo los compré, por qué lo hice, cómo era el mundo y cómo era mi espíritu en ese preciso momento. Poseer relojes no significa nada, mientras no seamos dueños de las horas que marcan.

Félix se inclinó hacia adelante, dominando la mesa con su presencia.

—Me sorprende —continuó, lanzando el dardo envenenado— ver a tanta gente de talento malgastando sus mejores años en la «carrera de la rata». Así la llaman algunos y la metáfora es buena. ¡Rueda del hámster, que suena más higiénico, pero es la misma cosa!

La expresión de Virginia no cambió, paralizada por toxinas y rellenos, pero los ojos del patriarca se abrieron atentos, reflejando un matiz de indignación contenida.

—Trabajan para mantener una fachada —prosiguió Félix—, para pagar muros que no disfrutan y para alimentar un sistema que los devora. La vida está hecha de tiempo. ¡Vaya genialidad, cambiarlo por dinero! La libertad no es vivir en una mansión, ni ver crecer los ceros a la derecha de una cuenta. Libre es el que no tiene esas necesidades.

El silencio que siguió fue de una toxicidad casi física. Leopoldo sintió que aquel joven de veinticinco años, con un reloj de doscientos mil euros en la muñeca, estaba escupiendo sobre sus cincuenta años de servidumbre. Medio siglo que había pasado entre consultas y quirófanos para pagar aquel mismo chalet, sin haber terminado aún. Virginia se sintió una analfabeta espiritual y Alicia, arrebatada, miró a Félix como si fuera un dios bajado del Olimpo, para así redimirlos de sus faltas.

Félix saboreó el triunfo. Había sembrado la semilla de la envidia corrosiva en el corazón del patriarca. Les había convencido de que era más rico que ellos, y no solo en dinero, sino en desprecio por el mismo. Aquella tarde, al despedirse, Félix sabía que Leopoldo no descansaría hasta saber más de los negocios de aquel joven, que vivía por encima de la moral y de la economía.

De regreso en su cueva, Félix se quitó el *Nautilus* y lo guardó bajo el colchón mohoso. Se rió en la oscuridad, pensando en cómo la apariencia de riqueza es la mejor manera de conquistar a los que están arruinados por dentro.

***

En el lúgubre sótano, un submundo donde las sombras danzaban al compás del goteo monótono de una tubería rota, Félix y Arcadio se enfrascaban en una de sus sesiones clínicas de avaricia. Inclinado sobre la mesa de madera podrida, el joven médico le contaba al anciano su visita. En su voz, mantenía el mismo desdén aristocrático que había exhibido ante la familia de Alicia.

—El patriarca ha mordido el anzuelo, Arcadio —comenzó Félix, con la frialdad de quien reseca un tumor—. No te imaginas, es un adicto al lujo aparente. Tendrías que haber visto sus ojos… ¡Brillaban con lascivia cuando vio el *Nautilus*! ¡Como

su hija en la cafetería! Te digo yo que hasta estaba cachondo. Ya sabemos su punto débil. ¡Le vamos a sorber hasta la *rete testis*!

El viejo avaro escuchaba atento, como un mentor de la degradación que está examinando a un alumno aventajado. Mientras Félix hablaba, se entretenía limpiando una moneda de plata con un trapo impregnado en aceite. Esta costumbre la había adquirido en su juventud y, conforme envejecía, la encontraba cada vez más reconfortante. En aquellos últimos años de su vida, casi había reemplazado cualquier otra forma de placer humano. Cuando el joven terminó de relatar cada detalle, levantó la vista. Sus pupilas se dilataron al detectar el aroma de una nueva infamia. Era la mirada de quien concibe el mundo como carroña, pero que todavía puede dar algún beneficio.

—¿Y qué tienes pensado? Esos muertos de hambre no son más que fachada y deudas —dijo el viejo con desprecio—. No esperes sacar mucho.

—Tú ya eres rico, Arcadio —respondió Félix—, y no sabes ni lo que tienes ¿A ti qué más te da arruinar a unos que a otros? Piensa que estoy empezando, para mí es mucho dinero.

Arcadio dejó la moneda de plata, brillante y aceitosa, sobre la mesa podrida. El sonido resonó sordo y seco en el silencio del sótano, como el de un veredicto. Tal como decía Félix, hacía mucho que el viejo usurero era incapaz de estimar su riqueza. Su disfrute ya no consistía en poseer más, sino en quitárselo a otros.

—El mayor orgullo de Leopoldo es su colección de relojes —continuó el joven—. Seguramente es lo único libre de deudas. Cuando me gane su confianza, podré verlos de cerca, y ahí es donde entras tú. ¿De dónde sacas esas réplicas, Arcadio? Necesito copias exactas, clones moleculares de cada pieza.

—¿El cambiazo? —susurró el viejo, cuya voz era puro deleite —. ¿Le vas a saquear sin que se entere?

—Eso he pensado, al menos para empezar, y luego ya veremos —confirmó Félix—. En alguna fiesta, en alguna sobremesa

regada con ese coñac que nubla el juicio de los viejos, iré sustituyendo sus originales por tus réplicas. Morirá como vive: rodeado de falsedades, pero creyéndose rico. Es de justicia, Arcadio. ¡Es la balanza que se equilibra! A un hombre de apariencias, le damos apariencias.

Arcadio estaba asombrado. La audacia de Félix no conocía fronteras morales. No solo buscaba el dinero, sino además la humillación invisible; el triunfo absoluto del parásito sobre el huésped. El viejo usurero soltó una carcajada seca que terminó en una tos cavernosa, una vibración que parecía nacer del mismo cemento del sótano. Se limpió la comisura de los labios con el trapo aceitoso y miró a Félix a los ojos.

—No pongas esa cara de médico, muchacho. No merece la pena. Cuando me muera, no tardarán en salirme gusanos, porque ya estoy corrupto en vida. Puede que esos gusanos hasta sientan asco de mi carne. No les falta razón.

Félix, que difícilmente se asombraba de nada, guardó silencio ante las crudas palabras de Arcadio.

—Eres un monstruo, Félix. Un verdadero monstruo —dijo el viejo recuperando el aliento—. No te preocupes por los proveedores. Tengo contactos en los talleres más oscuros de Cantón, y artesanos en Nápoles que harían dudar a cualquier relojero. Yo me encargo de todo. Cada milímetro de acero, cada grabado del fondo de caja, cada gramo de la masa oscilante… Todo será idéntico. Tú procura que Leopoldo, borracho o no, te invite a conocer su santuario.

—Lo hará —concluyó Félix, levantándose—. Me ve como al hijo que nunca tuvo o, mejor dicho, como al hombre libre que él nunca se atrevió a ser. Por eso la envidia le corroe, pero también me admira en secreto. Me abrirá su caja fuerte, buscando mi aprobación. Yo le daré una mano, mientras con la otra le vacío el alma.

Arcadio salió al callejón, arrastrando sus pies y su tos

cavernosa. Félix se quedó solo en la penumbra. Se sentó en el colchón de billetes y acarició el *Nautilus* sumido en sus pensamientos, como quien calibra un arma antes de una ejecución.

El cuerpo de Félix pasó los días siguientes vagando por los pasillos del hospital, mientras su mente ajustaba los engranajes del fraude. Cuando volvió a reunirse con Arcadio, el plan ya no era una idea, sino una estructura sólida. El hedor que invadía el sótano aquella noche actuaba como un acta de presencia: una mezcla de humedad centenaria, papel en descomposición y ese rastro aceitoso que Arcadio dejaba en cada superficie, cual babosa maligna, cada vez que daba brillo a sus monedas. Era una atmósfera de densidad irrespirable; pero, para Félix y Arcadio, aquel aire viciado era el perfume de la conspiración.

Sentados frente a frente, iluminados por la bombilla mortecina, que proyectaba sus sombras como gigantes deformes, los dos avaros se disponían a trazar la primera línea de asedio contra la fortaleza de Leopoldo.

—Arcadio —dijo Félix, con una sonrisa que era un tajo de hielo en la oscuridad—, he estado pensando. Saquear al patriarca no creo que nos cueste mucho. Leopoldo está asfixiado por su propio tren de vida. Tiene el orgullo herido y un agujero en el bolsillo. A sus setenta y cinco años, y con ese temblor que le dificulta su trabajo, cualquier salida le parecerá buena. Hay que ofrecerle dinero fácil.

El viejo se frotó las manos, produciendo un sonido similar al de las escamas de una serpiente.

—¿Y qué le vas a ofrecer? ¿La piedra filosofal?

—Eso mismo, pero más moderno —replicó Félix—. Cuando me haya ganado su confianza, le propondré una inversión «confidencial». Le diré que mis negocios en la red han detectado una anomalía en el arbitraje de criptoactivos. Ni sabrá lo que es, pero como es un soberbio tampoco preguntará. Crearé sensación

de urgencia: ¡una oportunidad que desaparece en semanas! Le pediré que me confíe una pequeña suma, algo ridículo para su ego: cinco mil euros.

Arcadio sonrió con incredulidad.

—¿Cinco mil? Eso se lo gasta Virginia en un juego de sábanas.

—Exacto. Ese es el cebo —continuó Félix, inclinándose hacia adelante—. En unas semanas, le devolveré diez mil. ¡El doble, sin preguntas! Le haré creer que he multiplicado su capital con un chasquido de dedos.

—Pero... ¿de dónde sacarás el dinero, muchacho? —preguntó el viejo, entornando los ojos—. No me digas que vas a trabajar de verdad.

Félix soltó una carcajada seca.

—Que trabajen tus réplicas, Arcadio. La operación se autofinancia. Las cambiamos por los de verdad, vendemos alguno y el beneficio paga el interés de Leopoldo. Lo que sobre, nos lo repartimos.

Don Arcadio se quedó mudo un segundo, procesando la jugada. Su rostro se iluminó con una expresión de puro gozo depravado.

—Es magnífico... —susurró el anciano entusiasmado, limpiando sus monedas con energías renovadas—. No podrá resistirse. Le pagamos con su propio dinero y nos quedamos el resto. ¿Te lo imaginas con los diez mil euros en la mano? El imbécil dirá delante del espejo: «¡soy el gran inversor español!». Hazlo otras cuantas veces y te dará lo que le pidas.

—Ahí es donde entra el golpe maestro —concluyó Félix—. Una vez que confíe ciegamente, las apuestas irán subiendo... Ya nos ocuparemos de los detalles. Le vamos a cobrar por arruinarle, Arcadio.

Los dos hombres se rieron en la penumbra. Era una risa oscura y hueca, carente de alegría; una risa que resonaba en las cañerías del barrio de Salamanca como un presagio de desastre para la

familia de Alicia. Félix miró el techo del sótano, imaginando el suelo del lujoso chalet cediendo bajo el peso de sus mentiras.

—A por el patriarca, entonces. ¿Sabes cuál es la inversión más rentable, Félix? ¡La estupidez humana! Ni los inmuebles, ni la bolsa. ¡A la salud de los tontos que creen que el dinero se gana trabajando! —dijo Arcadio, alzando una taza de metal oxidado.

Félix asintió. La comedia entraba en su fase financiera.

***

Dos semanas después, se presentó la oportunidad que Félix anticipó a Arcadio: el cumpleaños del patriarca, que por supuesto le invitó. El chalet de los padres de Alicia bullía con ese alboroto fingido que solo el dinero malgastado puede crear. Leopoldo celebraba el evento rodeado de una corte de «amigos» que eran, en realidad, competidores en una carrera de obstáculos hacia ninguna parte. La casa estaba saturada por una atmósfera sofocante: una mezcla de perfumes de nicho que intentaban enmascarar el avance de la biología, marisco agonizante sobre lechos de hielo y el aroma metálico del champán. Este último, más que para brindar, fluía para lubricar conversaciones de una aridez desesperante; de las que mueren antes de nacer.

Félix veía a los invitados como una colección de bustos parlantes, cuando no carcasas humanas, con la vitalidad de cuerpos en formol. Estaban los amigos de Leopoldo: hombres con manos cuidadas y almas erosionadas por una vida mediocre, aunque bañada en oro. Hablaban de sus nuevos coches de estatus como si fueran extensiones de su virilidad. Sus esposas, entre ellas Virginia, formaban un círculo de rostros tensos por el bótox, embutidas en fajas invisibles. Intercambiaban datos sobre internados en Suiza o cruceros exóticos, siempre con un ojo puesto en las joyas ajenas, en un constante peritaje para compararlas con las propias.

Eran personas que ingresaban sumas ingentes, pero sus cuentas corrientes eran pozos sin fondo y sus almas desiertos de arena. Vivían en una hemorragia financiera perpetua: cada céntimo que entraba por la puerta de sus clínicas o despachos salía disparado para alimentar la hipoteca del chalet, el mantenimiento de un yate olvidado en el puerto, o las cuotas de clubes sociales donde se aburrían con una elegancia ensayada. Por no mencionar la ropa que solo se ponían una vez, o que colgaba en su vestidor sin llegar a estrenarse. Culturalmente, eran de una aridez desoladora. Sus bibliotecas, como la de Leopoldo, eran cementerios de libros encuadernados en piel, que solo servían para combinar con el papel pintado. Eran esclavos de una apariencia que les exigía cada vez más sangre.

Félix se movía entre ellos con la sutileza de un escorpión bajo las piedras; como una mancha oscura en medio de tanto color artificial. Vestía con una sencillez premeditada que, paradójicamente, en aquel entorno de logotipos y excesos, le convertía en el centro de atención. Su elevada estatura y su expresión esa noche, intencionadamente hierática, le hacían destacar aún más. Alicia le observaba con orgullo, creyendo ver en su desapego una prueba de santidad laica. Para el resto de los asistentes, su juventud, su sobriedad y su actitud distante despertaban un temor inconsciente. Era el sutil recelo de una manada ante una especie distinta, que no podían clasificar.

De pronto, el teléfono de Félix vibró. Consultó la pantalla con un gesto molesto, como quien es interrumpido por un asunto menor, pero inevitable. Se disculpó con una inclinación de cabeza y buscó un lugar apartado. Leopoldo, cuya curiosidad por el misterioso novio de su hija había alcanzado niveles de obsesión, le siguió discretamente, dejando atrás a un grupo que discutía sobre la revalorización de los amarres en Puerto Banús.

Félix se refugió en la biblioteca, un lugar cuyo dueños apenas pisaban. Leopoldo se quedó en el pasillo, oculto tras la puerta de roble entreabierta, aguantando la respiración.

—Sí, te escucho —dijo Félix. Su voz había cambiado; ya no era el tono suave y empático que usaba con Alicia. Era una voz de acero, rápida, cargada de una autoridad técnica que Leopoldo nunca había escuchado—. No, no me hables de los nodos de validación en Estonia. Si el *hash rate* baja del diez por ciento, quiero que liquidemos la posición en Ethereum antes de la apertura de Tokio.

Leopoldo frunció el ceño. *¿Nodos? ¿Hash rate?* El lenguaje le resultaba tan ajeno como si Félix estuviera invocando demonios.

—Escúchame bien —continuó Félix, pasando el dedo por el lomo de un libro que Leopoldo nunca había abierto—: mueve los quince millones de Palo Alto a la cuenta de arbitraje. Dile a la SICAV de Luxemburgo que salga de toda la tecnología *legacy*. No quiero basura convencional. Quiero computación cuántica y sintéticos. Me da igual el riesgo sistémico; lo que busco es liquidez para el *listing* del Nasdaq. Que Londres se encargue del papeleo legal. Y no me vuelvas a llamar por estas cifras en mi tiempo libre. Estoy en una fiesta.

Félix colgó y suspiró con un hastío profundo.

Cuando salió al pasillo, se encontró de frente con Leopoldo. El viejo oftalmólogo estaba pálido, con los ojos muy abiertos y las manos ligeramente temblorosas. Por primera vez en su vida, se sentía como un enano. Él, que se creía un triunfador por tener una clínica con dos quirófanos y coches de alta gama, acababa de escuchar a un joven de veinticinco años mover quince millones como si fueran fichas de parchís; hablando de mercados globales, con el desprecio de quien los domina desde las alturas. Sintió que, durante cincuenta años, había estado construyendo un castillo de arena, mientras que Félix, con una sola llamada, movía montañas de granito.

—¿Leopoldo? ¿Ocurre algo? —preguntó Félix con una naturalidad que desarmó al viejo.

—Yo... pasaba por aquí... —balbuceó Leopoldo—. Te he oído

hablar, Félix. No he podido evitarlo. Esas cifras... ¿Palo Alto? ¿Nasdaq? ¿Es a eso a lo que te dedicas cuando no estás en el hospital?

Félix esbozó una sonrisa melancólica, casi de disculpa.

—Lo siento, Leopoldo. Son solo... ruidos del mundo exterior. Gestiones que no he podido delegar. No me gusta hablar de ello; me parece de mal tono en una celebración tan íntima. Es un mundo muy frío, muy diferente a la medicina. Aquí tratamos con personas; allí son todo algoritmos y flujos de capital que no tienen rostro. Créeme, preferiría hablar de tus relojes.

Leopoldo le miró con una mezcla de pavor y admiración servil que empezaba a germinar en sus entrañas. Aquel chico no era un médico prometedor; era un titán que jugaba en una liga donde él ni siquiera era un espectador. Su clínica oftalmológica, de la que se sentía tan orgulloso, ahora le parecía una pequeña mercería de barrio, comparada con el imperio invisible que Félix parecía manejar desde su teléfono móvil.

—No, no... es fascinante —dijo Leopoldo, tratando de recuperar una dignidad que ya estaba herida de muerte—. Algún día... algún día me tendrás que explicar cómo funciona eso de los activos sintéticos.

—Cuando quieras, Leopoldo —respondió Félix, poniéndole una mano en el hombro, un gesto de superioridad que el viejo aceptó sin pestañear—. Pero ahora, volvamos con el resto. Alicia se preguntará dónde nos hemos metido.

Regresaron al salón. Leopoldo miró a sus invitados: a los médicos y empresarios presuntuosos; a las mujeres enjoyadas —cuando no empelucadas—; a su propia esposa, que reía un chiste sin gracia sobre el servicio doméstico. Todos le parecieron patéticos, figurantes de una obra de teatro barata. Ya no veía en ellos a sus iguales. Su mirada buscaba constantemente a Félix, el «notario de la medicina», que además era dueño de una realidad financiera que él siempre había soñado y nunca había logrado

alcanzar. En ese momento, Leopoldo dejó de ser el suegro protector para convertirse en la primera vaca que, por voluntad propia, estiraba el cuello hacia el cuchillo del carnicero.

Félix se vio rodeado por una bandada de aves exóticas en pleno declive biológico. Eran las amigas de Virginia. Según su complexión física, Félix las clasificó en grullas o cacatúas. Todas ellas lucían peinados arquitectónicos, de un rubio químico que desafiaba a las leyes físicas que rigen la luz, y especialmente a las del buen gusto. Llevaban vestidos de colores estridentes que parecían plumajes, elegidos para ocultar quién sabe qué miserias. Solamente Virginia quedaba fuera de estas categorías zoológicas, cuyo saco gular la elevaba a una dignidad diferente: la de pelícano.

Otra de las asistentes estaba adornada con tantos abalorios que recordaba a un árbol de Navidad. Las conversaciones eran un monólogo coral, un cacareo repetitivo sobre la insolencia del servicio doméstico, el precio de la seda en los viajes a Asia y las vicisitudes de sus dietas de ayuno intermitente. Félix las escuchaba con una sonrisa cortés, mientras las analizaba. El avaro no veía personas, sino especies cuya supervivencia, aunque real, le era difícil de comprender. El salón de Leopoldo y Virginia se había convertido para él en un bestiario; su mente había despojado de humanidad a todos los invitados, haciendo de ellos meros objetos de estudio.

—¡Oh, Félix! —decía una de ellas, cuyo cuello estaba tan cargado de perlas que parecía una ostra hipertrófica—. Alicia nos ha dicho que eres un asceta. ¡Qué romántico! Yo siempre digo que a la juventud de hoy le falta ese toque de... misticismo.

Félix estaba a punto de responder con una máxima que las hubiera dejado mudas, cuando la mano de Leopoldo se posó en su brazo. El patriarca se movía ahora con una agilidad nerviosa, con la mirada de quien busca el perdón de un dios.

—Perdonad, señoras —interrumpió Leopoldo, ignorando el coro de protestas—, pero tengo algo que mostrarle a Félix. Algo

que solo un hombre de su... visión... puede apreciar.

Félix asintió con una cortesía mecánica y dejó atrás el ruido de las cacatúas, las grullas y todo el resto del aviario. Subieron al dormitorio principal, un espacio que olía a madera de cedro y a la fragancia seca de los billetes guardados. Leopoldo caminaba con una urgencia casi infantil, como quien lleva a un profesor a ver un dibujo del que se siente orgulloso. Con el pulso algo acelerado, se acercó a unas vitrinas de cristal que flanqueaban el vestidor. Allí, bajo el haz de unos focos halógenos, descansaba el orgullo del patriarca.

Eran varias decenas de piezas: *Rolex* de diferentes épocas, diversos modelos de *Omega*, *Cartier* y algunas otras marcas de lujo. Ninguno de esos relojes, por valioso que fuese, alcanzaba la majestad del *Nautilus*, la joya que no solo había conquistado a Alicia, sino que también había doblegado la voluntad de Leopoldo.

El avaro observó con un desprecio invisible que no había ni una sola medida de seguridad. No había llaves, ni cierres, ni candados. El patriarca sentía que su estatus era un escudo protector contra la realidad del mundo. El valor de aquel escaparate de vanidades no bajaría de los trescientos mil euros y, como Félix pensó acertadamente, era el único activo libre de cargas que realmente poseía el padre de Alicia.

—Es… una colección notable, Leopoldo —dijo Félix, dándole la palmadita en la espalda, que el viejo ansiaba como un perro un terrón de azúcar—. Estas piezas hablan de un hombre que sabe apreciar la mecánica de la historia. Es una pena que objetos tan hermosos tengan que vivir en el silencio de un dormitorio.

Leopoldo suspiró, sintiéndose validado, absuelto de su propia mediocridad por el juicio del «titán».

Bajaron al jardín, donde la noche madrileña había empezado a refrescar. Se sentaron en unos sillones de mimbre junto a la piscina, que reflejaba las luces del chalet. Leopoldo sirvió un

whisky de malta con las manos todavía temblorosas.

—Félix —comenzó el patriarca, mirando al fondo de su vaso —, me he quedado dándole vueltas a lo que te oí decir en la biblioteca. Lo del Nasdaq, lo del arbitraje… Ya sabes que yo soy un hombre de la vieja escuela, de los que creen en el ladrillo y el bisturí. Pero… —hizo una pausa, buscando las palabras— me gustaría, si no te parece una molestia, introducirme de alguna manera en ese mundo tuyo. Algo modesto, por probar. Solo por ver cómo se mueven esos algoritmos de los que hablas.

Félix apuró su copa, observando cómo una polilla se chamuscaba contra el foco del jardín. Leopoldo, con el tono de quien pide un favor personal, acababa de firmar su propia sentencia de muerte financiera.

—No suelo gestionar capitales ajenos, Leopoldo, y menos de mis seres queridos —respondió Félix con una indiferencia magistral—. Mi equipo de Londres es muy estricto con los perfiles de entrada. Pero… como se trata de ti, y por Alicia… si surge alguna oportunidad de alta liquidez y bajo riesgo sistémico, me acordaré de ti. Si de verdad lo deseas, claro.

—Te lo agradecería mucho, Félix —dijo Leopoldo, sintiendo un alivio casi pueril—. Mucho.

Félix asintió y miró hacia las luces del chalet. La vaca no solo había estirado el cuello; ahora le estaba entregando el cuchillo al carnicero, agradeciendo de antemano el corte, con mansos mugidos de satisfacción.

Capítulo VI - La eucaristía de las tinieblas

El siguiente domingo, fieles al rito habitual, se reunieron en el chalet. El almuerzo avanzaba con una lentitud casi solemne, como una ceremonia religiosa en decadencia. Virginia, por un lado, se quejaba del precio del visón; como si el mundo le debiera el sacrificio de una especie entera para la exhibición de su poderío económico. Por otro, Leopoldo intentaba mantener una conversación sobre la última reforma fiscal, cuyos términos no le convenían. Así, el patriarca y su mujer intercalaban monólogos inconexos, confundiéndose sus voces en un anárquico dueto, sin prestarse atención el uno al otro. Mientras tanto, Alicia y Félix permanecían al margen, sosteniendo con esfuerzo un antifaz de cortesía vacía.

El joven médico, que aprovechaba el tiempo con la misma eficiencia que el dinero, analizaba los hilos invisibles que sostenían aquel teatro. Fue entonces cuando su mirada se detuvo en la empleada de hogar, una joven filipina. La sirvienta se movía con un servilismo casi robótico, una autómata de la cortesía. Aunque apenas hablaba español, sus ojos tenían la elocuencia de un poeta: en ellos destellaba un odio antiguo y sedimentado cada vez que miraba a Virginia sin ser vista. Félix reconoció el aroma de la servidumbre quemada: el desprecio hacia unos amos que exigen el mayor refinamiento, pero también regatean el salario. Virginia se la presentó a Félix, con la ligereza de quien muestra un objeto de utilidad dudosa. Según Virginia, se llamaba Corazón, lo que sorprendió a Félix por lo inusual del nombre. Virginia soltó tal carcajada que hizo vibrar el cristal.

—¡Ay, Félix! ¡No seas ingenuo! Por supuesto que no se llama así —confesó Virginia, bajando la voz, con un tono de confidencia casi íntimo—. Tiene un nombre chino de esos

rarísimos. ¡Un monosílabo impronunciable! Se te traba la lengua al primer intento: Ros, Rus, Rous… ¡No sé, algo así! ¡Una barbaridad oriental! Yo no podría decirlo ni con ayuda de un logopeda. Por eso decidí llamarla Corazón mientras esté bajo mi techo. Es cristiano, es dulce y se entiende a la primera. El resto del tiempo, ella sabrá cómo se llama. ¡Que le hubieran puesto sus padres un nombre más normal!

Félix detectó al instante el jeroglífico. Esa montaña insalvable para la inteligencia de Virginia no era más que el sencillo *Rose*. El avaro simuló entonces una afinidad aristocrática y explicó que él también tenía un mayordomo llamado Arcadio, a quien Alicia ya conocía, pero que prefería llamarle Néstor porque «sonaba mejor». Para congraciarse con Virginia, corroboró que los señores tienen, naturalmente, la facultad de bautizar a sus sirvientes. Añadió que los nombres, como los uniformes de trabajo, pueden quedar mejor o peor, y hasta desentonar con las cortinas. Por lo tanto, podían cambiarse según la inspiración de quien les paga. Una idea que, por supuesto, Virginia supo apreciar.

—¡Eso, Félix, que para eso son nuestros! —afirmó ella con un gesto altivo, elevando el mentón. Su papada de pellejo colgante ondeaba con violencia, reafirmando su derecho divino sobre la carne, e incluso el alma, de su empleada.

En un momento de la sobremesa, Félix se excusó para ir a la cocina por un vaso de agua. Allí, lejos de ellos, abordó a «Corazón». No utilizó la arrogancia de Alicia ni el desprecio de Virginia. Le habló con una frialdad práctica, en un inglés impecable, y deslizó un fajo de billetes —dinero real, sacado de su colchón— sobre la encimera de granito.

—Escucha, Rose —susurró Félix—: sé que estás cansada de ellos y te sobran motivos. Este es el primer pago de muchos. Solo necesito que, cuando yo te lo pida, cambies unos relojes de la caja del señor por réplicas que yo te entregaré. Nadie se dará cuenta. Te daré suficiente dinero para no trabajar para esta

gente. Nunca más.

La mujer miró el dinero y luego a Félix. En su rostro no hubo duda, solo una satisfacción sombría. Asintió con un gesto seco, guardando los billetes en el delantal. La voluntad de la casa ya tenía un nuevo dueño.

Al regresar al salón, Leopoldo abordó a Félix. El patriarca estaba impaciente por retomar el tema financiero, así que le apartó hacia el rincón del mueble bar.

—Félix, he estado pensando en lo que me dijiste de esa inversión en arbitraje —dijo el patriarca, tratando de sonar casual—. Tengo unos veinte mil euros ahora mismo en una cuenta de gestión. Me gustaría que los movieras tú. Confío en tu criterio.

Félix tomó un sorbo de tónica. Dejó que el gas le cosquilleara la garganta antes de responder. Saboreaba el silencio. Entonces, miró a Leopoldo con cierto grado de piedad comprensiva; una mirada de un mentor que frena el ímpetu de un alumno inexperto. Félix intuía acertadamente que esa cuenta de gestión era la única que, en realidad, Leopoldo poseía. La única liquidez que separaba al patriarca del abismo de la quiebra, a cuyo foso le quería arrastrar.

—Agradezco mucho tu confianza, Leopoldo, de verdad —respondió Félix, bajando la voz—. Pero mi consejo es la prudencia. Empecemos solo con cinco mil. No quiero que arriesgues una suma mayor la primera vez que operamos juntos. Me sentiría responsable si hubiera alguna volatilidad imprevista, y nuestra relación personal vale más que cualquier dividendo. Además, en unas semanas podrían presentarse oportunidades mucho más apetecibles que requieran liquidez. Guarda esos quince mil para el segundo asalto.

El patriarca se sintió conmovido ante tanta integridad. «Qué joven tan honrado», pensó, «prefiere ganar menos con tal de protegerme».

Aquella tarde, al despedirse, Félix ofreció a Leopoldo un apretón de manos y una mirada significativa a Rose. El patriarca creía que estaba invirtiendo en el futuro, cuando le había entregado al avaro la llave de su ruina. Ignoraba que el joven se reiría de su ingenuidad en su sótano infecto aquella misma noche, mientras cenara pan duro —en el mejor de los casos— para no gastar un céntimo de su propio dinero.

***

Unas semanas después, la luz del domingo se estancaba con una monotonía de plomo sobre la mesa de los padres de Alicia. Félix sentía que cada minuto de aquella cháchara vacía, sobre el Porsche nuevo del vecino y otros temas igualmente interesantes, era una gota de ácido que corroía su paciencia. Se encontraba, como le confesaría a Arcadio en la penumbra de su sótano, «hasta los mismos huevos». Su gesto, sin embargo, permanecía como un lago helado: impasible, sereno y perfectamente compuesto.

Durante el segundo plato, Félix detectó un cambio en la atmósfera de la mesa. Leopoldo había dejado de fingir interés por el monólogo de Virginia, esa soberana del capricho que rebautizaba a sus criados según su humor dominical. El patriarca le observaba de soslayo, con un recelo amargo en sus pupilas cansadas. «El viejo se impacienta», diagnosticó Félix mentalmente. «Cree que le he robado los cinco mil euros». Aquella sospecha no era más que el reflejo de su propia naturaleza. Habiendo levantado su vida sobre un andamio de falsedades, Leopoldo no sentía miedo del robo, sino del talento ajeno para el fraude. Temía que Félix fuese un gran maestro del oficio.

Al llegar la sobremesa, entre el aroma del café y el tintineo de las cucharillas de plata, Leopoldo no pudo aguantar más.

—Félix, hijo —dijo Leopoldo, intentando que el humo de su cigarro ocultara la avidez de su mirada—, ha pasado ya un tiempo desde aquel pequeño arbitraje que comentamos. No es que el capital me preocupe, ya sabes que para mí son minucias, pero me intriga saber cómo respiran esas anomalías digitales.

Félix soltó una risa leve, casi un suspiro de disculpa, y se golpeó la frente con un gesto de olvido magistral.

—¡Tienes razón, Leopoldo! Perdona el descuido. La verdad es que, siendo la cifra que es, hasta se me había olvidado.

Se puso en pie con parsimonia y regresó del recibidor con su elegante abrigo. Ante el estupor de Virginia y el silencio devoto de Alicia, Félix extrajo dos gruesos fajos de billetes de cincuenta euros, ceñidos por una banda de papel. Los dejó caer sobre el mantel con un golpe sordo y seco, junto a la taza del patriarca, con la misma indiferencia con la que se deja una tarjeta de visita.

—Aquí tienes: diez mil euros en efectivo. El principal y el cien por cien de retorno —anunció Félix, con una modestia que rayaba en lo insultante—. Disculpa el retraso. Lo llevo encima desde hace días, ya ni me acordaba del tema. Por supuesto, es capital limpio; de los impuestos ya se ha encargado mi gente.

Leopoldo se quedó lívido, contemplando el dinero con una reverencia casi religiosa. Sus dedos, entumecidos por la sorpresa, rozaron el papel moneda. ¿El doble en apenas unas semanas? Aquello no era una inversión; era un milagro que ni sus más agresivos gestores de banca privada se hubieran atrevido a sugerir.

—¡Félix! Esto es... es inconcebible —balbuceó Leopoldo—. Debería haberte dado los veinte mil que te ofrecí. ¡Dios mío, ahora tendríamos cuarenta mil!

En ese momento, Leopoldo hubiese hipotecado sus órganos vitales con tal de elevar la apuesta.

Félix suspiró, adoptando una expresión de ternura filial. Se

inclinó sobre el patriarca, poniéndole una mano sobre el hombro con un gesto protector, que hizo que Alicia se deshiciera de amor.

—Leopoldo, mírame, por favor —Félix bajó la voz hasta ese tono de confidencia que se usa en los entierros o en los bancos—. Tienes que entender que para mi gente estos retornos son ruido de fondo; una mota de polvo en una hoja de cálculo. Pero, para mí, tu tranquilidad es sagrada. Jamás me perdonaría que un solo céntimo de este hogar —hizo una pausa, recorriendo el salón con la mirada—, de la casa donde creció Alicia, corriera el más mínimo peligro. No te veo como un socio, Leopoldo. Lo que busco es proteger el patrimonio de los que, si el destino quiere, seréis mi propia familia. Mi lealtad hacia vosotros es mi mejor dividendo. Prefiero que ganes menos, pero que duermas tranquilo.

Leopoldo estaba abrumado. Sentía que aquel joven no solo era un genio de las finanzas, sino un hombre de una integridad moral inquebrantable, que velaba por su seguridad. Virginia ya estaba haciendo planes para reformar su casa de Ibiza con los futuros beneficios, gastando mentalmente un dinero que todavía no tenía.

Mientras Leopoldo guardaba los billetes con una avaricia renovada, Félix bajó la vista hacia la muñeca del viejo. Aquel día, el patriarca lucía un *Rolex GMT-Master* de oro blanco que brillaba con una intensidad sospechosa bajo la lámpara del comedor. Félix, con su ojo entrenado en la micra de la falsificación, reconoció al instante el sutil desfase de la lente de aumento. Ese reloj, que Leopoldo acariciaba con suficiencia, era una de las réplicas de Arcadio, fabricada en un sótano de Cantón. El patriarca no podía imaginar que Rose hubiese ejecutado el cambio; ni que la joya auténtica, transmutada en capital líquido, ya circulase por los canales de Arcadio y otros gigantes de la virtud.

Félix sonrió para sus adentros. Le acababa de regalar a

Leopoldo cinco mil euros de su propio dinero, robándole una pieza cuyo valor, en el mercado secundario, se había acercado a los cuarenta mil. Le contemplaba acariciar los billetes con la réplica en la muñeca y no cabía en sí de gozo. En ese momento, el avaro dudaba qué placer le era mayor: el del dinero fraudulento o la humillación inconsciente de que era objeto el patriarca.

—¿Un licor, Leopoldo? —sugirió Félix con voz untuosa—. Hay que brindar por nuestro éxito.

La tarde se estancaba en el salón, envuelta en ese sopor burgués que sucede a las revelaciones financieras; una mezcla de alivio y pesadez. Leopoldo acariciaba los billetes con una fruición casi obscena, contándolos una y otra vez bajo la lámpara, como si temiera que el papel pudiera evaporarse entre sus dedos. A su lado, Virginia devoraba catálogos de alta costura, murmurando precios y deseos que se perdían en el aire viciado de la estancia. Félix observó aquel cuadro de codicia doméstica con su habitual semblante inexpresivo. Se levantó entonces con indolencia, buscando un momento de privacidad.

—Disculpadme, voy un momento al cuarto de baño —dijo con una leve inclinación de cabeza.

Félix se deslizó por el pasillo hasta la zona de servicio. En la cocina, el aire denso de vapor y especias aún no se había disipado. Allí encontró a Rose, con una expresión que mezclaba amargura y resignación. Estaba doblando manteles, entre otras muchas tareas domésticas que, con seguridad, ocuparían el resto de aquella tarde de domingo. Al verlo, Rose le condujo a su alojamiento: un cubículo ciego, anexo a los fogones. Probablemente había sido una despensa, reconvertida en dormitorio. En ese espacio, apenas mayor que el sótano de Arcadio, la opulencia de la vivienda se transformaba en miseria pura.

Aquella celda carecía de ventanas, asfixiada en una penumbra perpetua. La única ventilación posible era la puerta, un dilema

cruel: abrirla significaba inundar el cuarto con los olores de la cocina. Un sollozo de luz —una bombilla desnuda pendiendo de un cable, hermana gemela de la que alumbraba el sótano de Félix— era su única iluminación. Justo debajo, una cama de hierro ocupaba casi todo el espacio.

La pintura de las paredes se desollaba como piel enferma, y el suelo, pulido por el olvido, había perdido la memoria de su color original. El mobiliario era el desecho de otras décadas: un taburete y un armario de cierre imposible. Restos que Leopoldo y Virginia no habían juzgado dignos de ser vendidos, pero que en algún momento les dio pereza tirar. Aquel cuartucho certificaba la bajeza de la familia con el rigor de un acta notarial: un chalet con cuatro dormitorios, tres de ellos vacíos, mientras a pocos metros permitían que un ser humano se consumiera en la sombra.

—Por la precisión de tu mano —susurró Félix en inglés, mientras deslizaba el sobre hacia ella—. Es un adelanto. El resto de la colección debe estar cambiada antes de que termine la semana.

Rose le sostuvo la mirada. Por primera vez, Félix reconoció un destello de lealtad genuina; un pacto silencioso, cimentado en el odio a sus patrones.

—Estarán cambiados —prometió ella con una voz apenas audible—. El señor no notará la diferencia.

Félix regresó al salón con el rostro sereno de un querubín. Poco después, Alicia y él se despidieron.

***

Ya en el coche, mientras el deportivo de Alicia devoraba los semáforos hacia su piso de Chamberí, el silencio era tan denso que se hizo casi tangible; una capa opresiva que asfixiaba cualquier intento de conversación. Félix, con la mirada fija en el

asfalto que huía bajo las ruedas, permanecía impasible, permitiendo que esa pesada ausencia de palabras macerase la conciencia de Alicia. La tensión era evidente en su mandíbula apretada y en el modo brusco en que cambiaba de marcha, como si quisiera dejar atrás no solo la distancia, sino también una verdad que la quemaba por dentro.

El portal señorial del edificio, con sus techos infinitos y un vacío de mausoleo, se alineaba con la grieta que se abría entre ellos. El ascensor, pesado y de un silencio mecánico, acrecentó la incomodidad. Era una atmósfera tan tensa que dilataba el tiempo. Félix evitaba el reflejo de Alicia en el espejo de la cabina. Prefirió concentrarse en los números rojos: tan lentos que no parecían sumar alturas, sino años de presidio.

Una vez dentro, la vivienda se reveló como un santuario del diseño moderno, pero vacío de alma. Todas las estancias estaban vestidas con un minimalismo impersonal, de líneas limpias y colores neutros; del que simula orden y control, pero solo exhala vacío. Los muebles eran formas geométricas, casi abstracciones. No había fotos, libros desordenados ni pequeños objetos que contaran una historia. Era una casa de revista, inmaculada y estéril.

Ella se dejó caer en el sofá de terciopelo gris perla, un mueble de diseño que parecía demasiado pulcro para la calidez humana. Arrojó las llaves del coche sobre la mesa de cristal con un golpe seco, un chasquido que rompió el aire como un reproche. Un gesto de desprecio que iba dirigido quizá no solo a la llave, sino a toda la tarde que acababan de compartir con sus padres, o incluso a todo su mundo. Cruzó las piernas con brusquedad y se llevó las manos a la cara.

—Estoy harta, Félix —estalló ella, con la voz quebrada por un agotamiento existencial—. Harta de vender mi tiempo por una vida de la que no soy dueña. Mis padres, las cenas, las reuniones donde todo el mundo finge ser feliz, mientras calculan el valor del coche del vecino... Mi vida es como un bucle de servidumbre.

¿Es esto todo, Félix? ¿Trabajar doce horas para luego aburrirse en un chalet hipotecado?

Félix se acercó a ella, pero no la tocó. Se quedó de pie, proyectando una sombra protectora sobre ella, como un ídolo antiguo.

—La mayoría de la gente, Alicia, vive y muere sin haber respirado nunca el aire puro —dijo él con esa voz que sonaba a verdad absoluta—. ¡Diseñan una vida, pero luego no la viven! Se construyen una jaula y la llaman éxito. Pero tú... tú tienes una chispa que ellos no tienen. Si me lo permites, si confías en mí sin reservas, te haré vivir una experiencia que servirá como redención. Te despojaré de la mentira, para que te reencuentres con tu esencia. Con esa Alicia que, si te viese hoy, no se reconocería a sí misma.

Alicia le miró con los ojos empañados. En ese momento, si Félix le hubiera pedido que saltara por el balcón, lo habría hecho. La promesa de la redención, viniendo de aquel santo que despreciaba el oro teniendo las manos llenas de él, era su única esperanza de salvarse.

—Acepto, Félix. Haz conmigo lo que quieras —susurró ella, entregada incondicionalmente.

Félix sonrió de esa manera enigmática que Alicia adoraba, y que Arcadio hubiese reconocido como la sonrisa del carnicero ante la res. No añadió nada más. Se limitó a mirarla, mientras en su mente resonaba el eco de un portazo metálico.

—Prepárate —concluyó él—. El próximo fin de semana, el mundo dejará de existir tal como lo concibes ahora.

***

El viernes por la tarde, Madrid bullía con agitación febril; la propia de quienes huyen de sus oficinas, buscando un simulacro de libertad. Alicia, contagiada por una excitación que no sentía

desde su adolescencia, abandonó la clínica media hora antes, dejando tras de sí una pila de expedientes sin firmar. En una esquina, Félix la aguardaba con la prestancia de un guía espiritual.

—Nada de equipaje, Alicia. Ni un recuerdo del mundo que dejas atrás —le había advertido él—. Ni siquiera el cepillo de dientes. La higiene del alma no admite artículos de tocador.

Con una venda de seda negra que Arcadio había rescatado de un lote de lencería de una baronesa arruinada, Félix cubrió los ojos de Alicia. Ella reía entregada, sintiendo el aroma del perfume de Félix y la promesa de un retiro místico que, en su imaginación, sonaba a monasterio tibetano o a hotel boutique en la sierra.

Subieron a un taxi. Félix, en lugar de pronunciar el destino, le tendió al conductor un papel con la dirección escrita. Le indicó, mediante gestos nerviosos, que trazara una ruta errática: un laberinto de giros estériles para confundir cualquier sentido de la orientación. Durante el trayecto, observaba el taxímetro con el pesar de un condenado. Veía en el aparato una trituradora de capital. Cada salto de la cifra era una punzada en la boca del estómago, un dolor que solo lograba mitigar imaginando lo que le tenía reservado a Alicia.

El taxi se detuvo por fin. Cuando bajaron, el aire olía a asfalto y abandono. Ella sintió que la acera lisa cedía el paso a unos peldaños de madera, que crujieron con un lamento fúnebre.

—Confía en mí —susurró Félix al oído de ella, mientras el frío de las profundidades empezaba a lamerle los tobillos.

De pronto, un sonido metálico de cerrojos oxidados desgarró el silencio. Félix le retiró la venda con un gesto teatral.

El choque no fue visual, fue una agresión biológica. Alicia parpadeó. Lo primero que percibió fue la luz ictérica de la bombilla pendulante, que oscilaba levemente, proyectando sombras que parecían garras en las paredes. El aire, denso y

saturado de una humedad que sabía a salitre y a detritos antiguos, se le quedó pegado a la garganta.

Miró a su alrededor con una fijeza demente. Sus ojos de oftalmóloga, entrenados para la nitidez, trataban de procesar el horror: las paredes de cemento desnudas, tapizadas por una costra de moho negro que dibujaba contornos infernales; el techo, atravesado por tuberías que goteaban un líquido oleaginoso sobre el suelo mugriento; el rincón donde un inodoro sin tapa, coronado por una aureola de cal amarillenta, se alzaba como un altar a la degradación.

Los muebles eran pocos. Había una cama antigua, de hierro oxidado, con un colchón que presentaba manchas de todas las tonalidades de la miseria humana. Una mesita de madera podrida y una caja de cartón, que servía de alacena, completaban el mobiliario de aquella Gehena.

Alicia no gritó. El impacto fue tan absoluto que su sistema nervioso pareció entrar en un estado de hibernación defensiva. Intentó dar un paso, pero sus zapatos de salón, de una marca que costaba tres meses lo que Félix ganaba por vivir en aquel antro, se hundieron en un charco de agua estancada. Buscó dónde sentarse, girando sobre sí misma como una bailarina rota, pero cada superficie parecía emitir un efluvio de suciedad milenaria.

Finalmente, se dejó caer en el borde de la cama, encogiendo los hombros para que su abrigo no tocara la pared rezumante. Se llevó las manos a la cara, hundiendo los dedos en las sienes, tratando de borrar de su retina la visión del santuario que Félix le había prometido. Sentía que el lujo de su vida anterior era un sueño lejano y que la realidad era aquel nicho, donde el tiempo no corría, sino que se pudría.

Félix, de pie junto a la trampilla de hierro, la observaba con una expresión de seriedad litúrgica, aunque por dentro sus vísceras se retorcían en una carcajada psicopática, que amenazaba con romperle la máscara.

—Bienvenida a la verdad, Alicia —dijo él, con una voz que resonó como una sentencia—. Aquí no hay hipotecas, ni clínicas, ni relojes de oro. Aquí solo estamos tú y yo… y la esencia de la vida, despojada de sus mentiras. ¿No sientes ya cómo tu alma empieza a aligerarse de su carga?

Alicia guardó un silencio de mazmorra, con la cara oculta entre las manos. Mientras, una cucaracha, atraída por el calor humano, empezaba a trepar lentamente por la pata de la cama de hierro, en dirección hacia su zapato.

En la penumbra asfixiante de aquel lugar inmundo, Félix se movía con la soltura de un señor en su feudo. Mientras tanto, Alicia permanecía ovillada en el borde del colchón, como si cualquier contacto con la superficie pudiera contagiarle una lepra moral. Él se sentó a su lado, manteniendo esa distancia de seguridad que los maestros imponen a sus alumnos aventajados.

—Míralo bien, Alicia —comenzó Félix, modulando su voz en un tono de serenidad casi hipnótica—. Esto que ves, esto que hueles, no es la miseria. Es la base de la pirámide. Es el peldaño cero. Por encima de esto, todo lo demás es ganancia y por lo tanto esclavitud.

Alicia levantó ligeramente la mirada, con los ojos enrojecidos y la respiración entrecortada por el aire rancio.

—Félix... No sé si puedo... —balbuceó, mirando una mancha de humedad que parecía cobrar vida en la pared.

—Los estoicos lo entendieron hace dos mil años —continuó él, ignorando su queja—. Séneca, Marco Aurelio... Hombres que tenían el mundo a sus pies se desprendían de vez en cuando de sus túnicas de púrpura. Dormían en el suelo duro, comían pan rancio y bebían agua tibia. Lo hacían para decirse a sí mismos: «¿Es esto lo que tanto temía?». Se daban cuenta de que la verdadera libertad no es tenerlo todo, sino no necesitar nada. Las comodidades que te rodean en tu apartamento de Chamberí, Alicia, son grilletes de seda. Si no puedes vivir sin ellas, no eres

su dueña; eres su mascota.

Félix se levantó y señaló el espacio angosto, las paredes desconchadas y la bombilla que emitía un zumbido eléctrico constante.

—Vamos a pasar aquí cuarenta y ocho horas —sentenció con una firmeza que no admitía réplica—. No saldremos para nada. Lo que bebamos y comamos procederá de lo que este lugar nos ofrezca. Es una desinfección total, Alicia. Un lavado gástrico para el alma.

Ella lo miró con una mezcla de horror y devoción. La lógica de Félix, envuelta en ese halo de superioridad intelectual y desapego místico, penetraba en su mente, debilitada por el agotamiento del hospital y el shock del entorno.

—Yo vengo aquí a menudo, en solitario —confesó Félix, bajando la voz como quien revela un secreto de Estado—. Cuando siento que la hipocresía de la sociedad, o la vanidad de los despachos, empiezan a empañar mi visión del mundo, bajo a este sótano. Aquí me purifico. Aquí recuerdo quién soy realmente. Me desprendo de las necesidades creadas para volver a ver la luz con nitidez. Es mi retiro espiritual privado, en el corazón de la Bestia.

Alicia, subyugada por la imagen de su amado como un asceta moderno que sacrifica su cuerpo por la claridad mental, sintió un escalofrío de culpabilidad. ¿Quién era ella para quejarse de la humedad, cuando este iluminado elegía voluntariamente el fango para elevar su espíritu? Su amor, mezclado con una dependencia psicológica ya absoluta, la empujó a asentir con la cabeza.

—Si tú lo haces por mí... si esto es lo que necesito para ser como tú... me quedaré —susurró ella, aunque sus manos temblaban violentamente—. Enséñame a ser libre, Félix.

Félix sonrió en la oscuridad, una mueca de triunfo despectivo que ella no pudo ver. La trampa no era física: era espiritual.

Había convencido a Alicia de que la inmundicia era virtud, y el hambre, sabiduría.

—Empecemos por la cena —dijo Félix, dirigiéndose a la caja de cartón—. Hoy el menú es austero, pero auténtico, y desprovisto de lo banal.

Se agachó y sacó una lata de sardinas cuya etiqueta se había despegado por la humedad meses atrás, y una botella de plástico con agua del grifo, que llevaba semanas estancada bajo la cama. Con un cuchillo oxidado, abrió la lata con un chasquido metálico, que en aquel silencio sonó como una detonación.

La cena fue una liturgia de la náusea. Bajo el haz mortecino de la bombilla, Alicia contempló las sardinas bañadas en un aceite rancio, que había adquirido un tono grisáceo. Con los dedos temblorosos, imitó a Félix, que masticaba con una parsimonia monacal, como si cada bocado fuera un verso de un poema místico. El sabor metálico y la textura viscosa de la conserva caducada hicieron que el estómago de la oftalmóloga se rebelara, pero la mirada de Félix, vigilante e inquisitiva, la obligó a tragar.

—¿Te suena Flaubert, Alicia? —preguntó él, limpiándose los dedos en un jirón de tela que servía de servilleta.

Ella negó con la cabeza, sintiéndose de pronto como una niña pequeña ante un catedrático implacable.

—Escribió un relato titulado *Un corazón sencillo* —continuó Félix—. Su protagonista, Félicité, era una criada analfabeta. No poseía nada, casi ni voluntad propia. Vivía para los demás, abnegada, sacrificada al máximo. Y sin embargo, en su pobreza absoluta, alcanzó una plenitud que tú no conocerás jamás en tus congresos de oftalmología. Era feliz porque no tenía nada que perder, nada que aparentar.

—Seguramente esa mujer no vivió en un lugar como este —replicó Alicia, mirando con horror una mancha costrosa que goteaba cerca de sus pies.

—Cierto. Ella vivía modestamente, no en una catacumba —

consintió Félix con una sonrisa sombría—. Pero Félicité no había sido corrompida por el cáncer de la doble moral. Tampoco su patrona le había cambiado el nombre por puro capricho. En tu mundo, Alicia, no queréis ser felices. ¡Queréis ser más felices que los demás, y que además lo sepan! Por eso estamos aquí. Necesitas que este sótano devore tu ego hasta que solo quede lo esencial. Solo así serás libre.

El frío de la noche empezó a filtrarse por las juntas de la trampilla de hierro, descendiendo como un aliento helado sobre el sótano. Se tumbaron en el colchón de muelles vencidos, envueltos en una manta áspera, acartonada por fluidos secos de otros tiempos, que olía a décadas de abandono. Alicia se apretó contra el cuerpo de Félix, buscando un calor que él le entregaba, con la misma generosidad con la que un cadáver entrega su frío. No hubo deseo, solo una lucha animal por la supervivencia térmica contra una humedad que les penetraba hasta la médula.

Se despertaron con la primera claridad del día. Los filamentos de luz grisácea se colaban por las rendijas de la entrada, dibujando líneas de polvo en suspensión, que llenaba el aire viciado.

—Tengo hambre, Félix —susurró Alicia, con la voz quebrada. Sus labios estaban cortados por la deshidratación y sus ojos, antes brillantes, mostraban la opacidad de la derrota.

Félix revolvió en la caja de cartón con una aparente frustración, casi teatral, saboreando el pánico que empezaba a florecer en el rostro de Alicia.

—Ya no queda nada. La despensa de la pureza está vacía —dijo volviéndose.

Ella le miró con una expectación angustiosa. En su mentalidad acomodada, todavía existía la idea de que alguien, de alguna forma, traería comida de fuera, o que Félix sacaría un recurso oculto de su «superioridad».

—Voy a conseguir alimento —prometió él, acercándose a ella

y tomándole la cara con sus manos heladas—. Pero te advierto: lo que vamos a comer hoy, que todavía no sé lo que es, será tu prueba de fuego. Si superas esto, habrás quemado para siempre los puentes con tu vida anterior. ¿Estás dispuesta a comulgar con la verdad?

Alicia, entregada a la locura mística que Félix había tejido a su alrededor, asintió sin dudarlo. No podía imaginar que el alimento que Félix había previsto no venía, precisamente, de ninguna tienda gourmet.

El sótano se sumergió en una negrura absoluta cuando Félix apagó la bombilla.

—El cazador debe ser parte del silencio, Alicia —susurró él. Su voz parecía nacer de la misma sombra—. Si quieres comer, debes aprender a no existir.

Pasaron dos horas eternas. Alicia percibía su pulso como una percusión en sus oídos. El hambre ya no era una sensación, sino una bestia que horadaba las paredes de su estómago. De pronto, un rascado rítmico, un corretear de uñas diminutas sobre el cemento desnudo, desgarró la calma. Con una precisión mecánica, como un resorte endemoniado, Félix se proyectó hacia la esquina de la tubería. Se escuchó un chillido seco, un chasquido de fractura, y después el silencio de la muerte.

—Hoy el destino es generoso —anunció Félix con una voz aterradoramente normal—. ¡Son dos... y están bien nutridas!

Félix se acercó al grifo, que brotaba de la pared como una pústula de hierro. El agua salía con un color amarillento y un olor a óxido estancado, pero él limpió las piezas con la meticulosidad de un cirujano que se lava para una inminente intervención. Con la lámpara de gas de sus cenas solitarias, prendió la llama azulada.

Mientras la carne de los roedores empezaba a chisporrotear, desprendiendo un olor dulzón y almizclado que llenaba el cubículo, Félix rompió el silencio.

—¿Sabes, Alicia? Pronto me toca dar una sesión en el hospital, a ver si saco tiempo y me la preparo —decía, mientras daba la vuelta a una de las piezas con un alambre oxidado—. Por cierto, el otro día me di cuenta de que tenéis en tu portal un portero nuevo. A ver qué tal, el anterior me caía bien.

Alicia lo observaba en un estado de trance. La disociación de Félix era total: estaba cocinando ratas de alcantarilla en un sótano abominable, mientras hablaba como si estuvieran tomando café una tarde cualquiera. Aquella normalidad le resultaba más aterradora que la «eucaristía» que Félix le preparaba para conducirla a la iluminación.

Félix le ofreció una de las piezas cuando la carne alcanzó un punto crujiente. La luz amarillenta de la bombilla iluminaba la piel, churruscada con reflejos dorados, confiriéndole un aspecto casi comestible. Alicia tuvo que desviar la mirada. La obscenidad residía precisamente en esa semejanza con un alimento digno.

—La prueba de fuego, Alicia. Aquí es donde decides si eres una pija de Chamberí o un ser humano libre de prejuicios. Come. Es proteína pura, sin los conservantes de tu mundo de plástico.

Ella volvió a observar el cuerpo de la rata, con su piel frita y dorada. Las náuseas le invadían y su cuerpo clamaba en señal de alarma. Sin embargo, el hambre y la necesidad enfermiza de igualar la entereza de Félix, aquel ser casi divino que tenía delante, ganaron la batalla. Apretó los ojos y mordió. Sintió cómo la carne frita se quebraba, con un crujido seco, bajo su perfecta dentadura.

La textura era fibrosa. El sabor recordaba vagamente al conejo, pero con un trasfondo terroso y salvaje, que le revolvió el juicio, quedando tatuado para siempre en su paladar. Masticó y tragó, sintiendo cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas manchadas de hollín. Siguió comiendo hasta que solo quedaron los huesos limpios, mientras Félix la observaba con una mirada neutra, casi cotidiana, y comía también, con total naturalidad.

—Estoy profundamente orgulloso de ti, Alicia —dijo él, limpiándose la comisura de los labios con un gesto de señor—. Hoy has muerto para ellos y has renacido para mí. Has devorado tu última cadena.

Alicia, con el sabor de la alcantarilla todavía en la garganta y una sensación de embriaguez mística, se sintió extrañamente poderosa. No sabía que, al comer aquella rata, Félix no le había dado la libertad, sino que le había puesto el collar definitivo. Ya no había vuelta atrás: era su acólita de la inmundicia.

Capítulo VII - En un lugar de La Mancha

La siguiente reunión de los avaros se celebró en una de las propiedades más lúgubres de Arcadio: un antiguo almacén de pieles, en el barrio de Usera. El olor a naftalina y a cuero podrido flotaban en el aire, como el fantasma de una industria muerta. Entre fardos de tela polvorienta y estanterías combadas, se encontraba una mesa de oficina. Allí se sentarían los obradores de la desdicha. La superficie estaba sepultada bajo una capa de polvo, tan densa que parecía una extensión del suelo.

Arcadio había llegado antes que Félix. Para entretenerse durante la espera, había dispuesto sobre la mesa un puñado de monedas antiguas, rescatadas de sus lotes de empeño. Las frotaba con un trapo impregnado en un aceite denso; un aroma rancio que recordaba a la grasa de maquinaria vieja. La fricción constante, sumada al sedimento de la mesa, había acabado por generar un ungüento grisáceo y espeso; una pasta untuosa que se le incrustaba bajo las uñas. Las yemas de los dedos estaban teñidas de un negro tan intenso que recordaba al betún.

Con una satisfacción casi indecente, estaba ensimismado en su tarea, dando esplendor a monedas que ya no circulaban. Era la única higiene que respetaba Arcadio: el brillo del metal, al precio de las manchas en sus manos. No limpiaba el dinero, sino que se ungía con él. Aquella mezcla de mugre y capital, que Félix contempló casi con respeto, resumía en un instante la vida del usurero.

—¡Cuéntamelo todo! ¡Con el mayor detalle! —exclamó Arcadio, frotándose las manos con un frenesí casi erótico al ver llegar a Félix—. Me han llegado ecos de tu retiro espiritual. ¿Es cierto? ¿Le gustó a Alicia el cuento de la ratita presumida?

El joven se recostó en una silla metálica que chirrió bajo su peso. Su rostro no mostraba ni rastro de fatiga, sino una lucidez cruel. El silencio de Félix pesaba más que los fardos de pieles del almacén. Arcadio creyó sentir que su socio no era un hombre, sino un abismo que le devolvía la mirada. Para espantar el escalofrío, volvió a hundir las uñas en el ungüento grisáceo de la mesa.

—Le conté el cuento, sí, y la ratita se convirtió en su desayuno. Fue una representación sublime, Arcadio —respondió Félix con un tono de desprecio tan puro que resultaba aterrador —. Alicia ya no es una persona; es una muñeca de barro que yo puedo moldear. Verla masticar rata mientras lloraba por redimirse… Es lo más grande que he hecho. Se cree una mística, una elegida. ¡Menuda imbécil! Ha sustituido el culto al estatus por el culto a mi voluntad. Es un perro que ha aprendido a lamer una mano que le da basura.

El viejo palideció ligeramente ante la ausencia total de sentimiento en la voz del médico. Él era un avaro, un estafador de la vieja escuela, pero lo que tenía delante era muy diferente. Félix operaba en una dimensión de psicopatía donde los seres humanos valían lo mismo que los insectos que freía en su lámpara de gas.

—¿Y el patriarca? —preguntó Arcadio, tratando de desviar la atención hacia el negocio—. ¿Sigue mirándose la muñeca creyéndose el rey del mambo?

—Leopoldo es un cadáver que todavía camina —respondió Félix—. Un viejo decrépito que cree en milagros financieros porque no tiene el valor de admitir que está arruinado. Su ceguera es mi mayor activo. Habla de mí como si fuera su salvador. Y mientras, su sirvienta, la que hemos sobornado, vacía su caja fuerte delante de sus narices.

Arcadio sonrió, recuperando su aplomo de usurero, y sacó una bolsa de lona gruesa de debajo de la mesa. La dejó caer con un golpe seco y metálico que levantó una nube de polvo.

—Pues aquí tienes el fruto de su ceguera —dijo el viejo, abriendo la bolsa—. He liquidado la primera tanda de los originales a través de mis contactos en Amberes y Hong Kong. Eran piezas mejores de lo que calculamos: se han revalorizado más de lo que creía. Hemos sacado trescientos sesenta mil euros netos, una vez descontadas las comisiones de los intermediarios y el coste de mis réplicas chinas.

Félix no parpadeó. Observó cómo Arcadio empezaba a contar los fajos de billetes sobre la mesa, formando torres de papel moneda. Parecía el *skyline* de una ciudad de pecado.

—Ciento ochenta mil para ti, ciento ochenta mil para mí —masculló Arcadio, repartiendo el botín con una precisión de contable—. Mira este dinero, Félix: cincuenta años de quirófano. Liquidado para nosotros en apenas unos meses. ¡Esto es magia, muchacho! ¡La fatiga de un viejo, ahora es la libertad de dos rufianes!

Félix tomó uno de los fajos y lo olió con una mueca de satisfacción. No olía a esfuerzo, ni a medicina; olía a la tinta fresca del engaño exitoso.

—Yo no me siento un rufián —dijo Félix, guardando su parte en una mochila vieja, con una indiferencia que aterraba—. Este dinero es calderilla, Arcadio. Es la propina de un camarero. Como mucho, servirá para financiar el asalto final. Leopoldo y Alicia son ratas en mi laberinto, y lo mejor es que me dan las gracias mientras cierro las salidas.

La velada se prolongó, bañada por las sombras de aquel oscuro almacén, que parecía una catedral de la depravación. Allí, dos hombres celebraban la ruina de una familia como si festejasen una buena cosecha. Félix hablaba de la limpieza de los activos restantes con la desgana de quien despieza un coche viejo. En ese instante, Arcadio sintió un escalofrío en la nuca; una certeza helada de estar ante alguien capaz de devorarlo, de consumirlo a él y a cuanto poseía, si no extremaba las precauciones.

Al salir a la calle, Félix caminó con el peso de los billetes a su espalda. Soñaba con el día en que el chalet hipotecado de Leopoldo fuera solo un recuerdo bajo sus pies. En su boca, aún persistía el regusto terroso de la rata: el sabor del poder sobre la voluntad humana.

***

El lunes por la mañana, Alicia cruzó las puertas del hospital; no como el huracán de exigencias y desdén que solía ser, sino como una exhalación de paz que nadie supo descifrar. La metamorfosis fue tan radical que, a su paso, el aire parecía haber perdido la electricidad estática de la tensión y el miedo.

Ya no vestía su bata de seda con su nombre bordado en hilo de oro, sino una de algodón genérico, algo arrugada, que parecía sacada del almacén común. Su rostro, ahora exento de todo maquillaje, había perdido su belleza severa y altiva. Sus facciones se habían relajado con una laxitud inquietante, con una palidez casi transparente; una serenidad que nacía de las entrañas, o quizá del recuerdo de su experiencia en el inframundo. Las comisuras de sus labios, antes apretadas en un gesto de mando, ahora colgaban con una suavidad sedosa.

—¿Habéis visto a la jefa? —susurró Marta, una residente de oftalmología, escondida tras un monitor—. Me ha dado los buenos días. Y no solo eso... me ha preguntado si había dormido bien. ¡A mí, que la semana pasada me llamó subnormal profunda!

En el edificio de consultas, la transformación desató un delirio colectivo. Las enfermeras, acostumbradas a sus comentarios hirientes, no podían creer lo que veían: Alicia, la oftalmóloga, ayudando personalmente a un anciano a sentarse en la lámpara de hendidura. Al inclinarse para acomodarlo, sus ojos color miel, antes afilados como escalpelos, parecían ahora perdidos, como

dos gotas de resina turbia. Su mirada transmitía una dulzura ausente, casi mística, sin aparente explicación.

—Parece que haya visto a la Virgen durante el fin de semana —comentó una auxiliar en el control de enfermería—. ¿Se habrá unido a una secta? ¡Ha traído pastas para todos! Luego ha pedido perdón a las limpiadoras porque no valoramos la dignidad del trabajo invisible. ¡Está de psiquiátrico!

Nadie podía imaginar el origen del cambio: la rata de la virtud. Se produjo un fenómeno de ósmosis perversa. El cuerpo de Alicia había digerido al del roedor; pero el espíritu de la alimaña —con esa paciencia infinita de quien habita en el subsuelo— se había instalado en su alma. Ella fue quien se impuso en el mundo físico; pero en lo más profundo, la rata fue la conquistadora. Había terminado por poseer el espíritu de la oftalmóloga, con una mansedumbre de cloaca que resultaba más perturbadora que su antiguo desprecio por todo. Se había vuelto tan humilde como las piedras del camino, que se dejan pisar por todo el mundo.

En la sesión clínica de las once, la transformación se hizo oficial. Alicia, que habitualmente presidía la mesa con la altivez de una emperatriz, se sentó entre los alumnos de Medicina, escuchando sus presentaciones con una humildad incomodante. Cuando un adjunto veterano intentó humillar a un estudiante por un diagnóstico erróneo, Alicia intervino con una voz suave, pero firme.

—Todos somos aprendices en este valle de sombras —dijo con la mirada vacía, una mirada de quien ha visto el abismo y ya no puede enfocar la realidad cotidiana—. El error es la puerta de la sabiduría. No debemos castigar la búsqueda, sino caminar de la mano hacia el templo del conocimiento.

Los compañeros de su misma escala social, aquellos que compartían cenas en restaurantes de diseño, no daban crédito.

—Alicia, ¿qué te has tomado? —le preguntó una colega en el

pasillo—. Estás rarísima.

—He despertado, simplemente —respondió Alicia, con una sonrisa enigmática que le hacía parecer diez años más joven y mil años más vieja—. He comprendido que lo que llamamos éxito es solo ruido, y que la verdadera visión no está en lo que ve el ojo, sino en la renuncia de uno mismo.

Mientras Alicia se movía por el hospital irradiando humildad y consuelo, como una santa iluminada que parecía levitar, Félix la observaba desde la distancia. Ver a la «pija despótica» convertida en una novicia de la caridad le producía una satisfacción intelectual casi divina. Había roto su psique y la había vuelto a montar a su capricho: un ser totalmente dependiente de su dogma, una herramienta lista para ser utilizada en el asalto final a su propio patrimonio.

Alicia ya no pertenecía a su familia, ni a su estatus. Ni siquiera a sí misma. Pertenecía al hombre que la había hecho comer ratas en la oscuridad, y esa claridad era, en realidad, el resplandor de su propia anulación.

***

El tiempo, ese recurso que Félix gestionaba con la precisión de un cronómetro suizo —de los de verdad—, había trabajado a su favor. Su manipulación no solo había alcanzado a Alicia, sino también a su padre. Durante meses, el goteo de «éxitos financieros» había convertido al patriarca en un adicto al beneficio fácil. Félix, con una maestría psicológica estremecedora, le había suministrado pequeñas dosis de euforia: cinco mil euros que se convertían en diez mil, otros cinco mil que se transformaban en quince mil. El tacto y la visión de aquel dinero, sin que él lo sospechase, inundaba de dopamina sus circuitos de recompensa. El joven, sin él saberlo, había domesticado su cerebro.

Leopoldo sentía que tenía al Rey Midas sentado a su mesa, sin sospechar que cada billete que recibía era un fragmento de su propia hacienda. Como una polilla con mandíbula de hierro, Rose había roído todo lo que encontraba en cada armario. Así, las esmeraldas de Virginia habían sido sustituidas por cristales tallados de una calidad ínfima, pero de idéntica apariencia, y los gemelos de oro macizo de Leopoldo eran ahora latón bañado. Félix y Arcadio estaban socavando su patrimonio desde dentro, usando las propias joyas de la familia para alimentar la ficción de su enriquecimiento. «Cambiaría al propio Leopoldo por una réplica y lo vendería, si tuviera algún valor» había explicado Félix a Arcadio en una de sus reuniones, como quien tasa un mueble viejo.

Alicia, mientras tanto, habitaba un plano astral diferente. Se alimentaba de las lecturas que Félix le suministraba —tratados de mística, ascetismo radical y desprecio por el cuerpo—, convirtiéndose en una figura espectral que vagaba por el chalet. Miraba los muebles de lujo, pagados a crédito, como si fueran fetiches de una civilización bárbara.

Llegó el domingo clave en la estrategia de los avaros. El sol del mediodía bañaba el comedor, pero Félix proyectaba una sombra de melancolía intencionada.

—¿Te ocurre algo, Félix? —preguntó Virginia, que ya le trataba con la deferencia que se le reserva a un oráculo—. Te noto ausente.

Félix dejó escapar un suspiro, removiendo el café con una lentitud exasperante.

—Es una tontería, de verdad. Gajes del mercado —dijo, restándole importancia con un gesto—. He recibido una propuesta para participar en una operación inmobiliaria de gran calado en la Costa del Sol. Un desarrollo de lujo, orientado en principio a inversores árabes. Las cifras de dividendos son, sencillamente, mareantes; estamos hablando de multiplicar por cinco el capital en menos de un año, debido a un vacío legal en

las licencias que solo mis contactos conocen.

Leopoldo dejó el puro en el cenicero, con los ojos inyectados en codicia.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema, Leopoldo, es que no tengo la liquidez necesaria en este momento —respondió Félix con una franqueza que desarmaba—. Mis fondos están comprometidos en Asia. Se requiere una entrada de al menos medio millón de euros. La cantidad no es grande, pero ahora no dispongo de capital, así que me voy a abstener por pura prudencia. Es una lástima perder una oportunidad así, pero prefiero dormir tranquilo que vivir endeudado.

Las palabras de Félix fueron seguidas de un silencio tenso. Leopoldo sentía un sudor frío recorriéndole la nuca. Aquella era su salida. Era el golpe definitivo que le permitiría cerrar la clínica, mandar al diablo a las aseguradoras y retirarse a una opulencia que ya no tendría que fingir.

—¿Medio millón? —preguntó Leopoldo, con la voz temblorosa —. Félix... Yo tengo acceso a ese capital. Si hipotecamos de nuevo el chalet y liquidamos el fondo de pensiones de Virginia...

—¡Leopoldo, por Dios! —gritó Virginia, pero no por horror, sino por puro entusiasmo—. Félix, tú no puedes quedarte fuera de esto por falta de dinero. ¡Serás de la familia, es como si ya lo fueras! Leopoldo, pregúntale qué tenemos que hacer.

—¿Qué tenemos que hacer? —obedeció Leopoldo, con una inercia mecánica, como si su propia voz ya no le perteneciera.

Félix levantó las manos, fingiendo una alarma sincera.

—No, no, por favor. No me perdonaría jamás que pusierais en riesgo el patrimonio familiar. Es demasiado dinero. Yo hablaba para desahogarme, no os pretendía incitar. No quiero esa responsabilidad sobre mis hombros.

Cuanto más se negaba Félix, más se lanzaba Leopoldo como un buitre sobre la carcasa de su propia ruina. El patriarca se levantó

y le tomó de las solapas con una urgencia patética. El avaro sintió el aliento a tabaco y desesperación de Leopoldo sobre su rostro, y las manos del viejo arrugando su impecable chaqueta. Por un segundo, una chispa de asco cruzó sus ojos azules; pero la apagó de inmediato, sustituyéndola por una máscara de resignación heroica.

—Félix, mírame. ¡Mírame! Estoy harto de trabajar. Estoy harto de este tren de vida que me mata. Si tú dices que la operación es segura, yo entro con todo. ¡Con todo! Dime qué tengo que hacer para participar. Es mi última oportunidad de ser libre, como dices tú.

Félix miró a Alicia, que observaba la escena con una sonrisa de compasión mística, como quien ve a unos niños pelearse por caramelos. Luego volvió la vista hacia Leopoldo y Virginia, dejando que el silencio se prolongara, hasta que la tensión fue insoportable.

—Como queráis —susurró Félix con la gravedad de un director de funeraria—. Hablaré con mis socios, ya que insistís tanto. Pero solo con una condición: yo no manejaré ese dinero. Se ingresará en una cuenta instrumental que mantendré bajo supervisión, pero el riesgo recaerá totalmente sobre vosotros, los titulares. Que quede claro que no estoy de acuerdo y, si lo hacéis, será bajo vuestra completa y exclusiva responsabilidad.

Leopoldo, llorando de gratitud, asintió frenéticamente. No sabía que, con aquel gesto, acababa de rubricar la orden de ejecución de todo cuanto poseía. Félix, tras su fachada de inquietud filial, sentía una exaltación contenida: el patriarca se disponía a entregarle su patrimonio —y hasta su cuerpo y su alma— casi pidiendo perdón por las molestias.

Félix envolvió a Leopoldo en un abrazo que sabía a sentencia definitiva, sellando el pacto con un contacto físico que le revolvía las vísceras, pero que resultaba útil para terminar de sedar a la presa. Acto seguido, dio por concluido su arresto dominical en aquella jaula acomodada.

Al día siguiente, Félix fue a ver a Alicia a su apartamento. Aquella vivienda de Chamberí se había convertido en un eremitorio de diseño. Las revistas de moda habían sido sustituidas por densos volúmenes de teología y filosofía. Solamente rompía el silencio el zumbido lejano de la ciudad, que Alicia ya no sentía como propia. Estaba sentada en el suelo, sobre un cojín, contemplando sus manos como si fueran objetos extraños.

—Félix —dijo ella, con una voz desapasionada—, ayer estuvimos con mis padres y casi sentí asco. Son dos materialistas sin espíritu. Entra una fortuna cada mes por la puerta de la clínica y sale íntegra por la ventana de la vanidad. Son incapaces de vivir sin ostentar, sin malgastar; sin esa angustia perpetua por lo que piensen los vecinos de la urbanización. Sus existencias son cáscaras vacías.

Félix, recostado en el sofá con la elegancia de un aristócrata en retiro, compuso un rostro de una hipocresía monumental. Frunció el ceño con una compasión fingida que habría engañado a un detector de mentiras.

—No seas tan dura, Alicia —susurró él—. Tu pobre padre ha trabajado mucho durante toda su vida. La clínica es un negocio honrado, una institución que salva visiones. Ellos solo han querido darte lo mejor. Educarte en la abundancia, para que no sufrieras las estrecheces que quizá ellos temieron. Es una forma de amor, aunque sea imperfecta. Así amamos los humanos, no somos ángeles divinos. Tus padres no son infalibles, pero te quieren por encima de todo.

—¡No es amor, Félix! ¡Todo es fachada! —insistió ella con un fervor fanático—. Es una doble moral que pudre todo lo que toca. En esa casa, todo es un decorado de cartón piedra.

Félix suspiró y se incorporó, adoptando el tono de un maestro que revela un arcano.

—¿Sabes, Alicia? Hace siglos, Dante Alighieri ya describió esto

en su *Divina Comedia*. Él concibe el infierno como círculos concéntricos. Los pecados más graves se castigan en los anillos más internos. Pues bien, el cuarto círculo está reservado precisamente para ellos: para los avaros y los pródigos. Los que acumularon sin sentido y los que derrocharon sin medida. Dante los condena a chocar eternamente, unos contra otros, empujando enormes pesos con el pecho, gritándose: «¿por qué acaparas?» y «¿por qué derrochas?». Es el castigo para quienes no supieron encontrar el equilibrio en la materia.

Alicia escuchaba con los ojos brillantes de una furia mística.

—Así debe ser —sentenció ella—. ¡Se lo merecen! Es más, yo los metería en círculos todavía más profundos, si los hay. Los círculos de la nada absoluta.

Félix la miró con una intensidad que la hizo estremecerse; una mirada donde el azul de sus ojos se volvió opaco, como el silencio helado de un glaciar.

—Ten cuidado con lo que deseas, Alicia. Hay círculos más internos: los que están en el corazón del hielo. En el fondo del abismo. No son para los que aman el dinero. Son para los traidores, para los que faltan a la lealtad. Para los falsos. ¡Dios nos libre de ellos, Alicia! Son los peores monstruos, los que destruyen desde dentro, pero con una sonrisa.

Ella sintió un escalofrío que interpretó como una epifanía moral. Conmovida por las palabras de Félix, cuya rectitud le parecía inalcanzable, se lanzó a sus brazos. Le abrazó con una fuerza desesperada, hundiendo el rostro en su pecho; creyendo que sostenía al hombre más íntegro que pisaba la tierra. Su honestidad le pareció casi sagrada.

—Por suerte, te tengo a ti —murmuró ella—. Eres mi brújula.

Félix le acarició el cabello de una manera ritual, casi mecánica, forzando una sonrisa que parecía tierna. Miraba al mismo tiempo su reflejo, proyectado en el ventanal. La fruta estaba tan madura que ya empezaba a desprenderse de la rama.

—Alicia —dijo él, separándola suavemente, para mirarla a los ojos—, llevamos unos meses juntos. Te he abierto mi alma y mi refugio. Creo que ha llegado el momento de dar otro paso. Me gustaría que conocieras a mis padres. Llevarte a mi tierra. Es un remoto pueblo de La Mancha, para que veas de dónde vengo y entiendas por qué soy como soy.

Alicia sonrió con una ilusión infantil, sin sospechar que la tierra de origen de Félix no era una hacienda señorial entre viñedos, sino una representación teatral que Arcadio y él ya tenían preparada, para darle el golpe de gracia a su cordura y a su herencia.

***

El viaje a través de la estepa castellana fue un preludio de polvo y de silencio. Alicia observaba por la ventanilla cómo el paisaje, al sur de los montes de Toledo, se desnudaba de toda cortesía, hasta volverse puramente hostil. Era una sucesión de llanuras calcinadas y cerros pelados, donde el tiempo parecía haberse detenido en una época remota. El pueblo, una aldea olvidada de Ciudad Real, era el epítome de la España vacía. Un laberinto de calles estrechas, fachadas desconchadas y suelo sin asfaltar. Allí el aire pesaba, saturado por el estiércol de oveja, cuyo olor se pegaba a la garganta como el rastro de una confesión antigua.

—Es aquí —dijo Félix, deteniendo el coche frente a un caserón de piedra, cuyas grietas se extendían por la fachada como venas abiertas. Era una estructura tan herida que ningún arquitecto entendería cómo lograba sostenerse aún.

La puerta de madera, carcomida y gris, crujió con el lamento de los siglos. Alicia, en sus delirios místicos, esperaba encontrar un interior de humildad franciscana; penumbra y recogimiento, en un silencio con aroma a cirio. Cruzó el umbral, que suponía sagrado. Sufrió entonces tal choque sensorial que, a fin de no

tambalearse, se tuvo que aferrar al marco de la puerta.

Lo que se reveló ante ella era un palacio de las mil y una noches, trasplantado al corazón de la estepa castellana. Arcadio había empleado sus recursos más extravagantes. El patio central estaba cubierto por una cúpula de cristal, que tamizaba la luz sobre alfombras y tapices. El aire estaba saturado de incienso y especias caras. Varios hombres de piel negra, vestidos con túnicas de lino impecable, se movían al ritmo de una silenciosa danza servil. Portaban bandejas de plata con frutas exóticas y licores dorados, que parecían ofrendas en un templo del vicio.

Al fondo, junto a una piscina de azulejos turquesas que reflejaba la luz como un diamante líquido, aguardaban los supuestos padres de Félix. Eran una pareja de actores contratados por Arcadio, con rostros curtidos y manos que fingían callosidades. A pesar del entorno de lujo asiático, sus modales eran tan toscos que hubieran hecho de Sancho Panza un hombre refinado.

—¡Coño, el muchacho! ¡Y trae a la «chati»! —exclamó el padre, un hombre que vestía una túnica de seda, pero que se rascaba el ombligo con una familiaridad porcina. Se acercó a Alicia y le dio dos besos que sonaron como bofetadas, dejando en su mejilla el olor a tabaco de liar y vino peleón—. ¡Qué flaca estás, hija! ¿Es que en Madrid no os dan de comer más que papeles?

La madre, una mujer de mirada astuta y lengua rápida, agarró a Alicia por el brazo con una fuerza de campesina.

—¡Pasa, pasa! Que hemos «matao» un cordero que da gloria verlo —dijo, soltando una carcajada estridente mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano—. ¡Siéntate ahí, en lo blando, que para eso lo hemos «comprao» con «los dineros» que nos manda este!

Félix, a un lado, representaba el papel de su vida. Se cubría la cara con una mano, fingiendo una vergüenza insoportable.

—Papá, por favor... Tened un poco de decoro —susurró Félix con voz trémula—. Alicia es una doctora, no está acostumbrada a tanta... familiaridad.

—¡Qué doctora ni qué ocho cuartos! —gritó el padre, sentándose a la mesa y empezando a comer un muslo de carne con las manos, cuya grasa le chorreaba por la barba—. Aquí somos todos de carne y hueso. ¡Hasta las doctoras cagan y mean! Tú pregúntaselo ¿A que sí, Alicia? ¡Echa vino a la moza, del que calienta las orejas!

Alicia miraba la escena fascinada. La tosquedad absoluta de aquellos padres, rodeados de una riqueza que insultaba al sentido común, era para ella la prueba definitiva de la autenticidad de Félix. Él era el hijo de unos bárbaros enriquecidos, un genio que había refinado su espíritu a pesar de sus orígenes brutales. Se sentía en un santuario de la ordinariez, un lugar donde el dinero se trataba con el mismo desprecio con el que se trataba al barro, y a las personas como a los cerdos.

—No te preocupes, Félix —susurró ella, apretándole la mano —. Son... maravillosos. De verdad.

Félix asintió, ocultando su regocijo bajo un manto de fingida aflicción. La farsa de La Mancha profunda estaba funcionando. Alicia estaba visitando en persona el cuarto círculo de Dante: la colisión de espíritu y materia en su forma más extrema.

La comida fue una orgía de groserías. El padre de Félix, con una actuación que Arcadio hubiera premiado con oro, eructaba sin pudor, mientras se limpiaba los restos de cordero en el mantel de hilo de Flandes. Alicia, en un estado de estupefacción casi narcótica, escuchaba cómo la madre le contaba chistes. Eran de una vulgaridad tan cruda que no alcanzaba siquiera a comprender el doble sentido. La escena era surrealista: el lujo de un harén de Bagdad habitado por dos cavernícolas que desconocían el decoro, la educación y seguramente hasta el lenguaje escrito.

—Salgamos de aquí, por favor —susurró Félix, cuya piel parecía erizarse de pura vergüenza.

Caminaron por un sendero de tierra batida, alejándose del casón. El sol de la tarde caía con una luz dorada y cruel sobre los olivos centenarios, cuyos troncos retorcidos parecían muecas de dolor congeladas en la madera. El aire olía a tomillo seco y a lana sucia.

—Perdóname, Alicia —comenzó Félix, deteniéndose junto a un murete de piedra seca—. No quería que los vieras así, pero no podía seguir ocultándote la verdad. Mis padres son... bueno, ya los has visto. Paletos que se visten de califas. Un dinero que apesta a los negocios turbios de mi abuelo, aquel terrateniente del que te hablé. La fortuna del viejo se evaporó hace años, en deudas y malas artes. Si viven en ese palacio grotesco, es porque yo les mando casi todo lo que gano fuera del hospital. Es mi cruz. Mantener el decorado, para que no mueran en la miseria que merecen. Para que luego te quejes de los tuyos…

Alicia le miraba con una ternura infinita. La figura de Félix se agigantaba ante sus ojos: el héroe solitario que sostiene una farsa de lujo para unos padres que apenas sabían leer.

—¿Cómo has podido convertirte en lo que eres viniendo de... esto? —preguntó ella, señalando con la mano el horizonte baldío.

—Entre pastores y gañanes, hay mucho tiempo para el silencio, Alicia. Cuando era un chiquillo, un viejo cura del pueblo de al lado, un erudito, me tomó bajo su protección. Tenía una biblioteca que olía a sabiduría antigua. Allí pasé mis años leyendo a los clásicos, mientras mis padres se peleaban por el precio de la cebada. Él salvó mi alma y mi formación. Después, empecé a construir mis propios activos; a moverme en mercados que ellos no podrían ni pronunciar. Cada vez me siento más desligado de estas raíces. He querido traerte aquí para que veas mi herida. Para que decidas si quieres seguir vinculada a mí, ahora que sabes que mi sangre es tosca y mi familia infame.

Alicia le tomó las manos, conmovida por su supuesta vulnerabilidad.

—Félix, eres el hombre más noble que he conocido. Tu familia no te define. ¡Te define tu capacidad de haber salido de aquí sin mancharte! No tengo nada que decidir. Estoy contigo, ahora más que nunca.

Un rebaño de ovejas churras pasó cerca de ellos, guiadas por un perro famélico. Los animales se detuvieron un instante y, todos a la vez, fijaron en Félix sus ojos amarillos de pupilas horizontales. Había algo en su mirada, una quietud ancestral. Era como si las bestias, conocedoras de la verdadera naturaleza del polvo y de la sangre, percibieran el hedor de la mentira que emanaba de aquel hombre de ciudad. Parecían desaprobar la farsa con su silencio rumiante.

Ella contemplaba a las ovejas con la serena dulzura de una santa, en completa armonía con la naturaleza y su porvenir. Félix, en cambio, miraba fijamente a los animales con una mezcla de desprecio e ira. El efecto fue inmediato: en un chispazo de pánico instintivo, se deshizo el rebaño. Una estampida sorda de lana y pezuñas se alejó frente a ellos, sin que Alicia entendiera por qué.

El cementerio municipal descansaba sobre un altozano. Era un cuadrilátero de silencio; un recinto de muros encalados, de olor a flores secas, que el tiempo había empezado a devorar. Lo rodeaban cipreses raquíticos, que negaban la sombra a las lápidas partidas. Félix y Alicia caminaron por el pasillo central, sobre el crujido rítmico de los guijarros. El sibilante viento de la meseta a veces rompía el silencio, arrastrando lamentos de campesinos olvidados, bajo la luz de un sol agonizante.

—¿Es aquí donde descansa el terrateniente? —susurró Alicia, apretando la mano de Félix con una urgencia protectora.

Félix asintió con una rigidez cadavérica. Se detuvieron ante una tumba anónima. Era una losa de granito gris, limada por el

tiempo. Los años habían borrado el nombre del difunto, quedando en su lugar una cicatriz en la piedra. Félix se dejó caer de rodillas. Sus hombros empezaron a sacudirse en un espasmo violento y, de pronto, rompió a llorar con un sollozo desgarrador. Resonó en el recinto, como el aullido de una bestia herida.

Alicia, con el corazón encogido, se llevó las manos al pecho. Ver a aquel hombre de mármol, a su guía espiritual, desmoronado ante los restos de su ancestro, le pareció la imagen más pura de la tragedia humana. Entonces, la atmósfera cambió de forma atroz.

Félix se puso en pie con un movimiento brusco, casi eléctrico. Sus facciones, antes compungidas, se desencajaron en una mueca de odio primario, de una malignidad tan pura que Alicia fue incapaz de asimilar. Con una agilidad obscena, se encaramó al panteón vecino y, recortado contra el cielo plomizo, se desabrochó el pantalón. Ante la mirada petrificada de Alicia, Félix empezó a orinar. El chorro describió una parábola humeante que impactó, con un siseo rancio, sobre la lápida sin nombre.

—¡Maldito seas, viejo podrido! —rugió el avaro, mientras las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas en una contradicción fisiológica espantosa—. ¡Blasfemo de tu nombre y de tu estirpe! ¡Púdrete en el fango del que nunca debiste salir!

Los insultos y las blasfemias brotaban de su boca con una furia satánica. Era un espectáculo de una infamia sin precedentes: el llanto de la falsa pena mezclado con el chorro de la profanación. Alicia sentía que el mundo se abría bajo sus pies. Aquello no era solo una falta de respeto; era una violación del orden natural. Un sacrilegio en nombre del honor herido que ella, en su delirio, aún intentaba justificar.

Tras terminar la descarga, Félix se dejó caer de nuevo sobre la tierra removida, golpeando el polvo con los puños y ocultando su rostro entre los brazos. Así disimuló las convulsiones de una

carcajada enfermiza, que acabó disfrazando de llanto descontrolado.

Alicia se acercó, temblando, y le puso una mano en la espalda.

—Félix... por Dios, Félix... —logró decir, con la voz rota por el espanto y la compasión.

Él se dejó levantar, con los ojos inyectados en sangre y el rostro cubierto de barro y lágrimas fingidas. Se limpió la boca con el dorso de la mano y la miró con una vulnerabilidad conmovedora.

—Perdóname, Alicia... Necesitaba esta catarsis. El honor es lo único que nos separa de las bestias. Ese monstruo del que procedo envileció tanto nuestro linaje que preferiría abrirme las venas aquí mismo. ¡Para no compartir ni una gota de su sangre! ¡Me doy asco por llevar su apellido!

Alicia, totalmente anulada, rompió a llorar también. En su percepción distorsionada, la atrocidad de Félix no era locura, sino una sensibilidad moral digna de un héroe; la de un hombre tan recto que no podía soportar el deshonor. Abandonaron el cementerio en un silencio de granito, dejando atrás la tumba deshonrada. Alicia le rodeaba con sus brazos, ofreciéndole su apoyo; ignorante de que acababa de presenciar la cúspide de la depravación.

El avaro lo había demostrado: no respetaba la vida, ni la muerte; ni lo divino, ni lo humano. Su desprecio por todo era absoluto. Nada quedaba ya por profanar.

***

El sótano de la calle Claudio Coello olía a victoria y a humedad rancia. Félix y Arcadio estaban sentados frente a frente, con una botella de aguardiente barato sobre la mesa, cuya etiqueta despegada parecía el único signo de honestidad en aquella habitación. La luz de la bombilla, siempre oscilante, proyectaba

sombras en las paredes que parecían reírse de la decencia humana.

—Tengo que reconocerlo, Arcadio —dijo Félix, estirando sus largas piernas con satisfacción—. El decorado de La Mancha fue una obra maestra de la vulgaridad. Esos dos actores... esa grosería tan creíble... Fue el contrapunto perfecto para el «palacio de Alí Babá». Alicia salió de allí convencida de que soy un santo que ha nacido en un estercolero.

Arcadio soltó una carcajada y se sirvió un trago, derramando un cerco de alcohol sobre la madera podrida.

—¡Si supieras lo que disfruté, muchacho! —exclamó el viejo, frotándose las manos—. Estaba allí mismo, ¿sabes? ¡Cómo me gusta el teatro! Me disfracé de sirviente moro, con una túnica que me quedaba grande y un turbante que me tapaba media cara. Llevaba las bandejas de fruta y os observaba desde las sombras. Ver la cara de esa pobre estúpida mientras tu padre se hurgaba los dientes con un palillo… Eso valió cada céntimo. ¡Pagaría por volver a verlo!

Félix sonrió con un cinismo que hubiese helado la sangre de un verdugo. Se inclinó hacia delante, bajando la voz.

—Eso no fue nada, Arcadio. Lo mejor vino después, en el cementerio. La llevé ante una lápida sin nombre. Una piedra cualquiera, que no recordarán ni los gusanos. Dije que era la de mi abuelo, fingí el llanto de un huérfano de honor… Y terminé orinando en esa tumba.

Arcadio se quedó mudo un segundo, con el vaso a medio camino de la boca. De pronto, estalló en una risa histérica, golpeando la mesa con el puño.

—¡No! ¡Por todos los demonios! —gritaba entre risas—. ¿Te measte en esa tumba mientras llorabas? ¡Eres un genio, Félix! ¡Una auténtica bestia! ¿Y ella? ¿Qué hizo la iluminada?

—Lloraba conmigo —respondió Félix con una sonrisa despectiva—. Me ayudó a abrocharme la bragueta y me consoló.

Para ella, era una prueba de inmensa rectitud. Cree que profané la tumba por una cuestión moral. ¿Sabes por qué lo hice? Para ver hasta qué punto está anulada. Y porque tenía ganas de orinar, claro. Si no, hubiese escupido.

Arcadio dejó de reír y miró a Félix con una curiosidad genuina, casi científica.

—Dime una cosa, Félix... ¿Esa mujer es idiota? ¿Qué tiene, serrín en el cerebro?

Félix tomó el vaso y bebió un sorbo, haciendo una mueca de asco ante el alcohol de baja calidad.

—Pues no es idiota, Arcadio. De hecho, es inteligente —explicó—. Pero comete el error más común que existe. Utiliza todas sus facultades para una sola cosa: engañarse a sí misma. La gente no cree en la verdad. Creen lo que necesitan creer, con tal de que su mundo no se derrumbe. ¿Qué pasaría si no me viese como su guía espiritual? Se enfrentaría al dolor de la verdad: que ha malgastado su vida y se ha comido una rata por nada. Se aferra a la mentira con la fuerza de un náufrago. Cuanto más atroz es mi comportamiento, más retuerce su lógica para santificarlo.

—Has descrito la esencia de la estafa —murmuró Arcadio, complacido en sus recuerdos de usura y engaño—. Entonces, el dinero de Leopoldo está al caer, ¿no?

—El domingo que viene —concluyó Félix—. Después de ver mi sufrimiento en el cementerio, Alicia lo tiene claro: sus padres son unos bárbaros que malgastan el dinero. Solo yo puedo gestionar sus inversiones con rectitud. Leopoldo me entregará sus fondos, rezando para que los acepte. Estamos a un paso de vaciar la caja, Arcadio. Y lo mejor de todo: nos van a dar las gracias mientras les ponemos la soga al cuello. ¿Te apetece una casa con piscina? Te imagino pujando cuando subasten el chalet.

Chocaron sus copas en la podredumbre del sótano. Eran dos alimañas celebrando el desguace de una familia cuya ceguera no

tenía solución, a pesar de su templo oftalmológico. Estas ratas humanas sabían muy bien que, aunque los ojos ven, el espíritu observa, y el autoengaño es el velo más espeso.

Capítulo VIII - Jugando a ser mayores

La comida en el chalet de los padres de Alicia era un desafío a las leyes físicas. Era un lugar donde el tedio, ese invitado invisible, se enredaba en las agujas de los relojes y entorpecía su avance. No importaba que Félix lo consultase cien veces: siempre marcaba las tres menos cuarto.

Bajo la luz cenital del comedor, el servicio de mesa brillaba con una ostentación que se le hacía insoportable. Comían exactamente lo mismo de siempre, servido sobre la misma porcelana heredada, y la conversación fluía por los cauces de la rutina más absoluta: chismes sobre el club de golf, quejas sobre el servicio y el clima de Madrid. El avaro se sentía una extensión del mobiliario, inerte y decorativo, mientras su mente se perdía en algún cálculo fatal.

—Félix, respecto a lo que hablamos... —comenzó Leopoldo, con la voz temblorosa de quien se dispone a saltar al vacío—. No he dejado de darle vueltas a esa operación inmobiliaria en la Costa del Sol.

Félix ni siquiera levantó la vista de su copa.

—Por favor, Leopoldo, no hablemos de negocios un domingo. Disfrutemos de este magnífico vino y de la compañía. Qué más nos da el dinero, si nos sobra a todos.

—¡No, escúchame! —insistió el patriarca, inclinándose sobre la mesa, con una gota de sudor frío recorriéndole la sien—. Lo he estudiado al detalle. Mis asesores dicen que es una locura, pero son unos cobardes. He decidido rehipotecar este chalet y las otras dos propiedades que tenemos, la de Ibiza y la de la sierra. El banco me da un millón y medio de euros. Es mi apuesta, Félix.

El avaro dejó el cubierto con una parsimonia premeditada.

—Leopoldo, me niego. Te lo digo con todo el afecto, como si fueras mi padre. No voy a permitir que arriesgues el techo de tu familia por una inversión, por lucrativa que sea. Es una temeridad.

—¡Es mi dinero, maldita sea! —exclamó Leopoldo, con una chispa de desesperación en los ojos.

—Félix, creo que mi padre tiene razón —intervino Alicia, con esa voz lánguida y mística que había adoptado desde el sótano —. El dinero no vale tanto. Si tú dices que la operación es segura, ¿qué importa el ladrillo? De hecho, si hipotecamos el chalet, todavía quedaría mi piso de Chamberí, que está libre de cargas. Siempre sería un colchón por si algo saliera mal.

Leopoldo dio un golpe seco en la mesa que hizo saltar los cubiertos.

—¡No! Los colchones no sirven para ganar. Si vamos, vamos con todo. ¡Hipotecamos también el piso de Alicia, que además lo pagué yo! Con eso llegamos a los dos millones de euros. ¡Dos millones, Félix! Imagina el retorno.

Félix se puso en pie, dominando la mesa con su metro noventa, como un juez implacable. Su rostro reflejaba una indignación exquisita, una ofensa moral de alta alcurnia.

—¡Basta ya, Leopoldo! No voy a consentir este despropósito — dijo Félix con una firmeza que rozaba el desprecio—. Me niego a ser el instrumento de tu ruina. Si quieres jugar al casino con tu patrimonio, hazlo tú solo, pero no me pidas que sea el administrador de esa locura. ¿Vas a arriesgarte a quedarte en la calle, por una ambición desmedida?

—¿Desmedida? —rugió Leopoldo, perdiendo totalmente las formas, con el rostro enrojecido por una rabia que en realidad era pánico—. ¡Tú eres el que nos hablaste de la carrera de la rata! ¡Tú eres el que nos enseñó que el tiempo es lo único valioso! ¡Quiero mi tiempo, Félix! ¡Quiero jubilarme y no volver a ver un ojo enfermo en mi vida! ¡Toma el dinero y haz lo que

tengas que hacer! ¡No seas cobarde!

Félix guardó silencio. Alicia miraba a su padre con una mezcla de lástima y orgullo, creyendo que por fin el viejo había entendido la lección de desprendimiento que Félix les había dado.

—Está bien —susurró Félix tras un largo minuto, volviendo a sentarse con un gesto de derrota fingida—. Si quieres jugar a la ruleta rusa, no voy a quitarte la pistola. Pero que quede claro delante de Alicia y de Virginia: yo me opongo y te lo advertí. Traeré los contratos en unos días. Yo supervisaré las cuentas, pero la decisión es tuya.

Leopoldo se desplomó en su silla, respirando con dificultad, como si hubiera ganado una guerra que en realidad acababa de perder. Había entregado el millón y medio de los bancos, así como el refugio de su hija, a cambio de una arquitectura de humo. Félix le había vendido una quiebra técnica disfrazada de milagro. Una inversión cuyos cimientos tenían la solidez del delirio: esa falsa creencia osificada, vivida con la certeza de un axioma; pétrea e irreductible, blindada ante el asalto de la lógica.

La tensión en el comedor seguía siendo casi sólida. Félix los contemplaba como una araña desde el centro de su tela. Fijó los ojos en Leopoldo. El patriarca, con el rostro sudoroso y el nudo de la corbata ya deshecho, parecía un hombre que acababa de apostar su vida a una sola carta.

—En cualquier caso —dijo Félix, retomando su tono de prudencia calculadora—, la clínica no entra en esta ecuación. Pase lo que pase con la inversión inmobiliaria, vuestro centro médico debe quedar fuera. Es vuestro sustento, el mecanismo de salvaguarda definitivo, por si el mercado se vuelve contra nosotros.

Leopoldo soltó una carcajada amarga, un sonido seco que no mostraba ninguna alegría.

—¿La clínica, Félix? —dijo Leopoldo, haciendo un gesto de desprecio con la mano—. El edificio es alquilado. No poseemos ni un solo ladrillo de esa fachada vanguardista. Lo que vale de la clínica somos nosotros, Alicia y yo, vendiendo cada minuto de nuestras vidas. ¡Doce horas al día, y a veces más! ¿Sabes lo que queda si no operamos ni pasamos consulta? Un montón de instrumental caro que cada día vale menos, las cuotas del *leasing* que hay que pagar y el alquiler del edificio. ¡No es una salvaguarda, Félix! ¡Es una galera de esclavos!

Félix arqueó una ceja, fingiendo preocupación por aquellos galeotes de la oftalmología.

—¿Tienes otros activos, Leopoldo? Necesito quedarme tranquilo antes de mover esos dos millones. ¿Algún fondo de reserva? ¿Algún respaldo que no dependa de vuestro trabajo físico?

Leopoldo empezó a enumerar, con una mezcla de orgullo herido y resignación, una lista de posesiones que él creía valiosas. Para Félix, en cambio, no eran más que basura de lujo: un amarre en un club náutico de la costa, que devoraba miles de euros todos los años; un deportivo clásico, cuyo mantenimiento era un cáncer financiero, y acciones en clubes sociales exclusivos, donde se pagaba por el derecho a fingir importancia. Eran un inventario de vanidades, un rosario de lujos ostentosos que, lejos de de generar riqueza, la succionaban con la voracidad de un agujero negro.

—Y bueno... —añadió Leopoldo, enderezándose un poco y señalando su muñeca—, siempre nos quedará mi colección de relojes. Ya sabes lo que valen. Son piezas de inversión, valores refugio que no han dejado de subir desde que los compré. Alicia te lo habrá dicho: habrá medio millón de euros, sumando el valor de todas las piezas.

Félix miró a Leopoldo con una expresión que era casi ternura. Bajó la vista hacia el reloj que el patriarca lucía con orgullo: un cronógrafo que creía de platino. Gracias al trabajo de Rose y

Arcadio, ahora era una aleación de chatarra y gloria: acero cubierto con un baño de rodio.

—Efectivamente, Leopoldo —respondió Félix con un tono casi adulador—. Con una colección de relojes tan selectos, tan augustos… ¡Claro que estás cubierto frente a cualquier mala racha! Eso es la relojería. El arte de conservar el valor a través del tiempo. Es una tranquilidad saber que cuentas con ese respaldo real.

Leopoldo suspiró, aliviado por la bendición del falso profeta. Creyó que su gestión patrimonial recibía, por fin, la aprobación de Félix. Mientras el patriarca se sentía a salvo entre sus tesoros, el avaro tasaba los restos del naufragio: dos millones de euros —a repartir con Arcadio— y una colección de relojes que, como su dueño, eran solo apariencia sin sustancia.

—Bien —concluyó el joven, levantando su copa—. Siendo así, pronto firmaremos los poderes. ¡Por tu libertad, Leopoldo!

Alicia, satisfecha, sonrió con una beatitud mística. Por fin vería a su padre liberado de los grilletes de la materia. En parte era verdad, pues era exactamente el plan de Félix: que después del negocio no les quedasen ni las cadenas. El generoso Félix se desvivía por concederles su deseo: regalarles tiempo libre en estado puro. Un océano de horas a la intemperie más absoluta.

Leopoldo buscó ansioso la mirada de Félix, con una servidumbre patética. Se sentía pequeño, un mero artesano de la oftalmología frente al gigante de las finanzas que tenía sentado a la mesa.

—Félix, entiendo tus reparos —dijo Leopoldo, tratando de recuperar un tono de voz firme—. Sé que mi posición como padre de Alicia te hace ser doblemente cauteloso. Pero dime, ¿este grupo de inversores aceptaría a otros? Tengo algunos amigos, dueños de clínicas privadas y otros negocios, que se lanzarían de cabeza si yo les doy el visto bueno.

Félix dejó su copa sobre el mantel y suspiró con una mezcla de

cansancio y benevolencia.

—No echemos las campanas al vuelo, Leopoldo —respondió Félix, bajando su voz a un registro de confidencialidad casi sagrada—. Estamos hablando de un grupo extremadamente sólido, gente que opera en niveles que raramente trascienden al público general. En principio, la entrada de capital fresco siempre es bienvenida; pero el procedimiento es riguroso. Antes de que acepten un solo euro, realizan un estudio de solvencia económica exhaustivo. Quieren asegurarse de que los inversores sean personas que puedan acceder a estos planteamientos. Socios cuya estabilidad económica no dependa de ello.

Leopoldo tragó saliva con una dificultad que le raspó la garganta. Sabía parecer rico a ojos de otros; sabía incluso fingirlo ante el espejo. Sin embargo, una cuestión es aparentar, y otra muy diferente sería aprobar ese examen. Su supuesta fortuna, cimentada en la deuda y la apariencia, era un castillo de naipes financiero. La sola idea de ser rechazado por los socios de Félix le produjo una congoja insoportable.

—Incluso yo —continuó Félix con una humildad hiriente—, teniendo un patrimonio que, perdonadme la inmodestia, es muy superior al mundo de las clínicas y los chalets de lujo, tengo que presentar documentación exhaustiva cada vez que opero con ellos. No admiten advenedizos ni gente que juegue por encima de sus posibilidades. Es una cuestión de higiene financiera.

Félix observaba cómo Leopoldo palidecía. Había invertido los papeles: ahora no era Félix quien necesitaba el dinero de Leopoldo, sino Leopoldo quien precisaba cualificar para tener el honor de entregárselo. El patriarca estaba tan nervioso que sus manos jugueteaban compulsivamente con la servilleta.

—¿Y tú crees... que yo pasaré ese filtro? —preguntó Leopoldo con un hilo de voz.

Félix le dedicó una sonrisa tranquilizadora, la misma que un verdugo le daría al reo de muerte antes de ponerle la capucha.

—Yo haré todo lo posible para que así sea, Leopoldo. No te preocupes. De momento, ve hablando con esos otros candidatos que mencionas. Si son gente de peso, reforzará vuestra posición de grupo. Pero tened algo claro: una reunión presencial con los gestores será inexcusable para dar comienzo a las inversiones. Ellos querrán veros la cara, oler vuestro compromiso.

Leopoldo asintió con fervor, sintiéndose de repente parte de una élite oscura y poderosa. No sospechaba que la reunión con los gestores sería otra obra de teatro, de las que le gustaban a Arcadio.

Félix se puso en pie para despedirse. En el ambiente, vibraba una mezcla de pánico y codicia. El patriarca ya estaba donde él quería: completamente a su merced. El avaro estrechó su mano; le dio un abrazo cálido y una sonrisa de cómplice. Miraba a Leopoldo, pero veía una res. Una bestia sobre el altar de un dios pagano, complacida de ser sacrificada.

***

A los pocos días, llegó la ansiada reunión. La sala de juntas de un hotel, en plena Castellana, exudaba una opulencia despiadada. Arcadio no había reparado en gastos: una moqueta técnica que silenciaba la pisada, una mesa de ébano kilométrica y un despliegue tecnológico digno de un centro de mando global. El aire era una mezcla de café de especialidad y el olor acre a cera de ebanista, con la que habían sacado brillo a la mesa. Un aroma que olía a solidez y a siglos de patrimonio.

Arcadio presidía la mesa. Llevaba un traje sastre de tres piezas y gafas de montura de carey. Su aspecto de usurero decrépito había sido sepultado bajo un aplomo institucional. Emanaba la autoridad del accionista mayoritario, que no necesita hablar para ser obedecido. A su izquierda, un hombre negro, elegante y críptico, no despegaba la vista de un cuadernillo de cuero.

Documentaba cada gesto con una sonrisa de esfinge, tan impasible que erizaba la piel.

Los aspirantes a la fortuna fácil entraron en la sala con la reverencia de quien pisa un templo. Leopoldo encabezaba el grupo, seguido por el doctor Fraile, un traumatólogo cuyas manos, precisas en el quirófano, traicionaban su temple ante el temblor de la codicia. Álvaro, un abogado de divorcios curtido en la desgracia ajena, intentaba sostener un escepticismo que terminó por estrellarse contra el brillo del ébano. Don Francisco cerraba la marcha, observando embobado, con su mirada miope, aquel despliegue de poder.

— *Mesdames, messieurs...* —comenzó un ponente de acento francés y rasgos afilados—, el tiempo es el único activo que no se puede fabricar; pero nosotros hemos aprendido a comprimirlo.

Se apagaron las luces. En la pantalla gigante, emergieron imágenes generadas por inteligencia artificial. Proyectaban complejos en la Costa del Sol con una perfección que hería la vista: mármoles centelleantes bajo un sol perpetuo y piscinas que se fundían con un Mediterráneo de cristal. Los gráficos desplegaban curvas de crecimiento que desafiaban a la gravedad y al sentido común.

—Como bien sabe el señor Félix —dijo el francés, señalando con un láser al joven, que permanecía en la sombra con los brazos cruzados—, la clave no es el ladrillo, sino el arbitraje sobre el valor futuro. Félix participó en nuestra operación de Sotogrande hace tres años. ¿Podría recordarnos el retorno, don Félix?

—Un trescientos cuarenta por ciento en dieciocho meses — respondió Félix con voz monótona, como si citara el precio del pan.

Al oír la cifra, los cuatro amigos sufrieron una metamorfosis. Sus rostros se tensaron con una voracidad depredadora. Don Francisco se frotó las manos con tal intensidad que el ruido de la

piel seca resonó en el silencio. Como Leopoldo, eran hombres de éxito aparente, prisioneros en su propia rueda de hámster. Su tren de vida les obligaba a facturar hasta el último suspiro para no ser devorados por los bancos. Aquella presentación era la oportunidad de redimirse; la promesa de que, por fin, el dinero trabajaría para ellos.

—No aceptamos a cualquiera —sentenció Arcadio con voz rasposa—. En la alta finanza, la duda es el único pecado mortal. ¡Muchos son los llamados, pocos los elegidos!

Leopoldo dirigió a sus amigos una mirada altanera, con un orgullo penoso. Se sentía el descubridor de El Dorado. Ninguno sospechaba que las fotos eran píxeles vacíos, que el francés era un actor —recién rescatado del paro— y que el hombre que tomaba notas solo dibujaba garabatos para no reírse.

Félix, desde su rincón, sentía una náusea intelectual. Allí estaban los pilares de la sociedad, babeando ante una pantalla; entregando las escrituras de sus vidas a un viejo farsante, que les despreciaba más que a las ratas de su sótano.

Cuando la puerta lateral se abrió, el aire pareció electrificarse; sufrió una caída térmica repentina, como si el cristal del mundo se hubiese fracturado. Entró una mujer de unos cuarenta años que, más que caminar, se desplazaba con la precisión de un metrónomo. Su elegancia no era ornamental, sino cortante; una suerte de armadura textil, un traje azul medianoche, cuya sobriedad absoluta repelía la luz en lugar de reflejarla.

Su cabello, de un rubio ceniza casi metálico, se cerraba en un moño tan rígido que no permitía ni un milímetro de desorden. La tensión del peinado estiraba la piel de sus pómulos, altos y aristocráticos, que parecían tallados en marfil. Sus ojos, de un azul glacial casi traslúcido, estaban desprovistos de cualquier rastro de calidez humana.

Sus *stilettos* golpeaban el suelo con la cadencia de un péndulo implacable. El sonido de sus tacones, seco y autoritario, obligaba

a los presentes a ajustar sus latidos al ritmo de sus pasos. No exhalaba perfume, sino el vapor aséptico de una sala de servidores; una mezcla de ozono y metal frío. Poseía una belleza que no invitaba al romance, sino a la rendición. Era la encarnación del capital, ajena a sentimientos. Una inteligencia que, si se pudiera separar del cuerpo, quedaría en puro cálculo sin alma.

— *Bonjour*. Soy Sophie, Directora de Riesgos y Cumplimiento —dijo con acento francés, más sutil y elegante que el ponente anterior. Una voz que sonaba a terciopelo sobre acero.

Se situó frente a los accionistas y, sin sentarse, abrió una carpeta de piel negra. No les dirigió una sonrisa, sino una evaluación clínica. Sus ojos eran lentes de precisión que no veían personas, sino flujos de caja. Bajo su escrutinio, Leopoldo y sus amigos se sintieron pequeños y desnudos, como simples errores en una hoja de balance.

—Don Félix ya les habrá advertido —comenzó Sophie, con una frialdad heladora—. Nosotros no gestionamos dinero, gestionamos solvencia. Participar en este proyecto no es un derecho que se compra. Es una cualificación que se demuestra.

Empezó a repartir unas carpetas grises con el sello de la compañía en relieve. Dentro, la lista de requerimientos financieros era una pesadilla burocrática: escrituras originales, certificados de cargas registrales actualizados, extractos bancarios de los últimos cinco años, declaraciones de patrimonio neto auditadas y una serie de formularios de *compliance* internacional, que parecían diseñados por la Interpol. Un instrumento para realizar una autopsia sobre sus vidas y sus finanzas personales.

—Tienen setenta y dos horas para reunir esta documentación —sentenció Sophie—. Sabemos que es un plazo agresivo, pero el mercado no espera a los que no tienen sus asuntos en orden.

El doctor Fraile y Álvaro, el abogado, se miraron. En sus ojos

no había indignación por la invasión de su privacidad, sino un pánico visceral. Fraile pensó en la hipoteca de su casa en la sierra, que aún distaba bastante de estar limpia; Álvaro recordó ciertos movimientos de capital en su propio divorcio, que preferiría no detallar. Sin embargo, por encima de todo, lo que sentían era el miedo a no dar la talla.

Era una emoción primitiva, casi infantil. Aquellos hombres, que en sus despachos jugaban a ser dioses, se sentían ahora como chiquillos suplicando el ingreso en el club de los mayores. El rechazo les resultaba más humillante que la ruina. Si les cerraban las puertas, tendrían que enfrentarse a una realidad insoportable: que su éxito, sus coches y sus chalets de lujo eran solo la toalla que un niño se anuda al cuello, a modo de capa, para sentirse un superhéroe.

—Es probable —añadió Sophie, cerrando su carpeta con un chasquido seco— que alguno de ustedes sea rechazado tras el análisis. No es nada personal, *messieurs*. Es solo la fría cifra. Es nuestro mecanismo de protección. Preferimos un fondo más pequeño, con socios impecables, que una masa de capital contaminada por la inestabilidad.

Don Francisco tragó saliva. Se sentía un intruso, sucio e indigno. Miró a Félix, que permanecía apoyado en la pared, con una expresión de leve aburrimiento; como si la burocracia de Sophie fuera un trámite molesto, pero necesario para la gente de su rango. Esa mirada fue el golpe definitivo: todos decidieron, en ese instante, que harían lo que fuera, que falsificarían, que empeñarían hasta el apellido… Estaban dispuestos a revolcarse en el fango del perjurio, o a subastar su honor, con tal de que aquella mujer les considerara aptos. La ambición era tan ciega que no buscaba beneficios, sino validación. Querían que Sophie les abriera la puerta para dejar de ser «burgueses con buenos sueldos» y convertirse en «capitalistas que poseen».

—¿Alguna pregunta? —preguntó ella con una ceja levantada.

Nadie osó hablar. El silencio era el de los condenados que

aceptan el juicio.

—Bien. Tienen mi contacto. *Bonne chance.*

Sophie abandonó la estancia tan rápido como había entrado. Arcadio, desde la cabecera, hizo un gesto de despedida con la mano, como si ya hubiera perdido el interés en ellos. Leopoldo se levantó el primero, con la carpeta gris apretada contra el pecho, como si fuera un tesoro sagrado. Se disponía a correr hacia su gestoría, a remover cielo y tierra si fuera necesario. Se sentía aterrado ante el rechazo, pero afortunado por la oportunidad de someterse al examen.

El avaro, en la sombra, sonrió. El anzuelo de la exclusividad había penetrado hasta el hueso. Casi pudo oírse el crujido.

***

A los tres días, tuvo lugar la siguiente reunión. El despacho era una cápsula de cristal y acero, en un edificio anodino de la zona de AZCA —el distrito financiero de la ciudad, donde el dinero no tiene rostro—. A diferencia de la opulencia del hotel, este espacio era de un minimalismo agresivo, intencionadamente frío e impersonal. No había cuadros, solo el reflejo del cielo gris de Madrid en los ventanales. Arcadio, desde la propiedad legal del inmueble —oculta tras varias capas de sociedades interpuestas—, había diseñado un escenario donde no hubiera distracciones: solo los inversores, enfrentados al vacío de su propio balance, mientras eran juzgados por Sophie.

La francesa estaba sentada tras una mesa de cristal negro, sin un solo papel fuera de su sitio. Frente a ella, Leopoldo y sus tres amigos ocupaban unas sillas ergonómicas que, por su diseño, forzaban una inclinación hacia delante; una postura de sumisión inconsciente. Ella, sin mediar palabra, los examinaba con sus inquisitivos ojos claros, con una expresión tan inmóvil que su rostro parecía una escultura de hielo. Los aspirantes eran

incapaces de sostener su mirada. Jugueteaban nerviosos con los dedos, manoseando cualquier objeto a su alcance, y en algún caso movían nerviosamente las piernas y los pies.

—He analizado sus expedientes —comenzó Sophie, rompiendo el silencio con la precisión de un bisturí—. Y debo confesarles que mi recomendación inicial al comité ha sido el rechazo unánime.

Un frío glacial recorrió la columna de los cuatro hombres. El doctor Fraile apretó los puños; Leopoldo sintió que el aire del despacho se volvía escaso.

—Me resulta... fascinante —continuó la francesa, paseando la mirada por cada uno de ellos con un desprecio sutil, casi estético —. Son ustedes cirujanos de renombre, abogados de prestigio. Facturan cantidades que harían palidecer a cualquier alto ejecutivo. Y sin embargo, sus balances son una oda a la precariedad decorada. ¿Cómo es posible que sus negocios, que ingresan millones, dejen un patrimonio neto tan exiguo?

Sophie hizo una pausa deliberada, dejando que la pregunta calara hondo en sus conciencias.

—Chalets en urbanizaciones de lujo, sí; pero hipotecados al ochenta por ciento. Vehículos de alta gama comprados mediante *leasing* o a plazos... ¿Siendo gente de su nivel? Esto es una conducta de adolescente. Un onanismo financiero. Parece que les importan más las opiniones de sus vecinos que la solidez de sus balances.

La humillación no era manifiesta. No había gritos ni insultos, pero la elegancia de Sophie la hacía más dolorosa. Les estaba arrancando el disfraz de señores para mostrarles lo que realmente eran: esclavos de un tren de vida que no les pertenecía. Leopoldo, que tenía edad para ser el padre de Sophie, bajó la mirada, avergonzado de que una mujer tan joven hubiera detectado la fragilidad de su castillo de arena. Se sentía como un alumno descubierto en una falta vergonzosa.

—Usted, doctor Fraile... —Sophie clavó sus ojos en el médico —. ¿Realmente necesita ese segundo *Porsche*, cuando su cuenta de ahorros no cubre tres meses de inactividad? Y usted, Álvaro... Su despacho es una máquina de generar honorarios, pero su liquidez personal es irrisoria para alguien de su veteranía.

Los cuatro hombres empezaron a justificarse, balbuceando excusas sobre «costes de representación», «necesidades familiares» y «el mercado». Sophie los escuchaba con una ceja alzada y una expresión de aburrimiento que acentuaba su angustia.

Félix, apoyado en una columna de hormigón visto, en el rincón más oscuro del despacho, permanecía en un silencio absoluto. Disfrutaba de cada espasmo de inseguridad de Leopoldo, de cada gota de sudor en la frente de Fraile. Era un sadismo refinado: ver a los supuestos triunfadores de la sociedad madrileña rogando por la aprobación de una estafadora francesa, porque no soportaban la idea de ser declarados financieramente indignos.

Sophie prosiguió hablando, con una cadencia metálica, desgranando términos como «volatilidad implícita» y «apalancamiento asimétrico» con la frialdad de quien dicta una sentencia judicial. Leopoldo la miraba fijamente, pero sus ojos ya no seguían el baile de las cifras. Se quedó hipnotizado por el movimiento de los labios de Sophie, finos y pintados de un rojo tan oscuro que parecía sangre seca, y por la rigidez de su postura, que exhalaba un aroma a autoridad absoluta.

De pronto, en la mente de Leopoldo, el despacho desapareció. La mesa que le separaba de Sophie se transformó en un suelo brillante y negro. Se vio a sí mismo, despojado de su traje de dos mil euros, de rodillas frente a ella. Sophie no llevaba su chaqueta de ejecutiva, sino una armadura de cuero, que crujía con cada uno de sus movimientos. En su mano derecha, jugueteaba con una fusta negra, golpeando rítmicamente la palma de la otra mano. La expresión de la mujer era un glaciar: le miraba como se mira a un insecto molesto. Leopoldo sentía un placer humillante,

una urgencia por ser castigado; por entregarle no solo su dinero, sino su dignidad de patriarca caído. Estaba a punto de suplicar el primer golpe cuando la voz de Sophie, seca como un disparo, le devolvió al cristal de AZCA.

—¿Le parece a usted una prima de riesgo aceptable, doctor, o prefiere que ajustemos el margen de garantía?

La voz de Sophie rasgó la fantasía como un escalpelo. Leopoldo parpadeó, desorientado. El sudor le goteaba en la frente y su boca estaba seca. Miró a Sophie, que le observaba con un gesto interrogante, esperando una respuesta técnica que él ya no poseía. Ni siquiera había oído la pregunta. Solo quedaba el eco de una sumisión invisible: el escozor de la fusta que nunca llegó a caer.

—Yo... —articuló Leopoldo, buscando aire, con expresión estúpida—, yo confío plenamente en el criterio de Félix... y en el suyo, por supuesto. Es... es una cifra muy sugerente.

Sophie y Félix intercambiaron una mirada helada. En ese instante de silencio patético, ambos comprendieron que Leopoldo ya no era un inversor engañado; era una víctima destinada al sacrificio, con la mente tan vacía como muy pronto lo estarían sus cuentas.

De pronto, Sophie cerró la carpeta y esbozó una sonrisa fría.

—Sin embargo —dijo, suavizando el tono solo un matiz—, don Félix, aquí presente, ha insistido personalmente en su solvencia moral. Por deferencia a él, el comité ha decidido que están dentro... si lo desean.

El alivio que inundó la sala rozaba lo indecoroso. Los cuatro hombres parecieron rejuvenecer en un segundo. La gratitud que sentían hacia Félix era, en ese momento, tan profunda como si les hubiese librado de la muerte.

—Tienen cuarenta y ocho horas para pensárselo —añadió Sophie, levantándose con agilidad—. Estas decisiones no se toman a la ligera, señores. Si entran, es con todo el compromiso.

Si dudan, prefiero que se retiren ahora. No queremos personas que no sepan lo que es la determinación.

Se marchó sin darles la mano. Leopoldo y sus amigos permanecieron allí, con las carpetas apretadas contra el pecho. Se sentían como admitidos en el Olimpo, después de haber purgado sus pecados. Lejos de temer un robo, se sentían entre los elegidos.

Félix dio un paso hacia la luz, mirándolos con una fingida preocupación.

—Ha sido duro, lo sé —susurró—. Pero Sophie solo busca lo mejor para el grupo. ¿Estáis seguros de que queréis seguir adelante? Todavía podéis cambiar de opinión.

—¡Ni hablar! —exclamó Leopoldo, con una luz demente en los ojos—. Mañana mismo tienes las transferencias. No vamos a decepcionar a nadie, Félix. ¡Gracias, amigo! De verdad, gracias.

Cuando las víctimas desaparecieron tras el umbral, el avaro esbozó una mueca lenta y satisfecha. No era un simple gesto de triunfo, sino de sadismo saciado. Se sentía realizado, colmado por esa dicha inefable, profunda y espiritual, que solo conocen quienes han cumplido con su propósito en el mundo. Se sentó a solas frente al ventanal y contempló Madrid desde la altura.

El astro rey, en su lento declive, le parecía bendecir su obra. Con sus últimos rayos, bañaba los tejados con una luz dorada que se filtraba en el despacho como una recompensa divina. Félix respiró hondo, inundado por una serenidad mística; era la plenitud del alma que se siente en comunión con el orden natural, donde el fuerte cosecha lo que los débiles siembran. Se quedó allí, inmóvil, observando cómo los últimos reflejos encendían las ventanas de la ciudad, como ofrendas en su honor. Se sentía un hombre pleno, y degustaba su paz interior en absoluto silencio.

***

Al domingo siguiente, Félix se excusó: no acudiría a la habitual comida en casa de los padres de Alicia. Su ausencia dejó un vacío de gravedad que Leopoldo se apresuró a llenar con los escombros de su propio ego. Sin la mirada del patólogo, el comedor del chalet se transformó en el escenario de una epopeya imaginaria. Virginia servía el vino con una reverencia renovada. Mientras, Alicia permanecía como una figura de cera con las pupilas fijas, sumida en ese retiro místico, donde el regusto oscuro de la rata todavía era el sustrato de su fe.

Leopoldo, con el rostro encendido y los gestos expansivos de un conquistador, relataba su versión del encuentro en AZCA.

—¡Tendrías que haberme visto, Virginia! —decía, trinchando la carne con una energía violenta—. Entramos y se hizo el silencio. Sophie, esa francesa de hielo, no apartaba los ojos de mi balance. ¡Se quedaron de piedra! Les impresioné con mi volumen de facturación, con la solidez de la clínica... Prácticamente, me rogó que liderara el grupo.

Virginia asentía con un fervor que rozaba el fanatismo.

—Siempre supe que eras el mejor, Leopoldo. Esos franceses sabrán de números, pero no saben lo que es un hombre de casta.

—¡Y mis amigos! —continuó él, con una carcajada de arrogancia tóxica—. ¡Pobrecillos! Estaban allí, encogidos, balbuceando excusas por sus deudas. Casi los descartan. Sophie me miraba como diciendo: «doctor, usted juega en otra liga». A ver cómo te lo digo... —bajó la voz con grosería triunfal—, en esa sala quedó claro: ¡la tengo más grande que todos ellos juntos! Financieramente hablando, claro —añadió guiñando un ojo—. ¡Soy el macho alfa de la operación!

Alicia levantó la vista. Las palabras de su padre le llegaban como el ruido de una civilización lejana y bárbara. Para ella, el mundo real —el de la privación— seguía su curso. No le corrigió ni le aplaudió; su impasibilidad era el desprecio de quien se siente en la quinta esfera de la iluminación.

Rose entró en el comedor portando la ensalada. Se movía como una sombra. Aunque apenas hablaba español, captaba términos como «millones», «éxito» y «dominación». La sirvienta, que ya había vaciado la mitad del joyero de Virginia para entregárselo a Félix, sentía una risa amarga en la garganta. Miraba a Leopoldo y veía un espantapájaros vestido de seda. Comprendía, con la fina intuición del oprimido, que el señor se desquitaba de su propia irrelevancia; intentando paliar a gritos el silencio inminente de su ruina.

—Félix está muy orgulloso de mí —se jactó Leopoldo, henchido el pecho—. Me ha dicho que soy el inversor más sólido que han visto en años.

Nadie es más hábil que un resentido para distorsionar la realidad. Félix le había despreciado, Sophie le había humillado y sus amigos solo estaban allí porque el avaro necesitaba más carne en la picadora. Pero en aquel comedor, Leopoldo necesitaba creerse un gigante.

—¿Te pasa algo, Alicia? No dices nada —preguntó Leopoldo, molesto por su falta de aplausos y entusiasmo.

—Estoy bien, papá —respondió ella con una voz plana, de una humildad ausente—. Me alegra que hayas encontrado tu lugar en el mundo de la materia. Yo sigo buscando el mío en el espíritu.

Leopoldo la miró con desconcierto y volvió a su plato, masticando los restos de su victoria inventada. El contraste era absoluto: la mesa rebosaba de manjares, pero en el aire flotaba una insolvencia moral que Rose podía oler perfectamente. El patriarca oficiaba su propio funeral, creyendo que era su coronación. No sabía que el banquete que devoraba con tanta ansia era la última cena de un condenado, servida en platos que ya ni siquiera eran suyos.

Capítulo IX - Honrarás a tu padre y a tu madre

Los avaros se reunieron en una cafetería decadente. Era un local de mesas de fórmica y olor a fritura, en una calle secundaria de Tetuán. Un lugar donde nadie buscaría a dos hombres que acababan de drenar diez millones de euros de las venas de la burguesía. En eso quedó la cantidad final, sumando los esfuerzos de todos los amigos de Leopoldo. Félix y Arcadio se sentaron frente a dos cafés solos, negros y amargos como la tinta de una esquela.

—Diez millones, muchacho —susurró Arcadio, paladeando la cifra como si fuera un vino de reserva—. Diez millones de euros que han migrado de las hipotecas y los esfuerzos de esos payasos a nuestras cuentas en el extranjero. Es una carnicería perfecta, sin sangre ni gritos.

Félix removió su café con una lentitud mecánica. Sus ojos, dos pozos de ambición, no reflejaban satisfacción, sino el hambre insaciable de quien descubre que el mundo es un plato demasiado pequeño.

—Son diez millones, Arcadio, pero ahora me resultan calderilla —sentenció Félix con frialdad y una nota de insatisfacción—. Soy como un niño glotón en una tienda de chucherías: cuanto más como, más quiero comer. El dinero es para mí un objeto de culto, de contemplación… Pero la belleza está el despojo. No hay nada más soberbio. ¡Poder vaciar a un hombre mientras te da las gracias! Esto solo es el principio. He descubierto que la gente está deseando ser esclavizada, si dices lo que quieren oír. No es nada personal contra Alicia y su familia. Se lo hubiera hecho a cualquiera que me lo hubiese

permitido.

Arcadio suspiró mirando al joven, con un gesto de sabiduría cansada. Se ajustó la bufanda raída, un gesto instintivo de quien siempre tiene frío, aunque posea el sol.

—Tengo ochenta y cinco años, Félix —murmuró el viejo—. Podría comprar este barrio entero, podría vivir en el Ritz y comer en platos de oro, pero aquí me tienes… En el barucho más miserable de Madrid, tomándome este café. Te juro por mi madre que la sola idea de pagarlo me produce una punzada de culpa. Gastar dinero me duele lo mismo que cuando no tenía nada. Es una enfermedad. Soy adicto al número que crece en la pantalla. Colecciono dinero, como quien colecciona sellos; pero soy incapaz de disfrutar de lo que representa.

—Eso es lo que nos une, Arcadio —asintió Félix—. El desprecio por el consumo. ¡El poder no es gastar, sino tener! El gasto es para los débiles como Leopoldo, para los que necesitan que los demás les validen, que aplaudan un éxito que exageran y hasta simulan. Son egos frágiles, una panda de acomplejados. Nosotros somos los dueños del motor, no los que disfrutan del viaje. ¡Y su viaje termina donde nosotros les llevemos!

Arcadio guardó silencio un momento, mirando el fondo de su taza con una tristeza que Félix no alcanzaba a comprender.

—A veces, en la cama, en esa penumbra donde uno siente la guadaña cerca —dijo Arcadio con voz rota—, me doy cuenta de que lo poseo todo y no he disfrutado de nada. No he tenido amigos, no he tenido amores que no costasen dinero, no he tenido más placer que el de la resta ajena. Estoy al final del camino, Félix, y mi tesoro es una montaña de papel que no me servirá para sobornar a la muerte. Siento una sombra de... No sé si llamarlo arrepentimiento. Y no es por lo que he hecho, sino porque, tal vez, he sido un idiota muy rico.

Félix ni siquiera parpadeó ante la confesión del anciano. Su ambición era una flecha lanzada al vacío, que no admitía

reflexiones sobre la finitud.

—Tu error es pensar que el dinero es para disfrutarlo —replicó Félix—. El dinero es para ser más. Yo no quiero un final de trayecto, quiero el trayecto infinito. Si te sientes vacío, es porque has dejado de mirar hacia adelante. Tampoco te culpo, a tu edad es normal… Pero yo acabo de aprender a cazar, y el juego me gusta demasiado.

Arcadio miró a Félix con expresión de aburrimiento incrédulo.

—Todo avaro nace filósofo, Arcadio, y sabe que va a morir. Un poco antes o un poco después —insistió Félix, al ver que sus palabras no calaban en el anciano—. ¿Ya no te acuerdas? El dinero es lo único inmortal en nosotros, el único órgano que no envejece ni muere. ¡Lo dijiste tú! Lo que acumules refleja cómo has aprovechado el tiempo. Eso ha valido tu vida, ni más ni menos. ¡Tú deberías estar orgulloso, Arcadio!

Félix se levantó, ajustándose el abrigo con una elegancia que contrastaba con el entorno mugriento. Arcadio le imitó, con movimientos lentos y pesados.

—¿Pagamos? —preguntó el viejo por inercia.

Félix esbozó una sonrisa de hiena.

—¿Para qué? Hay fútbol en la tele, el camarero está distraído y la puerta está ahí mismo.

Se deslizaron entre los clientes como dos sombras acostumbradas a no dejar rastro. Salieron a la calle sin mirar atrás, confundiéndose entre la multitud anónima de Madrid. Dos hombres, con millones en el bolsillo, huyendo por el precio de dos cafés; unidos por la misma patología del infinito. Tan poderosos como miserables.

***

Las semanas siguientes al gran trasvase de capital fueron para

Félix una sucesión de gestos calculados. Una coreografía de la normalidad ejecutada sobre un abismo de billetes. Su vida transcurría con una disciplina mecánica; cada acto era un ejercicio de precisión e indiferencia. En el hospital, sus mañanas se disolvían tras la lente del microscopio analizando biopsias, ajeno a cualquier realidad más allá del portaobjetos. Algunas tardes, esa rutina derivaba en delincuencia técnica. Junto a Fernando, orquestaba el saqueo a las aseguradoras: un despliegue de informes falsos y consultas imaginarias, diseñados para engañar a esos gigantes ciegos. El dinero fluía hacia sus cuentas con la constancia de un grifo mal cerrado.

Por las noches, el escenario cambiaba, pero el engaño persistía. Las cenas con Alicia eran ejercicios de ascesis compartida. Ella hablaba de desapego en tono místico y veía en Félix no solo al hombre que amaba, sino a un guía espiritual. Nunca sospechó que aquel apuesto caballero que le acariciaba la mano, con esa tierna sonrisa, no era el santo que ella creía, sino el mayor monstruo moral.

Su colchón en el sótano —aquel refugio de humedad y sombras— se había convertido en un túmulo de papel moneda. Entre el sueldo del hospital, el goteo de las estafas y el botín de los relojes, Félix custodiaba allí más de medio millón en efectivo. Acariciar aquellos fajos en la penumbra era su única forma de oración.

Todos sus actos, fueran útiles para otros o provechosos para sí mismo, estaban desprovistos de emoción. El juicio de sus acciones se reducía a una lógica binaria: «¿Esto me acerca a mi objetivo?». Si la respuesta era no, la desechaba sin parpadear. Sin embargo, el destino, que gusta de las simetrías crueles, le deparó una sorpresa que no pudo anticipar: una llamada de sus padres anunciando una visita a Madrid.

La noticia le provocó una irritación física, una molesta interferencia en su frecuencia de radio. Para proteger el secreto de su verdadera guarida, recurrió a un ático que Arcadio

mantenía vacío: una pieza de diseño minimalista, de estancias desnudas y una terraza que dominaba la Castellana. El viejo lo había cazado a precio de saldo, aprovechando el naufragio financiero de una familia pudiente. Desde aquella altura, la vista alcanzaba el oeste de Madrid y la mancha verde de la Casa de Campo. Era una propiedad cuyo valor de mercado, según calculó Félix, al menos duplicaba al del chalet del patriarca.

El lujo del portal impresionó a sus padres, que prefirieron guardar silencio. Al alcanzar la puerta del ático, cruzaron el umbral con la cautela de quien se adentra en un mundo desconocido. Eran personas de clase media, de ademanes discretos y vestimenta sencilla. Julián, profesor de filosofía próximo a la jubilación, lucía un jersey echado sobre los hombros; a él le debía Félix esa vasta cultura humanística que contrastaba con su juventud. Su madre, Carmen, también docente, era bilingüe en inglés gracias a su ascendencia irlandesa; un legado que explicaba la destreza del propio Félix con el idioma.

Mientras subían, desgranaban anécdotas del pueblo y salpicaban la charla con preguntas sobre el hospital, envueltos en una cotidianidad inofensiva. Nada en ellos evocaba a los «bárbaros de La Mancha» que Arcadio había fabulado para engañar a Alicia. Eran, sencillamente, dos personas definibles por una expresión que parece no decir nada y que, a la vez, lo dice todo: gente normal.

—¿Pero cuánto pagas por esto, hijo? —preguntó su madre, mirando atónita a su alrededor—. ¡Esto es exagerado! Tantos cristales... ¿quién limpia esto?

—No te preocupes, mamá —respondió Félix, forzando una sonrisa que le tensaba los músculos del cuello—. Es de un amigo, del padre de un colega del hospital. Me lo deja a buen precio porque sabe que soy de confianza. Barato no es, para qué engañaros; pero prefiero pagar un poco más, porque les conozco y son gente de bien. Así no me arriesgo a tener un casero de los

que se desentienden cuando les toca reparar algo.

—Félix —intervino su padre con el tono didáctico y polvoriento que utilizaba en sus clases—, no te acostumbres a este nivel de vida. No podemos mandarte dinero todos los meses para que vivas en la opulencia. Una cosa es una ayuda para empezar y otra es este... este derroche de metros cuadrados. Yo no había visto una casa así en toda mi vida. ¡Menudas vistas! ¡Casi se alcanza a ver el mar!

La distancia que mediaba entre ellos era más vasta que la que separaba Madrid de su pueblo. Félix los escuchaba como si hablaran un dialecto arcaico y carente de sentido; una lengua muerta que ya no significa nada. ¿Dinero para vivir? Él ocultaba bajo el colchón más capital del que sus padres habían reunido en toda una vida de docencia, pero se obligaba a sostener aquella farsa de mediocridad asfixiante.

Se sentaron a la mesa en una casa de comidas de barrio, un local con manteles de papel y olor a aceite refrito, que Félix había elegido con precisión estratégica. Era el escenario perfecto para un hijo abnegado que sobrevive con lo justo, con lo poco que le quedaba una vez pagado el alquiler. Sus padres, que venían a verle desde su pueblo de origen, en la provincia de Ciudad Real, le miraban con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Te hemos traído un queso de la cooperativa, Félix —dijo su madre.

Carmen sacó del bolso un bulto envuelto en paño blanco. Se lo entregó con ese cariño que solo una madre es capaz de imprimir a cualquier acto cotidiano.

—Es el que te gustaba de niño, tu favorito de siempre —continuó—. El que la abuela tenía para ti cuando ibas a su casa, ¿ya no te acuerdas? Tu padre fue el otro día a encargarlo a propósito. Tómalo, hijo. Es un trocito de tu tierra. Seguro que te trae recuerdos.

Recibió el paquete con la punta de los dedos, frunciendo ligeramente el ceño, como si manejara un residuo biológico. Un intenso aroma a leche de oveja inundó la mesa, pero él no sintió nostalgia, sino náuseas. Aquel sentimentalismo provinciano le resultaba bochornoso. Félix era un consumado artista del engaño; sin embargo, ante sus padres no se molestó en ajustar su máscara ni en fingir calidez.

—Gracias —respondió él, con una voz tan áspera que hizo que su madre retirara la mano—. Pero ya sabéis que apenas como en casa. No deberíais gastar el dinero en estas cosas.

—Hijo, lo hacemos con gusto —intervino Julián, sacando una cartera gastada—. Aquí tienes lo de este mes para el alquiler. Sabemos que Madrid es caro y que en el hospital os pagan una miseria al principio. No queremos que pases estrecheces, pero no te excedas. Esa casa te va a arruinar.

Félix se guardó el sobre sin pestañear. Un dinero que olía a sueldo mediano, ahorro y toda una vida de trabajo honrado. Mientras lo hacía, su mente calculaba el interés que le daría ese capital, sumado al medio millón de euros de su refugio mugriento. Aquel acto de rapiña filial le servía de recordatorio: el mundo se dividía entre depredadores y piezas de caza. Al mirar la expresión cándida de Carmen y Julián, vinieron a su mente las ovejas que vio con Alicia: seres de mirada plana, diseñados para el sacrificio. Pero había una diferencia atroz: los ojos de los rumiantes habían leído en su alma con mucho más acierto que sus padres.

—Tengo que volver al hospital —mintió Félix mirando el móvil, nada más terminar el café—. Ha surgido una urgencia, un caso complicado que no puede esperar.

Le miraron tan apenados como sorprendidos. Habían viajado cientos de kilómetros para verle y no esperaban ese imprevisto un día festivo. Al notar que el camarero preparaba la cuenta, el avaro se ausentó un momento al cuarto de baño. Cuando volvió, su padre ya guardaba la cartera.

Los acompañó hasta la boca del Metro. Se despidieron de él con la efusividad de quienes temen que cada adiós sea el último. Les dio dos abrazos huecos y dos besos vacíos. Después, se dio la vuelta de inmediato.

Sus padres empezaron a bajar por las escaleras mecánicas. A mitad de camino, la madre se giró con la mano en alto. Buscaba una última mirada, un último gesto de complicidad, pero ya no había nadie. Félix se había esfumado entre la multitud. No miró atrás.

—Está muy ocupado, el pobre —murmuró Carmen, bajando la mano con una tristeza que intentó camuflar—. Pero fíjate qué bien le va, Julián. ¡Qué porte tiene! ¡Qué centrado en su trabajo!

Mientras sus padres continuaban con esta conversación, que hacía la realidad un poco menos dolorosa, Félix caminó sin rumbo fijo. Unos minutos más tarde, se vio frente a una tienda de *delicatessen*, con la fachada de madera oscura. Entró en el establecimiento con el paquete bajo el brazo, todavía tibio por el contacto con las manos de su madre. Aquel lugar olía a madera encerada y a privilegios, un aroma del que ya se sentía merecedor, por derecho de estafa.

—Buenas tardes. Me han traído este queso de Ciudad Real, un producto de cooperativa limitada. Por desgracia, no puedo tomar lácteos, soy alérgico desde la infancia. ¿Les interesa para la sección de productos artesanos? —preguntó Félix al dependiente.

El hombre examinó la pieza, más como cortesía que por interés, pues no pensaba aceptarlo; aquel negocio consolidado ya contaba con sus proveedores. Sin embargo, cuando se acercó a olerla, sus ojos se iluminaron.

—¡Es una maravilla! Yo soy de esa zona, de hecho. Habré visto este sello mil veces. Es una pieza magnífica. ¿Los conoces? ¿Son amigos o familiares tuyos? La producción es pequeña y, efectivamente, aquí no llega.

—Qué coincidencia... —contestó Félix con una sonrisa

comercial, vacía de todo sentimiento—. Pues fue a comprarlo mi padre. El hombre ya no se acordaba de que no puedo comer queso. Es un desperdicio que se eche a perder.

—¿Tu padre? —insistió sonriente el tendero, cuyo interés se había encendido por el grato recuerdo de su tierra—. ¿Y quién es? Por allí nos conocemos todos.

—Se llama Arcadio—respondió Félix, evitando con ello toda conversación sobre su tierra y orígenes—. Ya es muy mayor.

—Arcadio… Es curioso, porque no me suena. En fin, te puedo dar treinta euros en efectivo. Es lo que me permite mi margen para compras directas.

Félix aceptó los tres billetes de diez euros con una avidez seca. Cuando salió a la calle, tuvo una sensación difícil de describir. A pesar de su indiferencia emocional, de su anestesia afectiva, fue consciente de haber ejecutado un parricidio simbólico. Había negado al hombre que le había dado todo, para no dar detalles sobre él. A cambio, había honrado el nombre de un viejo usurero, con el que se sentía más en deuda. Con aquel gesto, Félix acababa de subastar su genealogía completa: había vendido el amor, la memoria y el sudor de sus padres por treinta euros. La misma cifra con la que Judas tasó lo que Cristo valía para él. Guardó el dinero junto al sobre del alquiler, mezclando la piedad de Julián y Carmen con el precio de su traición.

Capítulo X - Feliz Navidad

Hacia mediados de diciembre, el salón de los padres de Alicia ya exhibía una Navidad de catálogo. Un abeto excesivo dominaba la estancia, con las ramas arqueadas bajo el peso de las esferas de cristal. Unas guirnaldas, cuya luz parpadeaba con una alegría mecánica, ajena al drama latente, completaban la escena. El calor sofocante de la calefacción, ajustada al máximo, parecía evaporar los últimos restos de sensatez.

Leopoldo, investido de su nueva condición de gran inversor, presidía la mesa con una euforia contenida. Frente a él, Virginia desmenuzaba el menú de Nochebuena con una precisión patológica, debatiendo marcas de caviar y tiempos de horneado. No sospechaban que sus dos millones de euros se habían hundido ya en las cloacas bancarias manejadas por Arcadio. Llevaban tiempo sin recibir noticias de las gestiones, pero el vacío de información no les inquietaba. Para ellos, era el silencio respetuoso de los dioses de las finanzas; una prueba a su fe, antes de obrar el milagro.

El tedio era una neblina espesa; un sopor de estómagos saciados y conciencias adormecidas, hasta que Félix rompió el silencio. Terminado el postre, se inclinó para recoger una abultada bolsa de cuero que aguardaba junto a su silla.

—Sé que para vosotros la Navidad es un tiempo de tradición —dijo Félix, cuya voz cortaba el aire con una suavidad magnética—, pero este año la providencia ha querido adelantarse.

Extrajo de la bolsa tres estuches verdes, de ese tono heráldico y profundo que acelera el pulso de la burguesía. En el centro de cada tapa, destellaba una corona dorada: el emblema de *Rolex*,

un talismán que prometía la eternidad en la muñeca. Eran réplicas tan exactas que incluso Félix, coautor del fraude, llegó a dudar si Arcadio hubiese saqueado una joyería. Hasta el aroma —una síntesis de cuero virgen, cartón de alto gramaje y aceite de precisión— había sido clonado con una fidelidad sacrílega.

Leopoldo dejó escapar un gemido casi orgásmico al abrir el estuche. Dentro reposaba un *Rolex Daytona* de esfera blanca; un fetiche de acero, cuyo valor en la reventa equivalía al de un pequeño apartamento. Para Alicia y Virginia, Félix reservó sendos *Oyster* de acero y oro, piezas de una sobriedad tan refinada que Alicia, pese a su misticismo, acarició el brazalete con una veneración mundana. Sus dedos, que fingían buscar la esencia en lo invisible, se rindieron de inmediato ante la autoridad del metal.

—Félix... esto es... esto es una fortuna —balbuceó Leopoldo, hipnotizado por la luz que se fragmentaba en el bisel cerámico, con una nitidez casi hiriente.

—No me deis las gracias a mí —dijo Félix, restándole importancia con una modestia impecable—. Yo solo soy el mensajero. Es un detalle de los gestores de la operación; su forma de daros la bienvenida, como socios de primer nivel. Me han insistido en que los dividendos están al caer, pero que así nos felicitan la Navidad. Dicen que el regalo tenía que reflejar cómo se están haciendo las cosas: con una precisión absoluta.

Leopoldo se puso el suyo en la muñeca. Sentía el peso del acero, el frío del éxito. No sabía que el mecanismo que latía en su interior no costaría ni cincuenta euros, en una fábrica clandestina de Shenzhen.

Félix se excusó para ir al baño. En la penumbra del pasillo, interceptó a Rose, que regresaba a la cocina con una bandeja de plata. Con un movimiento rápido y silencioso, le deslizó un sobre abultado en el bolsillo del delantal.

—Guárdalo —le susurró al oído mientras ella se tensaba—.

Esto vale más que esos tres relojes juntos. No me falles ahora.

Volvió al salón, donde la familia brindaba por un futuro que no existía. Leopoldo contemplaba el *Daytona* cada treinta segundos, creyéndose Cronos, el dueño del tiempo. Félix le observaba con una sonrisa de depredador en reposo. Les había dado juguetes para que no miraran el abismo que se abría bajo sus pies. Aquellos relojes eran el último regalo antes de que las agujas, en lugar de marcar las horas, contasen los minutos que les quedaban para el desahucio.

***

Pasadas las celebraciones de año nuevo, la casa de Leopoldo quedó sumida en ese letargo melancólico que sigue a los excesos. Los Reyes Magos habían pasado por el chalet dejando un rastro de regalos innecesariamente costosos: abrigos de piel para Virginia, tecnología de vanguardia que nadie sabía usar, ediciones de lujo de textos teológicos para Alicia. Gran parte de estas compras habían sido financiadas a crédito. Bajo una superficie de abundancia, las finanzas del patriarca empezaban a gangrenarse, debido a su optimismo delirante. Leopoldo, sin embargo, no estaba preocupado; el *Daytona* que lucía en su muñeca validaba, cada minuto, que era un hombre de éxito.

La primera sombra se proyectó una mañana de enero, gris y brumosa, bajo el disfraz de una llamada telefónica.

No era Félix. Eran ellos, los gestores. Una voz masculina, de una inquietante pulcritud burocrática, le comunicó que se requería una conferencia de urgencia. Leopoldo, en solitario, sentado en su despacho de la clínica, escuchó una disertación que duró quince minutos. La voz hablaba de «reajustes en los ratios de apalancamiento», de «volatilidad imprevista en el mercado de derivados inmobiliarios» y de la necesidad de «ejecutar una llamada de margen para evitar la dilución del

capital ante una contracción del subyacente».

Cada término técnico era una puñalada a la inseguridad de Leopoldo. No entendía absolutamente nada. Se sentía como un analfabeto frente a un códice antiguo; pero su ego, ese monstruo que Félix había engordado con tanto esmero, le impidió decir la frase que le podría haber salvado: «No entiendo lo que me está diciendo».

—Comprendo, comprendo perfectamente —contestó Leopoldo con torpeza, asintiendo ante el teléfono vacío—. Es un movimiento táctico, una reestructuración de la cartera. Es lógico, dada la coyuntura macroeconómica.

Colgó el teléfono con la frente empapada en sudor. Fingió una tranquilidad absoluta, pero en el fondo de su estómago sintió el primer mordisco del pánico. Por la noche, al llegar a casa, Virginia notó una turbación en su mirada, mientras se servía un whisky con las manos temblorosas.

—¿Pasa algo con la inversión, Leopoldo? —preguntó ella, dejando el catálogo de decoración que estaba consultando.

—Nada grave, mujer. Pequeñas oscilaciones del mercado —respondió él, esforzándose por mantener el tono de voz firme—. Sophie y sus socios están haciendo unos ajustes técnicos. Cosas de la alta finanza que tú no entenderías. Es mejor no molestar a Félix con estas minucias; ya tiene bastante con su trabajo en el hospital.

Virginia suspiró, aliviada por la fingida seguridad de su marido.

—Tienes razón —dijo ella, acercándose para acariciar el brazalete del *Rolex* de Leopoldo—. Al fin y al cabo, Félix está ahí. Ese muchacho no permitiría que nos pasara nada. Es casi de la familia... y lo será pronto oficialmente, espero. Mientras Alicia esté con él, estamos protegidos. Es un genio, Leopoldo.

La alegría de las Navidades se había evaporado, dejando paso a una sospecha que ninguno de los dos se atrevía a verbalizar.

Permanecieron en silencio, reconfortándose mutuamente en la penumbra del salón, o al menos eso intentaban. Se aferraban a la figura de Félix como los náufragos a un mástil. Leopoldo miró de nuevo el reloj: el *Daytona* seguía ahí, marcando las horas con una exactitud impasible; pero, por vez primera, el reflejo del bisel le pareció un mal presagio. En algún rincón de su memoria, brillaba como el hacha de un verdugo, antes de cercenar el cuello de algún desgraciado bajo el terrible sol del mediodía.

***

La siguiente reunión se celebró en un entorno todavía más intimidante que las anteriores: un club privado en el barrio de Salamanca. Era una estancia con paneles de roble, olor a cuero viejo y un silencio hermético que solo se rompía por el tintineo del cristal. Junto a Leopoldo, el doctor Fraile y los demás, había otros cinco inversores de aspecto impecable que escuchaban con gravedad. El patriarca no imaginaba que esos pudientes caballeros eran actores de reparto, contratados con los fondos que ellos mismos habían transferido semanas atrás.

La plana mayor de la farsa hizo su entrada. Arcadio encabezaba el grupo con una distinción senatorial, seguido por Sophie, más gélida que nunca. Tras ellos, el francés y el negro, que mantenía su mirada de esfinge con una disciplina imperturbable. El golpe de efecto, sin embargo, era el quinto integrante: un alemán sexagenario, de mandíbula cuadrada y pelo blanco. Su chaqueta, de terciopelo verde bosque, exhalaba el prestigio rancio de la vieja aristocracia europea.

—*Meine Herren* —comenzó el alemán con una voz que parecía brotar del fondo de la Selva Negra—, les hemos convocado porque en este grupo la transparencia es nuestra única moneda. Tenemos noticias... complejas. No son terminales, pero sí feas.

El francés tomó la palabra. Su exposición fue de una frialdad

técnica absoluta; una sucesión de obstáculos burocráticos e investigaciones fiscales en el extranjero que bloqueaban, de forma temporal, la liquidez de la operación. Sus palabras caían sobre la mesa con la pesadez de una losa, sepultando sus sueños de grandeza. Las víctimas se removieron en sus asientos, perdiendo la elegancia. El doctor Fraile empezó a protestar con voz chillona y quebrada, balbuceando sobre sus compromisos bancarios. Leopoldo, con una palidez cérea, sentía que el aire de la estancia se volvía irrespirable. El *Daytona* le pesaba una tonelada en la muñeca: aquel objeto que debía validar su éxito era ahora el grillete que le anclaba a su propia ruina.

—Esto es exactamente lo que temía —intervino Sophie, cortando las quejas con el desprecio de una reina—. Advertí al comité que admitir a inversores de este perfil era un error. Esta es la reacción previsible de quienes no están a la altura del riesgo soberano. Pido disculpas a mis socios por haber rebajado nuestros estándares de entrada.

La humillación funcionó como un cepo invisible. El miedo a ser expuestos amordazó a los amigos de Leopoldo; su vanidad les impedía admitir que estaban aterrados. En ese silencio cargado de vergüenza, el alemán ejecutó el golpe de gracia. Se levantó con una parsimonia imponente, caminó hacia Leopoldo y le puso la mano, pesada y paternal, sobre su hombro.

—Leopoldo, por favor, no queremos que nadie sufra —dijo con una sonrisa franca, llena de una confianza que parecía inquebrantable—. Si usted no duerme tranquilo, se lo pongo fácil: dígame el número de su cuenta ahora mismo y mañana tiene transferida la totalidad de su inversión. El grupo absorberá su parte. Y por favor, quédese con el reloj de Navidad como un obsequio personal por las molestias. En este nivel, solo trabajamos con quienes se sienten cómodos. Aquí no retenemos a nadie por la fuerza.

Leopoldo sostuvo la mirada del alemán. La serenidad del hombre, su disposición a devolverle dos millones de euros como

quien devuelve el cambio de un café, le dejó completamente desarmado. «Si están dispuestos a devolvérmelo», pensó Leopoldo con la lógica del suicida, «es porque el dinero está seguro». Pedir la devolución sería admitir que era un mequetrefe sin nervios de acero; un inversor mediocre, de los que Sophie despreciaba.

—No... no es necesario —acertó a decir Leopoldo, sintiendo que recuperaba el aliento—. Confío en el grupo. No he pedido la devolución.

Nadie más la pidió. Los actores contratados empezaron a murmurar entre ellos sobre «la paciencia como virtud del capital», y los estafados, por puro efecto de arrastre, asintieron cabizbajos, adoptando una expresión bovina de sumisión.

—El único problema —concluyó Arcadio con su voz rasposa— es el tiempo. Habrá que esperar un poco más. Es una pena, porque el tiempo es dinero, pero a veces sopla viento de proa en el océano de la inversión. Solo los grandes marinos llegan a puerto.

Los cuatro amigos abandonaron el club convencidos de su propia gallardía. Se sentían valientes por no haber reclamado el dinero, sin sospechar que aquel alarde de entereza era el acta de su propia ruina. Habían aceptado que su tiempo ya no les pertenecía. No sabían que el viento de proa del que hablaba Arcadio era, en realidad, el huracán que estaba a punto de borrar sus apellidos del registro de la propiedad.

Capítulo XI - El ocaso de los ídolos

El siguiente domingo transcurría con la pesadez de una digestión difícil. El sol del invierno golpeaba los ventanales del chalet, iluminando las partículas de polvo que flotaban sobre la mesa, tan estáticas como la vida de sus ocupantes. Virginia parloteaba sobre la próxima gala benéfica y Leopoldo, acariciando su *Daytona* falso, citaba frases prestadas sobre estrategia inversora que no alcanzaba a entender. Félix, en su papel de observador silencioso, aguardaba el momento exacto.

—¡Vaya por Dios! He olvidado las pastillas de la tensión —se lamentó Leopoldo, dándose una palmada en el pecho con su habitual dramatismo.

—No te muevas, Leopoldo —dijo Félix, incorporándose con una presteza inusual—. Ya te las traigo yo. De paso, voy al baño. Sé que las dejas junto a la nevera.

Félix entró en la cocina, donde Rose lavaba copas de cristal con un cuidado meticuloso. Con un movimiento seco y preciso, le deslizó en el bolsillo del delantal un sobre tan abultado que las costuras del algodón parecieron ceder.

—Escucha bien, Rose —le siseó al oído, mientras ella se quedaba inmóvil con una copa en la mano—. En unos minutos, va a empezar una escena en el salón. Habrá gritos, llantos y algo de ruido. No te asustes, es puro teatro. Tú sigue con tu trabajo y guarda eso. Que disfrutes de la comedia.

Volvió al comedor con las pastillas y un vaso de agua. Leopoldo se las tragó con la suficiencia de quien se siente inmortal. El tedio recuperó su trono durante unos minutos más, hasta que Félix, en mitad de un comentario trivial de Virginia sobre algún chisme irrelevante, dejó caer los cubiertos sobre el

plato. El choque del metal contra la porcelana sonó como una campana de difuntos. Virginia se detuvo, con la boca entreabierta, y Leopoldo levantó una ceja, la primera expresión genuina en su rostro desde hacía horas.

La compostura de Félix se desmoronó. No fue un sollozo contenido, sino un llanto amargo. Un espasmo convulsivo le sacudió los hombros y le obligó a hundir el rostro entre las manos. El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por la súbita alarma de Alicia, que se abalanzó sobre él, ante la visión de aquella fortaleza quebrada.

—¿Félix? ¿Qué ocurre? ¡Por Dios, habla! —suplicó ella.

Félix se destapó la cara; tenía los ojos inyectados en sangre y la mandíbula trémula.

—He tenido un revés. ¡Un desastre absoluto! —logró articular entre espasmos—. Mis posiciones en los mercados asiáticos se han desintegrado en cuestión de días. Un colapso sistémico... un efecto dominó que no he podido frenar. No me queda liquidez, solo cenizas en mis cuentas personales. Pero el dinero no es lo peor, Alicia. Lo que me mata es el descrédito. Los fondos de inversión huelen la debilidad, como los tiburones huelen la sangre. Estoy fuera, Alicia. Me van a repudiar.

Félix no solo lloraba; ejecutaba una puesta en escena de la ruina absoluta. Se permitió un leve temblor en el labio, el tiempo justo para que Leopoldo viera la grieta en el pedestal y saboreara, por primera vez, el licor de la superioridad. Alicia le rodeó el cuello con sus brazos, besándole la sien con una devoción ciega.

—No importa el dinero, Félix. Tenemos nuestro espíritu, nuestra verdad. La vida nos pone a prueba para que nos desprendamos de lo material. Saldremos adelante juntos.

El aire sobre la mesa se volvió denso, casi irrespirable. Leopoldo y Virginia intercambiaron una mirada donde la antigua admiración se había evaporado, dejando paso a un desprecio

instintivo. La calidez desapareció de los ojos del patriarca, sustituida por la dureza de quien se siente a salvo frente a la caída ajena.

—Es una lástima, chaval —dijo Leopoldo, irguiéndose en la silla para acentuar su nueva posición de autoridad—. En los negocios, la fortuna es una amante caprichosa. Pero perderlo todo de esa manera... Francamente, no esperaba esa falta de prudencia en alguien de tu categoría.

—A veces, uno se rodea de lujos por encima de sus posibilidades y el tiempo acaba poniendo a cada uno en su lugar —añadió Virginia, cuya sonrisa expresaba una ironía venenosa.

Félix se limpió los restos de llanto con la servilleta de hilo, recomponiéndose con una dignidad frágil que, ante los ojos de sus suegros, resultaba patética.

—Tenéis razón —murmuró Félix, refugiándose en una de esas máximas estoicas que Alicia conocía de memoria—. «No es pobre el que tiene poco, sino el que desea más». Aceptaré mi destino con la cabeza alta.

La comida transcurrió en un silencio ensordecedor. Solo quedaba el ruido seco de los cubiertos contra la porcelana, un lenguaje de percusión que subrayaba la fractura de la mesa. Leopoldo masticaba con una lentitud deliberada. No saboreaba la comida, sino su propia importancia frente al hombre que creía derrotado. De vez en cuando, consultaba su *Daytona* con una ostentación despiadada; como si quisiera recordarle a Félix que el tiempo de los ganadores seguía corriendo para él, pero se había detenido para los fracasados.

Virginia se dedicó a examinar el vino contra la luz del sol, ignorando la presencia de Félix con una elegancia ejecutada a sangre fría. El vacío que le hacían era tan tangible que Alicia, herida por la actitud de sus padres, apenas probó bocado. Bajo el mantel, buscó la mano de Félix y la apretó con la devoción de una plegaria muda, como si su contacto pudiera transmitirle la

paz que el mundo le negaba.

—Creo que lo mejor será que nos marchemos —dijo el joven al fin, con una voz pequeña, despojada de su habitual aplomo—. Necesito... procesar todo esto. Descansar.

Se levantaron mucho antes de lo acostumbrado. No hubo planes para el siguiente domingo ni promesas de llamadas. Al despedirse, Leopoldo no se levantó de su silla. Se limitó a ofrecer una mano lacia y un asentimiento distante, el tipo de saludo que se reserva a un pariente lejano que ha caído en desgracia.

Cuando cruzaron el umbral del chalet, el sol del invierno les golpeó la cara. Alicia respiró hondo, creyendo que dejaban atrás la toxicidad del ambiente. No podía ver la expresión de Félix al darse la vuelta para mirar la casa por última vez: no era la cara de un hombre hundido, sino la de un estratega que sacrifica un peón para ganar la partida. La función había sido un éxito.

En cuanto el eco de la puerta se extinguió, Virginia se volvió hacia su marido con una mezcla de ansiedad y cálculo.

—Leopoldo, ¿vas a ayudarle? ¿Qué le diremos a Alicia? Ella sabe que tienes esos dos millones invertidos y que, gracias a las gestiones de Félix, pronto serán diez. Si ahora le das la espalda...

—¿Ayudarle? —Leopoldo soltó una carcajada seca, casi violenta, mientras el cuello de la botella repicaba contra el cristal de su copa—. ¡Ni hablar! ¡Que cada palo aguante su vela! He sudado cincuenta años para levantar lo que tengo. Si ese listillo ha sido un irresponsable con sus timbas asiáticas, que se hunda solo. Se lo diré bien claro: en mi mesa no hay sitio para los perdedores.

Leopoldo sentía una oleada de alivio, un resentimiento que por fin encontraba su cauce. Había odiado en silencio la juventud de Félix, su riqueza obscena y ese aura de brillantez que le hacía sentir como un jubilado prescindible. Ahora que el genio chapoteaba en el barro, Leopoldo recuperaba su trono de patriarca. No sospechaba que acababa de tragar el último

anzuelo: Félix se había arrancado la piel de millonario para quedar, ante el desastre inminente, fuera del alcance de cualquier reproche. ¿Qué se le puede exigir a quien lo ha perdido todo?

***

A la mañana siguiente, Félix se presentó en el apartamento de Alicia con el rostro demacrado, como si hubiera cruzado un desierto. No traía consigo su maletín de cuero italiano, sino una simple bolsa de lona: una piltrafa visual de su presunto descenso a los infiernos de lo precario.

—Se acabó, Alicia —dijo, dejándose caer en el sofá de diseño con la inercia de una estatua derribada—. He liquidado hasta el último céntimo para cubrir deudas de honor en Hong Kong. A partir de hoy, solo existe mi nómina de residente. Soy un mileurista, Alicia. Eso es todo lo que queda de mí.

La observó con fijeza, esperando detectar el destello del pánico, ese asco instintivo de quien ha crecido entre algodones y no concibe un mundo sin servicio doméstico ni veranos en la costa. Deseaba que ella le despreciara; que su iluminación se hiciera añicos ante la perspectiva de las estrecheces. Quería que Alicia fuera, al fin, tan vil y materialista como sus padres —como la mujer que conoció al principio—; que rompiese con él por puro hastío.

—No importa, Félix —respondió ella con una serenidad que a él le resultó repugnante—. ¿Acaso no nos enseñaste que el dinero es solo el velo que oculta la verdad? Viviremos humildemente. Buscaremos un piso pequeño, algo que podamos pagar con nuestros sueldos. Me siento... extrañamente liberada. Es como si el destino nos estuviera quitando el lastre que nos impedía volar.

Félix apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. Aquella renuncia de santurrona le revolvió el estómago. La

trampa no estaba funcionando porque Alicia había decidido que la miseria, una abstracción que jamás había probado, era su nueva condecoración espiritual.

Dos horas después, Félix estaba en el sótano con Arcadio. El viejo escuchaba el relato sobre la abnegación de Alicia con una mueca de incredulidad.

—Es una roca, Arcadio —se quejó Félix, golpeando la mesa—. Cuanto más le quito, más feliz parece. Quiero que me deje, quiero que huela la miseria. ¡Que corra de vuelta al chalet de sus padres! Pero se cree que estamos en el desierto de Judea.

Arcadio soltó una risita cruel y se frotó las manos nudosas.

—Félix, muchacho, el misticismo se cura con el roce del vecino y la falta de espacio —dijo el viejo con un brillo perverso —. Tengo la solución: un «pisocuartel». Es una de mis inversiones favoritas. Compro un piso grande en un barrio obrero de los sesenta, de esos mal construidos, donde se oye hasta la cisterna del de arriba. Lo reformo y lo divido en cuatro zulos de veinte metros. Legales o no, eso da igual.

Félix escuchó atento, visualizando la ratonera.

—Te cederé uno —continuó Arcadio—. Un bajo interior sin apenas luz, con paredes de pladur que dejen pasar hasta los suspiros, y un baño donde tengas que ducharte sentado en el inodoro. Te la llevas allí y le dices que es lo único que puedes pagar.

—¿Y tienes muchos de esos? —preguntó Félix con una sonrisa recuperada.

—Muchos, pero te buscaré lo más selecto: el «zulo ático». Os encantará —explicó Arcadio con una sonrisa siniestra—. Cuando se vea entre humedades, gritos en el patio de luces y el olor a sardinas de la vecina a las ocho de la mañana, se le caerá la venda de los ojos. Esa niñata aguantará el ayuno, pero no la fealdad cotidiana.

Félix estalló en una carcajada seca, la primera en días.

—¡Es brillante! —exclamó—. ¡Por fin Dios pone a prueba a Santa Alicia!

Abandonó el sótano con el paso ligero del que recupera la iniciativa. Ya imaginaba a Alicia en aquella celda de castigo, convencido de que la fealdad del día a día terminaría por asfixiar, de una vez por todas, sus delirios de santidad.

***

Después de una fingida mudanza, Félix quiso mostrarle a Alicia su nueva vida. La condujo hasta un enorme edificio de ladrillo visto que hacía sentir pequeño al transeúnte; una mole que vigilaba la calle con la hostilidad de quien no espera visitas. Sus tendales, cargados de ropa húmeda, goteaban sobre la acera con una cadencia lúgubre. Félix guió a Alicia por un portal que olía a lejía barata y a esa fritura cuyo aroma impregna la ropa y la piel, como un estigma de clase. Al abrir la puerta del bajo, el aire denso y estancado les golpeó el rostro.

Llamar estudio a aquel cuchitril de apenas veinte metros cuadrados era una cortesía excesiva. Era una infravivienda donde la mano de Arcadio, de eficiencia cruel, se percibía en cada rincón. El mobiliario era un catálogo de la indignidad: un sofá cama, cuyas tripas metálicas amenazaban con perforar cualquier descanso, y una mesa de fórmica herida por el tiempo. La flanqueaban dos sillas desparejadas, supervivientes de algún naufragio doméstico. La cocina, embutida sin gracia en un rincón, se reducía a una encimera de madera picada, con un fregadero devorado por la herrumbre. Sobre ella descansaba un microondas, tan sucio y degradado por los años que parecía un enfermo terminal. En el techo, florecía una mancha de humedad cuyos contornos evocaban un mapa de la desesperanza.

—Es lo que hay, Alicia —dijo Félix, quitándose la chaqueta con un gesto de resignación—. No es Chamberí, pero es honesto.

No quiero que pagues tú nuestro hogar. No podría vivir en tu piso sabiendo que soy un mantenido, ni que mi dignidad depende de tu herencia. Si quieres estar conmigo, este es mi mundo ahora.

Se disponían a cenar una lasaña de oferta sobre la mesa de fórmica. Félix la observaba girar tras el cristal del microondas, cuya luz proyectaba un brillo enfermizo sobre su rostro. El olor, una bofetada química de plástico recalentado y cartón húmedo, se interpuso entre ambos como un muro invisible. Alicia intentaba compensar el silencio con su sonrisa piadosa. El único sonido era el zumbido agonizante del aparato. Pese a que el envase prometía un festín italiano, aquella mentira comestible solo sabía a conservantes y a resignación.

De pronto, un chorro violento, carente de vergüenza, resonó tras el tabique de la cocina. El vecino de al lado orinaba con una sonoridad tan nítida que parecía estar compartiendo la estancia con ellos. Alicia bajó la vista hacia su tenedor de plástico. La situación le resultaba tan bochornosa que apenas podía alzar la mirada.

Minutos después, una serie de explosiones sordas y rítmicas se filtraron desde el techo. Eran flatulencias inconfundibles. Las siguió una voz bronca, que profería insultos tan soeces que el aire mismo parecía ensuciarse. Pero lo más atroz fue la cisterna: no llegó como un eco lejano, sino como una catarata impúdica que parecía desplomarse sobre sus cabezas. Alicia comprendió entonces que, en aquel lugar, la intimidad era un lujo prohibitivo; un recuerdo remoto, disuelto sin remedio entre detritos ajenos.

—Es el sonido de la vida, Alicia —comentó Félix con un cinismo absoluto, observando cómo ella intentaba tragar un bocado de pasta gomosa—. Sin filtros, sin paredes de doble tabique. Es la verdad desnuda.

Llegó la noche y desplegaron el sofá cama. Su colchón era tan fino que los muelles se les clavaban en las costillas, como los

dientes de un cilicio. Alicia se tumbó, cerrando los ojos con fuerza, tratando de encontrar su centro espiritual. El edificio no se lo permitió: en el piso de arriba, un bebé empezó a llorar con un grito agudo y desesperado que parecía rasgar el techo de pladur. Poco después, el portal se cerró con un golpe sísmico y los pesados pasos de un vecino borracho retumbaron en el pasillo. Sonaron juramentos e improperios de los que ofenden al pudor y golpes contra las paredes.

Alicia permanecía inmóvil, con la mirada fija en el ventanuco que daba al patio de luces. A su través, se colaba una luz mortecina y el olor a tabaco de alguien que fumaba en la oscuridad del patio. Su idealismo se le escapaba por las grietas de la habitación. No había belleza alguna en aquella pobreza; solo una fealdad omnipresente, que invadía sin respeto su descanso y su privacidad.

Félix, a su lado, fingía dormir, pero disfrutaba cada vez que Alicia se removía inquieta. Sabía que la «santa» estaba empezando a asimilar una lección importante. El desapego material es mucho más fácil cuando un baño de mármol y sábanas de hilo te esperan al final del día.

Ella se despertó con el cuerpo dolorido y una rigidez en el cuello que le recordaba, en cada movimiento, que no había dormido en un sofá cama, sino en un instrumento de tortura. La luz que entraba por el ventanuco era de un gris sucio que, más que iluminar, enturbiaba la estancia. Se miró en el espejo del baño —una superficie picada que le devolvía su imagen ojerosa — y sintió una punzada de irritación que ninguna máxima estoica logró mitigar.

Félix, por el contrario, desbordaba una energía fingidamente proletaria. Se había enfundado un chándal de poliéster brillante, de una marca blanca y barata, que le daba un aspecto de delincuente juvenil en decadencia.

—¡Buenos días, Alicia! —exclamó con una jovialidad excesiva e inapropiada—. He pensado que podíamos aprovechar la

mañana para poner a punto el coche. Necesita un buen lavado.

El vehículo en cuestión era un utilitario de mediados de los noventa; un despojo de desguace de color blanco mate por el sol, con los parachoques rozados. El sonido del motor carraspeaba como una cafetera vieja. Alicia se hundió en el asiento del copiloto. El olor a tapicería húmeda y a tabaco rancio de algún dueño anterior, fundidos con la fibra del tejido, se le pegaban a la ropa.

Alcanzaron una estación de servicio en las afueras; un páramo de asfalto y hormigón, bajo el zumbido monótono de los surtidores. El lugar estaba abarrotado de chavales con el pelo rapado a los lados, luciendo chándales idénticos al de Félix. Junto a ellos, chicas con aros inmensos mascaban chicle con una cadencia rítmica y la boca abierta, produciendo chasquidos regulares.

Félix salió del coche con una destreza irritante. Empuñaba la lanza de agua con una habilidad que a Alicia le pareció una humillación. Manejaba el chorro con precisión quirúrgica, aprovechando cada segundo del tiempo que había comprado. El agua restallaba contra la chapa oxidada. Una neblina, con un penetrante olor a detergente industrial, envolvió el coche. Ella, desde dentro del vehículo, sintió que el agua se llevaba consigo la dignidad de Félix, que se escurría por el desagüe junto al barro.

—¡Ese Félix! ¡Qué pasa, «bro»! —gritó uno de los chicos.

Félix dejó la manguera y se acercó a él. Era un joven de sonrisa ancha y los brazos cubiertos de tatuajes, que se apoyaba en un coche «tuneado», cuyos altavoces vomitaban música *techno* a todo volumen. Se saludaron chocando las manos y entrelazando los pulgares: una coreografía de barrio que Félix ejecutó con una naturalidad aterradora. Hablaron apenas unos segundos sobre «la movida del otro día», entre risas soeces.

Cuando se marchó, haciendo derrapar sus neumáticos, Félix

volvió al coche, limpiándose las manos en el pantalón del chándal.

—Es el vecino del tercero —le explicó a Alicia con una sonrisa despreocupada—. Un chaval majo, muy auténtico, aunque un poco básico. Siempre está dispuesto a echarte un cable con el motor.

Alicia, sentada en el interior del coche viejo, contemplaba la escena a través del parabrisas mojado. El desprecio se le agolpaba en la garganta como un sabor metálico. Miraba a Félix y no reconocía al guía espiritual, al místico del sótano, al intelectual que le hablaba de Dante. Lo que veía era a un hombre mimetizado con la vulgaridad más absoluta, alguien que se sentía cómodo entre «canis» y mangueras de gasolinera.

La incredulidad empezó a transformarse en una sospecha devastadora: quizá la ascesis no era una elevación espiritual, sino simplemente una caída hacia lo vulgar. Por primera vez, Alicia no sintió compasión por la ruina de Félix, sino una náusea profunda. Temió que su futuro fuera aquel chándal, aquel coche viejo y aquel vecino que le llamaba «bro».

Encontrar un hueco para el viejo utilitario en aquel laberinto de calles estrechas exigió una paciencia de artesano. Félix maniobró entre furgonetas de reparto abolladas y coches subidos a la acera. Finalmente, consiguió encajar el vehículo en un espacio angosto, a casi un kilómetro del portal.

—Bueno, un poco de ejercicio nos vendrá bien para estirar las piernas —dijo Félix, cerrando la puerta con un portazo metálico que resonó en toda la calle.

Le tomó la mano a Alicia y comenzaron a caminar. Ella se dejó llevar, pero el contacto, antes eléctrico y sagrado, ahora le resultaba extrañamente pegajoso.

Para Alicia, el camino a casa de Félix fue una inmersión en una realidad que le era ajena. El pavimento estaba sembrado de colillas aplastadas, excrementos secos de perro y envoltorios de

bollería industrial, que el viento arrastraba y hacía revolotear. Cada paso que daba con sus zapatos de piel fina —un lujo impertinente en aquel escenario— subrayaba su vulnerabilidad.

El ambiente era una sinfonía de la decadencia cotidiana. Alicia veía las fachadas de los edificios, con los ladrillos ennegrecidos por el humo de los tubos de escape. Las unidades de aire acondicionado goteaban sobre la acera, creando charcos aceitosos que debía esquivar. A través de las ventanas bajas, escuchaba el televisor de un vecino a un volumen ensordecedor; el fragor de una discusión doméstica y el olor penetrante a col frita, que parecía envilecer hasta el aire que respiraba.

No hablaban. El silencio entre ellos se estiraba como una goma a punto de romperse. Félix caminaba con paso firme, casi orgulloso; balanceando la mano de Alicia con la indolencia de quien recorre sus propios dominios. Ella, en cambio, sentía que cada mirada de los transeúntes —hombres de ojos cansados que regresaban de las fábricas y mujeres con bolsas que estrangulaban sus dedos— le arrancaba una capa de su identidad. Se sentía observada como un animal exótico en un entorno hostil.

Sentía una opresión en el pecho, una mezcla de claustrofobia y asco. El desapego material, que tanto había predicado Félix en el sótano, se le antojaba ahora como una broma macabra. La trascendencia a la que ella aspiraba requería silencio y belleza, pero allí todo era estridente y vulgar. Comprendió que la pobreza no era una elección estética ni un camino a la iluminación; era una lija que desgastaba el alma hasta dejarla en carne viva. Esos diez minutos fueron la lenta agonía de su idilio espiritual.

Al fin llegaron al portal. La puerta de hierro y cristal opaco chirrió al abrirse. En la penumbra del recibidor, una anciana apoyada en su carrito de la compra avanzaba con una torpeza ruidosa. Llevaba un vestido de flores descoloridas y una chaqueta de punto que se deshacía en hilos. Su rostro era un

relieve de surcos tan profundos que la boca, carente de labios, parecía un tajo sobre un higo seco. Al ver a Félix, sus arrugadas facciones se encendieron con una familiaridad que a Alicia le pareció una invasión intolerable.

—¡Ay, doctorcito! —exclamó la mujer, frenando su carrito con un seco estrépito de hierros.

Ancló su mano sarmentosa en el antebrazo de Félix con una familiaridad intrusiva, que obligó a Alicia a retroceder un paso. La anciana se aproximó tanto que su aliento, una mezcla de alcanfor y un perfume rancio de droguería antigua, se volvió inevitable.

—¡Qué alegría verle! Mire, que tengo una picazón en la pierna que no me deja vivir... ¿No podría subir un momentito a echarle un ojo? Que usted tiene manos de santo, doctor.

Félix le sonrió con una ternura casi inapropiada.

—Claro que sí, doña Purita. En cuanto deje a mi novia en casa, subo a ver esa pierna. No se preocupe.

Alicia contemplaba la escena con una frialdad incrédula. La palabra «doctor», pronunciada por una mujer que olía a vejez y descuido, sonó en sus oídos como una blasfemia. Sentía que las paredes de aquel portal, de pintura sucia y cuarteada, la estrechaban en un abrazo de cal muerta y olvido.

—Yo... yo ya me iba, Félix —balbuceó Alicia, retrocediendo un paso hacia la calle, buscando desesperadamente el aire de la acera—. Tengo que repasar unas pruebas en la clínica y se me hace tarde.

Félix, sin embargo, le atenazó la mano con una suavidad férrea. Su sonrisa hacia la anciana era de una beatitud insultante.

—No seas modesta, cariño —dijo Félix con voz melodiosa—. ¡Doña Purita, le presento a mi Alicia! Es toda una eminencia, una doctora de las de verdad. De las que saben ver lo que a los demás se nos escapa.

Purita, con los ojos nublados por las cataratas, pero

encendidos por una curiosidad voraz, soltó el carrito de la compra y agarró a Alicia por el antebrazo. Purita no solo hablaba: colonizaba el espacio, con una confianza chabacana y ofensiva. Sus dedos, fríos y nudosos, que olían a cebolla y a tiempo caducado, se cerraron sobre la piel de la oftalmóloga.

—¡Ay, otra doctora! ¡Qué bendición de Dios! —exclamó Purita, con una risotada que reveló una dentadura amarillenta y asimétrica—. Tan joven y tan fina ella. ¡Pero si parece una figurita de porcelana! Vengan, suban un momento, que no se tarda nada. Les preparo un café de los míos, que el doctor dice que le gustan mucho, y me miran este sarpullido que me tiene loca. ¡No me digan que no, que me da un síncope aquí mismo!

Alicia, violentada por aquella proximidad forzosa, sintió que el mundo se contraía. El pasillo, las escaleras, el aliento de Purita… Todo la arrastraba hacia las profundidades de aquel bloque de viviendas.

—Purita, de verdad, Alicia tiene prisa... —empezó a decir Félix, ofreciendo una resistencia débil, que solo servía de combustible a la insistencia de la anciana.

—¡Ni prisa ni nada! ¡Un café se toma en un suspiro! —sentenció la mujer, tirando de ellos hacia el ascensor, una cabina de hierro chirriante que parecía una jaula de castigo—. ¡Vamos, que tengo unas pastitas de las que venden en la esquina, que son gloria bendita!

Alicia se vio atrapada en la estrecha cabina del ascensor, hombro con hombro con la anciana y Félix. El olor a cerrado y a humedad hicieron que contuviese la respiración. Miró a Félix, buscando una señal de auxilio. Él, encogiendo los hombros, solo le devolvió una mirada de mártir entregado a la caridad; una mirada que decía: «Esto es ser médico, Alicia, y no lo que tú haces en tu clínica de lujo».

Entraron en el piso de Purita. Era una cápsula del tiempo detenida en la década de los setenta. Tapetes de ganchillo,

amarillentos por la nicotina y el polvo, se asentaban en cada superficie como una vegetación parásita. Sobre las repisas, figuritas de porcelana acumulaban una ceniza grisácea. El televisor, encendido con un programa de cotilleo, escupía tal estridencia que hería los oídos. Todo el ambiente lo impregnaba un aroma a soledad humilde: alcanfor, sopa de sobre y falta de ventilación.

—Siéntense, siéntense en el sofá —ordenó Purita, señalando un tresillo cubierto con una sábana para que no se manchara—. ¡Doctora, no sea tímida! Ahora mismo pongo la cafetera. Félix, hijo, ve mirándome la pierna mientras, que ya sabes dónde tengo la pomada.

Alicia se acomodó en el borde mismo del sofá, reduciendo al mínimo la superficie de contacto. Sentía que aquella suciedad invisible mancillaba su abrigo de tres mil euros. Observó, con una mezcla de náusea e incredulidad, cómo Félix se arrodillaba sobre la alfombra raída. Con una parsimonia exasperante y —para mayor horror de Alicia— con las manos desnudas, el joven comenzó a retirar la media de compresión de la anciana. La piel que emergió era seca y blanquecina, surcada por varices violáceas que parecían raíces venenosas.

Félix manipulaba la pierna de Purita con la entrega propia de un misionero. Mientras, desde la cocina, llegaba el gorgoteo de una cafetera italiana y el choque de las tazas sobre el mármol. Alicia cerró los ojos un instante, tratando de invocar sus mantras de desapego, pero lo único que sentía era el deseo de huir. Quería salir corriendo, ducharse con agua hirviendo que la purificara de aquel portal, de aquel piso y de aquella carne fatigada. Para su horror, toda esta realidad existía en el mismo universo que ella.

El salón de Purita se había convertido en una cámara de tortura psicológica envuelta en ganchillo. La cafetera siseaba al expulsar un líquido negro y amargo. La anciana lo sirvió en unas tazas resquebrajadas, cuyos bordes lucían un cerco amarillento,

por años de lavados deficientes. Alicia sostenía la suya con la punta de los dedos, evitando que sus labios rozaran la cerámica. El calor sofocante que desprendía el radiador de hierro, mezclado con el hedor a pierna enferma, le oprimía la garganta.

—Y dime, bonita —soltó Purita de pronto, dejando la taza sobre un tapete—, ¿cuántos años tienes tú? Porque se te ve muy leída y muy puesta, pero la cara no engaña.

Félix, que seguía arrodillado, aplicaba una pomada barata con una unción casi mística. Ante la pregunta de la anciana, sonrió y lanzó a Alicia una mirada de soslayo. Ella, haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura, contestó en tono seco:

—Cuarenta y dos, Purita.

La anciana soltó una carcajada estridente, un graznido que rebotó en las paredes del pasillo estrecho. Se golpeó el muslo sano con una palma ruidosa.

—¡Ay, madre mía! ¡Pero si ya eres gallina vieja! —exclamó con esa crueldad impune de la vejez sin filtros—. A tu edad, mi madre ya tenía cinco, y yo andaba por el tercero. Hija, que se te va a pasar el arroz y luego no hay quien los saque. ¡Félix, hijo, ponte las pilas! ¡Que a la doctora se le va a secar el vientre de tanto estudiar!

Alicia clavó la vista en la boca de la anciana, aquel tajo de higo seco, que ahora se contraía con una mueca de júbilo obsceno. Le pareció que las palabras de Purita —«gallina vieja», «vientre seco»— superaban cualquier grosería. Félix soltó una risita cómplice. No hubo un reproche, ni una defensa, ni tan siquiera un gesto de incomodidad.

—¡Todo llegará, Purita! —dijo Félix, guiñándole un ojo—. Es que las mujeres de hoy quieren ser directoras antes que madres, ya sabe usted cómo es el mundo moderno.

Alicia sintió un estallido de furia sorda; un espasmo de indignación. Escuchar a Félix, su pareja, su faro espiritual,

validando aquel discurso retrógrado en aquella cocina infecta, superaba cualquier límite. La conversación derivó hacia detalles íntimos sobre partos, fluidos corporales y las «desgracias de las carnes» de otras vecinas. Todo narrado por Purita con una ordinariez que hacía que Alicia deseara desaparecer. Félix participaba, preguntando por la próstata de un tal Jacinto y asintiendo ante los chismes del vecindario.

Tres golpes secos en la puerta, que estaba entreabierta, anunciaron la salvación. Una mujer más corpulenta que Purita, con una bata gastada y el pelo recogido en rulos de colores, asomó la cabeza.

—¡Purita! ¡Que se me ha roto la goma de la «olla rápida» y esto va a reventar! ¡Ven, corre, que tú tienes la de repuesto de cuando se murió tu Antonio!

—¡Ay, la Gloria! ¡Que siempre viene con prisas! —se quejó Purita, levantándose con agilidad sorprendente—. Doctores, me tienen que perdonar, pero si a esta mujer le estalla la olla me quedo sin vecina. ¡Félix, llévate las pastitas! ¡Alicia, come más, que estás muy tísica y así no te vas a preñar!

Sin esperar respuesta, y entre gritos de auxilio, las dos ancianas se esfumaron por el pasillo. Félix no perdió un instante. Con gran agilidad, agarró a Alicia de la muñeca y la sacó del piso a toda prisa, descendiendo las escaleras de dos en dos, hasta alcanzar la seguridad de su minúsculo estudio: el selecto «zulo ático» que Arcadio, con tan buen criterio, le había prestado.

Al correr el cerrojo —un chasquido metálico que sellaba su cautiverio—, el silencio se desplomó sobre ellos, apenas perturbado por el zumbido de la vieja nevera. Alicia se quedó de pie en mitad de aquellos veinte metros cuadrados. Todavía tenía el abrigo puesto, temblando ligeramente. Miró a Félix, que se quitaba la chaqueta del chándal con total indiferencia, como si no acabara de presenciar el mayor ultraje a la dignidad de la mujer que decía amar.

—¿Gallina vieja, Félix? ¿De verdad has consentido que me llame así? —susurró ella entre sollozos.

Las lágrimas asomaron por fin, pero no procedían de la tristeza. Eran un manantial de humillación, para el que ya no hallaba refugio en sus abstracciones espirituales. Alicia permanecía petrificada en el centro de aquella lepra inmobiliaria, aferrada a las solapas de su abrigo, como si fueran el último jirón de su existencia anterior. Sentía que las palabras de la anciana, validadas por el silencio de Félix, habían operado en ella con la crudeza de una amputación moral.

El avaro se despojó de la chaqueta de chándal con una parsimonia irritante. La doblaba en silencio, con una simetría maniática, sobre el brazo del sofá cama. Entonces se volvió hacia ella. Alicia seguía de pie, como una estatua de sal en mitad de la cocina-salón, sintiendo que el olor a alcanfor de casa de Purita se le había quedado impregnado en el pelo.

—No te lo tomes así, Alicia —respondió él con una calma que hería más que un grito, mientras llenaba un vaso directamente del grifo—. Ya sabes cómo es la gente sencilla. No tienen filtros, hablan con la verdad de la tierra. Para ella, el tiempo es una medida biológica, no una carrera profesional. No hay malicia en sus palabras, solo... una perspectiva distinta.

Alicia soltó una risa seca, desprovista de cualquier rastro de su antigua espiritualidad.

—¿Gente sencilla? —repitió ella con amargura—. Me ha llamado gallina vieja y tú te has reído con ella, Félix. Te he visto ahí abajo, en el portal, en esa cocina... Te veo muy integrado. Demasiado. Pareces uno de ellos. Has chocado la mano con ese chico de la gasolinera con una familiaridad de suburbio, como si hubieras pasado la vida entera en un callejón.

Félix bebió el agua lentamente, observándola por encima del borde de un vaso de cristal turbio marcado por la cal.

—Más me vale integrarme, Alicia —contestó con una voz

plana, casi profesional—. No hay otra opción. Me quedan cuatro años de residencia médica por delante. Cuatro años cobrando un sueldo que, tal como están los precios en Madrid, apenas me permite pagar este agujero y comer. Si quiero ahorrar un poco, si quiero volver a tener un capital algún día, tengo que vivir así. No puedo permitirme el lujo de ser un extraño en mi propio barrio.

Con una lentitud deliberada, caminó hacia el ventanuco que se abría al patio de luces. Señaló al exterior con un dedo largo y firme. Afuera, en la penumbra de aquel pozo de ventilación, unas sábanas de un gris mortecino goteaban rítmicamente. Se asemejaba a un llanto de agua sucia, que se estrellaba contra el cemento del fondo.

—Este es mi horizonte ahora, y lo será por mucho tiempo. No hay atajos, ni fondos de inversión, ni milagros financieros. Solo un sueldo modesto, penurias y estrecheces. Tú tienes tu piso en Chamberí, tu seguridad, tu colchón… pero yo he vuelto a la casilla de salida. Y si para sobrevivir tengo que ser «el doctorcito» de Purita o el «bro» del vecino, lo seré. La dignidad es un lujo que solo se pueden permitir los que tienen dinero.

Alicia le escuchaba con una opresión en el pecho que amenazaba con asfixiarla. La brecha se estaba abriendo, pero no era la brecha espiritual que ella esperaba. Era una sima social y económica aterradora. El Félix que ella amaba —aquel intelectual atormentado por las sombras de un linaje herido— se estaba disolviendo ante sus ojos, cual espejismo que se desvanece. En su lugar, quedaba solo el tipo del chándal. Un hombre que se movía con naturalidad entre la sordidez, aceptando el café rancio de una anciana grosera como si aquello, y no la elegancia y la distinción, fuera su verdadero elemento.

—¿Y pretendes que yo comparta esto? —preguntó ella en un hilo de voz—. ¿Cuatro años en veinte metros cuadrados, escuchando los pedos del vecino?

Félix se encogió de hombros con una frialdad resignada.

—Nadie te obliga, Alicia. Tú siempre puedes volver a tu palacio de cristal, pero yo no voy a vivir de tu caridad. Este es mi mundo ahora. Si tu voto de pobreza solo funciona con calefacción central y vistas al parque, quizá es que nunca fue tan profundo como creías.

Alicia bajó la cabeza, herida por la lógica despiadada de Félix. Cuestionando su coherencia, la estaba encadenando a aquel estudio. Estaba atrapada en una pinza perfecta: entre el asco visceral por aquella realidad de ganchillo y orina, y el pánico cerval a descubrir que, bajo su abrigo de tres mil euros, no quedaba ni rastro de la iluminada que aspiraba a ser. Su orgullo se negaba a pagar el precio de la huida: la aceptación de su propia hipocresía.

Alicia permaneció un largo minuto observando la mancha de humedad del techo. Aquellos contornos amarillentos, enmohecidos, parecían burlarse de sus delirios de privación. De pronto, algo en su interior sufrió una quiebra silenciosa; un desprendimiento definitivo. Aquel andamiaje de santidad que Félix había construido con tanto esmero durante meses —esa catedral de palabras nobles y renuncias estéticas— se desplomó bajo el peso insoportable de una realidad vulgar.

—Ya no te quiero, Félix —dijo con una voz que, por primera vez, no buscaba la armonía, sino la supervivencia—. Se me han abierto los ojos. Pero no de la forma que tú querías.

Félix no se movió. Se quedó apoyado en la encimera de la cocina integrada, con el vaso de agua vacío en la mano. No hubo gritos, defensas apasionadas ni intentos de manipulación. Se limitó a asentir con una lentitud solemne, con esa comprensión infinita que tanto la había cautivado.

—Lo entiendo, Alicia —respondió él con suavidad—. La realidad es un ácido que corroe las fantasías más bellas.

—Tal vez sea una frívola —replicó ella, mientras rescataba su bolso de marca del sofá con movimientos nerviosos, casi

violentos, como quien recupera a un herido en combate—. Tal vez sea una inmadura y una burguesa vacía. Pero esto... este olor, este ruido, esta fealdad de chándal y café amargo... ¡Esto no lo aguanta ni el Dalai Lama! No puedo vivir en el espíritu, si mi cuerpo se muere de asco. No soy como tú, Félix. No puedo serlo.

Félix seguía allí, estático. Se encontraba apoyado en la encimera, como un espectador que observa el final de una obra de teatro que ya ha visto demasiadas veces. Era el gesto de alguien que ya conoce el guión pero que, pese a todo, se queda hasta que cae el telón. Y entonces Alicia lo vio: una lágrima solitaria, dejando un rastro brillante, surcaba la mejilla de Félix.

Nunca llegó a saber si era una lágrima de arrepentimiento, de soledad absoluta o, simplemente, la pena de un corazón roto. No se quedó a averiguarlo.

—Me vuelvo a mi mundo —sentenció ella—. Prefiero mi «palacio de cristal» y mi vacuidad, antes que esta verdad de patio de luces. Adiós, Félix.

Salió al rellano y recorrió el pasillo de baldosas desgastadas a una velocidad suicida. Huía de la opresión de los tabiques de pladur, que parecían cerrarse sobre sus hombros. No había escalones que la separaran de la libertad, solo unos metros de penumbra que olían a humedad rancia. Sin embargo, al llegar al portal, la pesadilla todavía le guardaba un último acto.

Allí estaba doña Purita, bloqueando el paso con su carrito de la compra —un armatoste de lona raída y ruedas chirriantes—, como una gárgola doméstica que custodiaba las puertas del infierno.

—¡Ay, doctora! ¿Ya se va? —exclamó la anciana, asomando su rostro de piel caduca—. Vaya, vaya... que se la ve con mucha prisa. Mire lo que le digo: no corra tanto en la calle y corra más en la alcoba, que el reloj de la vida no perdona. ¡Que luego las gallinas viejas solo ponen huevos hueros! ¡Venga, a procrear, que para eso Dios nos ha hecho mujeres!

El rostro de pergamino de Purita, con sus ojos hundidos y brillantes de una curiosidad carroñera, se interponía entre ella y el aire de la calle. El carrito de la compra, cargado de botes metálicos y verduras mustias, era una barricada de miseria que Alicia decidió asaltar sin pronunciar una sola palabra.

Con un movimiento brusco y preciso, Alicia agarró el asa del carrito y lo desplazó lateralmente contra la pared, con una fuerza que no sabía que tenía. El estrépito de los botes chocando contra el yeso resonó en el portal como un disparo. Purita, sorprendida por la violencia del gesto, soltó un graznido de protesta, pero Alicia ya no escuchaba.

Empujó la puerta del portal con el hombro y salió al exterior. El aire de Madrid, frío y cargado de monóxido de carbono, le pareció en ese instante embriagador. No miró atrás. Caminó hacia su coche, sintiendo que con cada zancada sus tacones recuperaban el pulso de la realidad, dejando atrás el teatro de sombras de Félix y el olor de una vida que se negaba a aceptar como propia.

Félix, desde el ventanuco de su estudio, escuchó el golpe metálico del portal contra el marco de granito. Fue un sonido seco, definitivo; un eco que inundó los veinte metros cuadrados del piso. Se quitó el resto del chándal con lentitud, dejándolo caer en un rincón, como quien se despoja de un disfraz de teatro sucio que ya no cumple ninguna función.

Unos nudillos golpearon la madera de la puerta, que aún conservaba la vibración de la huida de Alicia.

—Adelante —dijo Félix, cuya voz sonó completamente plana.

La puerta se abrió y doña Purita entró en la estancia, pero ya no arrastraba los pies. Su zancada era firme, decidida, y el carrito de la compra avanzaba con una agilidad agresiva. Sin mediar palabra, la anciana se llevó las manos a la nuca. Con un chasquido de polímero y sudor, se arrancó la peluca de rulos y, acto seguido, comenzó a pelarse el rostro. La máscara de látex,

una pieza hiperrealista que incluía cada capilar roto y cada mancha senil, se desprendió con un crujido húmedo.

Don Arcadio emergió de esa crisálida de goma que le sirvió de disfraz, resoplando aliviado. Su rostro, surcado por una barba de tres días y una palidez de sótano, relucía bajo la luz mortecina.

—Maldita sea, Félix —gruñó Arcadio, arrojando la cara de Purita sobre la mesa de fórmica como si fuera un guante usado —. Qué asco, ese pegamento... Pero ha valido la pena, ¿verdad? ¡Había que verle la cara a la doctora!

Arcadio soltó una carcajada ronca y cínica mientras comenzaba a desabrocharse la bata de flores, revelando su propia ropa raída debajo.

—Ha sido sublime. La has dejado seca, muchacho. ¡Sin anestesia, como a ella le gusta!

Félix no respondió. Se había quedado en silencio, observando el vaso de agua vacío que Alicia no llegó a terminar. Su inmovilidad era absoluta, de una rigidez ambigua. Arcadio no sabía distinguir si era la del triunfador que saborea su victoria o la de la estatua que empieza a agrietarse.

—¿Y bien? —insistió Arcadio, extrañado por el mutismo del joven—. ¿No dices nada? El plan ha salido a pedir de boca. ¡Ya te ha dejado la «iluminada»!

—Ha salido bien —se limitó a decir Félix.

Se acercó a la encimera y comenzó a lavar el vaso con una minuciosidad enfermiza, concentrado en eliminar cualquier huella labial que Alicia hubiera podido dejar. Arcadio le observó entornando los ojos, con la suspicacia de quien conoce todos los rincones de la avaricia.

—No me digas que te ha dado un ataque de sentimentalismo —se burló el viejo, rebuscando un cigarrillo entre los pliegues de su disfraz—. El dinero no tiene corazón, y yo pensaba que tú tampoco.

Félix no contestó. Siguió frotando el cristal, de espaldas al

viejo, mientras el rastro brillante de aquella lágrima solitaria terminaba de secarse en su mejilla, oculta por las sombras del fregadero.

Capítulo XII - El último adiós

Los días que sucedieron a su ruptura con Alicia, Félix se dejó ver lo estrictamente necesario. No abandonó su caverna más que para ir al trabajo, e incluso en él se mostró reservado. Todavía no había pasado una semana, pero una tarde tomó la decisión: tenía que visitar al patriarca. Resuelto a ello, cruzó el umbral de la clínica oftalmológica, despojado de cualquier artificio.

Aquel día, no vestía ningún traje de los que Arcadio le prestaba de su armario de difuntos. Tampoco lucía en su muñeca el *Nautilus* que tanto brillo otorgaba a su farsa. Se presentó con una camisa de algodón corriente y unos pantalones de loneta: la misma ropa con que vestía el primer día que pisó Madrid. Su apariencia no denotaba ninguna pretensión; tenía el aspecto de un joven que se asoma a la vida con más dudas que certezas. Era una indumentaria que gritaba derrota; una renuncia a la elegancia que, hasta hacía poco, le había servido de salvoconducto.

La recepción de la clínica parecía una extensión del apartamento de Alicia. Aquella estancia era un prodigio de diseño minimalista, donde el cristal y la luz indirecta creaban una atmósfera de transparencia absoluta. Tras un elegante mostrador blanco, aguardaba la recepcionista. Meses atrás, le recibía con una sonrisa ensayada y una dócil inclinación de cabeza, pero no levantó la vista al verle entrar.

—Buenos días —dijo Félix, cuya voz sonó suave, ligeramente quebrada.

La mujer levantó los ojos. En su mirada no había reconocimiento, sino una evaluación rápida del valor de mercado de quien tenía enfrente. El obsequioso trato que

siempre le dedicaba se había evaporado, dejando paso a una aspereza huidiza. Como si Félix sufriera una enfermedad contagiosa que pudiera manchar la pulcritud del mostrador.

—Dígame —respondió ella, con una sequedad que cortaba el aire.

—Querría ver al doctor Leopoldo, por favor. Sé que no tengo cita, pero solo necesito cinco minutos.

La recepcionista esbozó una mueca que procuraba ser una sonrisa profesional. No lo logró. El resultado fue un gesto de desprecio mal disimulado.

—El doctor está muy ocupado, caballero. Su agenda está cerrada desde hace semanas. Si desea pedir cita para una revisión, puedo mirar para el próximo mes.

—No vengo como paciente, se trata de algo personal. Solo son cinco minutos —insistió con la mirada baja, en un tono suplicante que inspiraba lástima—. Dígale que soy Félix. Él me entenderá.

Se produjo un silencio tenso. La mujer parecía dudar entre llamar a seguridad o cumplir con el engorroso trámite. No le quedó otra opción que descartar lo primero, pues Félix se había dirigido a ella con una educación exquisita. Su gesto era hasta vulnerable. Como había pacientes cerca que habían sido testigos, se sintió forzada por la situación. Asintió finalmente, para guardar las formas. Marcando una extensión en el teléfono interno, hablaba con Leopoldo en voz muy baja, mientras lanzaba miradas furtivas a la ropa sencilla de Félix.

—Dice el doctor que se siente —informó al colgar, señalando con un gesto vago la sala de espera—. Le atenderá cuando tenga un hueco. Si puede.

Félix inclinó la cabeza con resignada obediencia y tomó asiento en una de las sillas de cuero de la sala. La espera, convertida en una especie de ritual, se inició en medio de revistas de lujo y folletos que prometían una visión inmejorable,

gracias a lentes intraoculares.

Transcurrió la primera hora. La consulta del oftalmólogo era un constante ir y venir: ejecutivos con sus maletines de piel, damas adineradas que dejaban una estela de fragancias costosas y ancianos de porte distinguido, como vestigios de viejos linajes. Todos buscando a Leopoldo para que les devolviese la luz. Una enfermera entraba y salía, portando expedientes con aire apresurado, sin dedicarle a Félix ni una sola mirada.

El tiempo, ese activo que Félix valoraba por encima de todas las cosas, se estancaba con una calma exasperante. Él permanecía inmóvil, observando el rítmico segundero de un reloj de pared. Cada minuto que pasaba era una lección de humildad impuesta por Leopoldo; un castigo silencioso por haber osado molestarle bajo su nueva condición plebeya.

***

Noventa minutos después de su llegada, la sala de espera ya empezaba a vaciarse. La luz de la tarde declinaba sobre los cristales de la clínica. Fue entonces cuando la recepcionista pronunció su nombre, con una voz desprovista de toda cortesía.

—El doctor le recibirá ahora. Pase al fondo, despacho tres.

Félix se levantó despacio, alisándose la camisa, y caminó con pasos silenciosos a la consulta de Leopoldo. Llamó a la puerta y entró en el despacho cuando él se lo indicó. Si el resto de la clínica era minimalista, el despacho era una selva de vanidad casi grotesca. Un monumento decorativo al ego del patriarca. Allí hasta el aire era distinto: una mezcla de perfume de sándalo caro y el aroma rancio del cuero viejo, que parecían desplazar a los gases normales de la atmósfera terrestre.

Las paredes no dejaban espacio al descanso visual. Estaban recubiertas de marcos de pan de oro que protegían una legión de diplomas. Para un ojo profano, aquello era el currículum de un

genio; para cualquier médico, si los leía con atención, no eran más que certificados de asistencia a simposios de fin de semana, cursillos de gestión de clínicas y charlas patrocinadas por los laboratorios farmacéuticos. Títulos vacíos de rigor científico, pero cargados de una tipografía gótica que intentaba impregnarlos de una importancia que no tenían.

Presidiendo la estancia, tras el inmenso escritorio de cristal ahumado, colgaba un retrato al óleo del propio Leopoldo. En la pintura, con una bata blanca inmaculada y una mirada visionaria, sostenía un oftalmoscopio como si fuera un cetro real. Era la imagen de un hombre que, cada vez que levantaba la vista, necesitaba recordarse a sí mismo quién era.

Leopoldo estaba sentado en su silla ergonómica de diseño, una estructura de acero y piel, que parecía más un trono que un asiento de trabajo. Adoptaba una postura desparramada, sin ninguna pretensión de cortesía o decoro. Ni siquiera se inmutó al ver aparecer a Félix. No hubo el menor ademán de levantarse, ni le tendió la mano. Se limitó a sostener un vaso de cristal grueso y tallado, donde un líquido ambarino con dos cubos de hielo tintineaba rítmicamente. El patriarca dio un sorbo lento, saboreando el alcohol con un deleite altivo, sin el mínimo gesto de ofrecer otro vaso a su visitante.

—Buenas tardes, Leopoldo —dijo Félix, deteniéndose a una distancia prudencial del escritorio. Su tono era de una afabilidad exquisita, donde sonaban ecos de modestia y deferencia. Inclinó levemente la cabeza, manteniendo una sonrisa de respeto bíblico —. Te agradezco mucho que me recibas, de verdad. Ya sé que tu tiempo vale oro.

Leopoldo no le invitó a sentarse. Félix permaneció de pie, como un reo ante un magistrado sobre un estrado de madera. Mientras, el oftalmólogo dejaba su bebida sobre un posavasos de plata. Prolongando el silencio, se ajustó el nudo de su corbata de seda, mirando a Félix con una sequedad que rozaba el desprecio. Sus ojos examinaron la camisa barata de Félix, frunciendo el

ceño con un gesto disconforme.

—¿Qué quieres, Félix? —preguntó Leopoldo, con una voz metálica, desprovista de cualquier rastro de la antigua familiaridad—. Te ruego brevedad. En un rato tengo un compromiso.

La postura de Félix reflejaba derrota. Una mirada baja, unos hombros ligeramente hundidos, cargaban con el peso invisible del fracaso. Finalmente, su voz surgió como un susurro melancólico, un hilo de seda cargado de tristeza.

—Leopoldo, no pretendo robarte mucho tiempo —se explicó Félix, con un temblor casi imperceptible en la palabra—. Solo quería despedirme. La desgracia se ha cebado conmigo, con una crueldad que no supe prever. He perdido mi patrimonio, mis ahorros… ¡Y algo mucho peor: he perdido a Alicia! Ella es lo mejor que nunca me ha pasado, lo que más he querido en mi vida. Solo quedan dos cosas: el dolor y el vacío.

Hizo una pausa, tragando saliva con dificultad, como si las palabras le quemaran. Leopoldo seguía balanceando su vaso, observando el hielo. No se dignaba a dirigirle la mirada

—Sin embargo —continuó Félix, levantando los ojos solo un instante para buscar la mirada del oftalmólogo—, antes de marcharme, necesitaba decirte una cosa. A pesar de lo ocurrido, he encontrado en ti algo que el dinero no puede comprar. Al principio no lo esperaba, Leopoldo: has sido un referente para mí. Un mentor cuya sombra me daba seguridad. Más que un futuro suegro, casi veía en ti a un padre, a un auténtico patriarca de la vida y de la medicina. Tus conversaciones, tus enseñanzas sobre la excelencia y tu ejemplo como hombre de éxito… ¡Han sido una inspiración en estos meses en Madrid! He sido derrotado, es cierto; pero también estoy agradecido, por haber conocido a alguien de tu estatura moral y profesional.

El silencio que siguió fue denso. Félix permaneció inmóvil. Su humildad era una ofrenda en el altar de la vanidad del patriarca.

Cualquier ser humano, al menos por un momento, hubiese sentido una punzada de compasión. Leopoldo, sin embargo, no era cualquier ser humano.

El oftalmólogo apuró su bebida, dejando que el último cubo de hielo golpeara el cristal con un sonido seco. Dejó el vaso sobre la mesa, se reclinó en su trono de cuero y suspiró con un aburrimiento infinito.

—Mira, Félix —comenzó Leopoldo, rompiendo el silencio con una voz casi cortante—. Tus palabras son muy hermosas, pero la realidad no se alimenta de sentimientos, sino de hechos. En el fondo, no eres más que un crío. Un irresponsable que ha jugado a ser hombre de mundo, sin tener lo que hay que tener.

El patriarca guardó silencio durante unos instantes. Félix bajó la cabeza, como un niño reprendido.

—¿Te atreves a decir que yo he sido tu ejemplo? —continuó Leopoldo—. Pues no has aprendido nada. De ser yo tu referente, nunca hubieses perdido todo tu dinero de una manera tan idiota.

Los ojos de Félix empezaban a empañarse. Leopoldo, haciendo un gesto de impaciencia, consultó la hora.

—El tiempo pone a todo el mundo en su sitio, Félix. Así que no me hables de figuras paternas. ¡Los padres enseñan a sus hijos a mantenerse en pie, a valerse por sí mismos, y no a lloriquear en consultas ajenas! —el patriarca hizo una pausa, dedicándole una mirada intensa y fría—. ¿O es que vienes a pedirme dinero?

Félix se encogió, como si la sola mención de lo económico fuera un latigazo físico. Un ligero temblor le recorrió las manos, que apretó con fuerza contra sus muslos, y su rostro adoptó una expresión de angustia tan vívida que Leopoldo, por un instante, dejó de balancear el hielo en su vaso.

—No, por Dios, Leopoldo… —exclamó Félix, con la voz entrecortada por una agitación que parecía nacer del honor herido—. Me estremece que pienses algo así. Nada más lejos de mi intención, te lo aseguro. Me dolería profundamente que

nuestra última conversación dejara en ti esa mancha, esa falsa impresión.

Félix dio un paso hacia el escritorio, deteniéndose justo antes de invadir el espacio del patriarca, manteniendo una distancia de respeto casi sagrado.

—Tienes toda la razón en lo que has dicho —prosiguió, bajando el tono hasta convertirlo en una confesión dolorosa—. La responsabilidad de mis errores es mi único patrimonio ahora, y la cargaré yo solo. He sido un necio. Es cierto que te he visto como un referente, pero no he estado a la altura. Por favor, no pienses que he venido a buscar un auxilio que no merezco. Solo quería que supieras que me voy con la lección aprendida, aunque el precio haya sido mi ruina.

Leopoldo, al comprobar que su bolsillo no corría peligro, relajó visiblemente la tensión de sus hombros. La sospecha de la «petición de mano» económica se disipó, dejando paso a una complacencia todavía más tóxica: la satisfacción de ver a Félix postrado ante su superioridad moral. Apuró su bebida de un trago y dejó el vaso sobre el escritorio, con un golpe seco y sonoro, como el martillo de un juez.

—Bien, me alegra oír eso —respondió Leopoldo. Su tono se volvió algo más ligero, pero seguía siendo una arista de cuarzo: transparente y cortante—. Reconocer la propia incapacidad es el primer paso… para no volver a estorbar en los círculos que no nos corresponden. Te deseo lo mejor en tu futuro, Félix, sea cual sea el rincón al que decidas retirarte.

El oftalmólogo se puso en pie por primera vez. No para estrechar la mano de Félix, sino para recoger su chaqueta del respaldo de la silla. El gesto era una orden de expulsión silenciosa.

—Ahora, si me disculpas, debo marcharme; mis compromisos me apremian. Como bien decías antes, mi tiempo vale oro, y el oro no se desperdicia.

Leopoldo se ajustó los puños de la camisa, mirando más allá de Félix, con una expresión de suficiencia; como si el joven fuese un espectro que ya empezara a desvanecerse.

—Adiós, Félix. Que te vaya bien.

Félix asintió por última vez, dejando que una lágrima solitaria rodara por su mejilla. Se dio entonces la vuelta, con una torpeza que casi le hizo tropezar. Salió del despacho con el paso rápido, como si huyese de un incendio. Sus hombros caídos parecían cargar con la vergüenza de sus culpas.

Al cruzar de nuevo la sala de espera, el silencio se acentuó. Los pacientes —aquellos ejecutivos de mirada nítida y damas de linaje— detuvieron sus lecturas. Sus ojos interrogantes se clavaban en él como alfileres; no entendían qué hacía aquel joven, de aspecto descuidado y rostro empañado por el llanto, en un templo dedicado a la perfección visual. Al pasar frente al mostrador, la recepcionista —que había seguido cada segundo de su humillación—, le dedicó una sonrisa hiriente. Un gesto de victoria de clase, que celebraba su expulsión definitiva del círculo de los elegidos.

Félix no levantó la vista. Se dirigió hacia la salida con una urgencia patética. Cuando llegó a las puertas giratorias, estas parecieron acelerar su ritmo, para escupirlo hacia la calle.

Apenas el cristal dejó de girar a su espalda, su rostro se transfiguró. Las lágrimas se evaporaron sobre su piel, como gotas de agua sobre metal incandescente. Sus ojos, antes nublados por un falso dolor, se volvieron dos cuentas de vidrio frío. Su semblante no reflejaba nada: era una máscara de hielo, desprovista de toda humanidad.

Con una expresión plana, de una vacuidad aterradora, empezó a caminar con paso firme. Anduvo durante un rato, sorteando a la multitud con la indiferencia de quien camina entre sombras.

Capítulo XIII - La hoguera de las vanidades

El sótano de la calle Claudio Coello se había quedado pequeño para la magnitud de la victoria. Arcadio citó a Félix en un edificio abandonado en el distrito de Tetuán. Él lo llamaba «el búnker». Era una cicatriz de hormigón de los años setenta que, por fuera, simulaba una ruina industrial; pero que en sus entrañas escondía el verdadero centro de operaciones del viejo usurero. Era el lugar donde la realidad, carente de artificios, mostraba su esqueleto de cifras y deudores.

Ascendieron en un montacargas que gemía con un lamento metálico, como si el hierro protestara por soportar el peso de tanta ruindad. Félix observaba a Arcadio: el anciano parecía haber rejuvenecido diez años. La piel se revelaba más tersa, con un vigor prestado; como si la desgracia de Leopoldo infundiera sangre fresca en sus arterias endurecidas. La risa le brotaba en forma de accesos convulsos. Cada vez que Félix le recordaba detalles de su ruptura con Alicia, unos espasmos indecentes le sacudían el pecho. Una satisfacción perversa enardecía su moral torcida, en aquel santuario de la avaricia.

—¡Gallina vieja! ¡Le dije gallina vieja! —se atragantaba Arcadio, secándose las lágrimas con un pañuelo amarillento, cuya antigüedad superaba la suya—. Valió la pena comprar a las vecinas y a los macarras de la gasolinera. ¡Es oro puro, Félix! Se fue creyendo que es una frívola. ¡Encima carga con la culpa de la ruptura! Eres un artista del alma humana, muchacho. ¡La has hecho tu marioneta!

—El patriarca es todavía más tonto —añadió Félix—. Estuve en su consulta y le monté un melodrama precioso, como despedida. Es imposible que sospeche nada, ya ni se acuerda de

que existo. Me considera un desecho humano. Si él supiera…

Llegaron a la última planta y Arcadio sacó un manojo de llaves. Abrió una puerta blindada que desentonaba con las paredes desconchadas. Al entrar, un aroma denso y químico inundó el olfato de Félix, sin que todavía pudiese ver nada: una mezcla de tinta de seguridad, papel prensado y el sudor de las miles de manos que habrían tocado aquel dinero, antes de que llegase a ellos.

Era una habitación sin ventanas, iluminada por tubos fluorescentes que emitían un zumbido eléctrico constante. Ocupando estanterías metálicas que trepaban del suelo al techo, ordenados con una precisión que habría conmovido a un bibliotecario, descansaban los diez millones de euros. Los fajos, envueltos en bandas de plástico transparente, como muestras biológicas, estaban clasificados según el cromatismo de la estafa: el ocre de los cincuenta, el verde esmeralda de los cien y el púrpura imperial de los quinientos. Era una geometría del fraude, una arquitectura de celulosa que representaba la ruina total de Leopoldo, del doctor Fraile, de Álvaro y de tantos otros incautos que habían hipotecado sus vidas por una quimera.

Félix caminó hacia las estanterías con una lentitud ceremonial, contemplando el dinero con verdadera reverencia. Era la primera vez que Arcadio le veía mostrar respeto por algo que no fuera su propio reflejo. Extendió la mano y acarició el lomo de un bloque de billetes de cien euros, con la delicadeza de una madre que acaba de dar a luz a su primer hijo. La superficie helada de su rostro se transformó al contacto con el papel. Sus pupilas se dilataron hasta devorar el iris, y una tensión eléctrica recorrió sus facciones, dotándolas de una belleza depredadora y maligna. El viejo usurero se estremeció al ver aquella ambición tan pura, tan patológica, que superaba con creces su propio afán de poseer.

—Míralo, Arcadio —susurró Félix, cuya voz no era humana; era el siseo de una llama consumiendo oxígeno—. Aquí está la

esencia de la civilización. Dicen que el dinero es la raíz de todo mal, pero mienten. El dinero es la única verdad. ¡Es la única ley que se cumple! Todo lo demás… el honor, el amor, los dioses… Son los disfraces que inventan los débiles para soportar que no tienen esto.

Félix se giró hacia Arcadio, y el viejo retrocedió. En la mirada del joven, no encontró una chispa de codicia, sino la ausencia absoluta de luz. Su gesto era una máscara inhumana; una expresión ausente, tan vacía, que le produjo un miedo visceral. No era simple maldad lo que emanaba: eran los ojos de la depravación.

—¿Sabes qué siento, Arcadio? —continuó Félix; su voz no rebotaba en las paredes, sino que parecía surgir de ellas—. Esto no es suficiente. Queda mucho trabajo por hacer, y no es por lo que pueda comprar con esto.

Mientras pronunciaba estas palabras, su rostro no expresaba nada; era la facies del vacío. Su entonación era tan plana, tan carente de prosodia, que no parecía nacer de una garganta humana.

—No quiero yates, islas ni mansiones. Quiero el vacío que deja el dinero una vez arrancado de sus dueños. Ver la cara de Leopoldo cuando comprenda que es el patriarca de la indigencia. ¿No me entiendes, Arcadio? Este dinero es el tiempo que han perdido acumulándolo. Cada billete es un fragmento de sus vidas, que ahora me pertenecen. Soy dueño de su pasado y de su futuro. ¡Su Dios, que ha decidido que no tengan nada!

La avaricia de Félix no era pasión mundana; era una patología metafísica. Irradiaba un odio puro hacia la humanidad que le servía de alimento; un canibalismo que parecía financiero, pero era existencial. Arcadio, que siempre había visto el dinero como una seguridad mal entendida, comprendió entonces que para Félix era un objeto de culto, de carácter sagrado. Para el viejo usurero, el gasto era una grieta en su escudo; para Félix, un sacrilegio, una blasfemia al Dios al que rezaba.

—Estás loco, muchacho —murmuró Arcadio con una mezcla de pavor y respeto—. Pero tienes razón. El dinero es poder, y el poder solo se disfruta cuando se ejerce sobre otros.

El viejo caminó hacia una de las estanterías y golpeó un fajo con el dedo. El papel seco emitió un chasquido inerte, que deleitó los sentidos de ambos.

—Ya tenemos la leche, Félix. Esas vacas no dan para más —dijo Arcadio, recuperando su tono pragmático y cruel—. Lo que queda de ellas solo es carroña. Ha llegado el momento del sacrificio.

Félix asintió, recuperando de golpe su compostura de hielo, aunque el brillo demente seguía en el fondo de sus ojos azules.

—Esa matanza es justicia divina —sentenció Félix—. Han profanado todo el dinero que ha pasado por sus manos. Quitárselo no es un delito: es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, porque han ofendido a Dios.

El silencio se cerró sobre ellos como una losa de mármol. Félix extrajo de su bolsillo interior una fotografía de familia, con los bordes arrugados por el peso de su propia indiferencia. En ella, Leopoldo, Virginia y Alicia sonreían bajo el sol del verano, de aquella vida que ya no les pertenecía. Con la solemnidad de un sumo sacerdote, se detuvo en el centro exacto de la estancia. Depositó la foto en el suelo, sobre el hormigón desnudo, y le prendió fuego con una cerilla.

Las llamas devoraban los rostros con una lentitud hipnótica. Arcadio y Félix permanecieron inmóviles, con una seriedad absoluta, como si el crepitar del papel fuera un mensaje divino. No hubo palabras de odio ni gestos de revancha; solo el silencio pesado del hormigón. El humo gris formaba espirales perfectas mientras ascendía al techo, desvaneciéndose en la penumbra. Procedentes de la combustión del papel, se elevaban también pavesas que revoloteaban como polillas malditas. Allí, entre esos muros de papel moneda, el ambiente se volvió denso y amargo,

cargando las cenizas de una estirpe. El aire no olía a triunfo ni a derrota, sino a la paz de un cementerio: la quietud absoluta de quien ha logrado, por fin, extraer la vida de una familia y reducirla a una suma exacta.

***

En casa del patriarca, el silencio tras la Navidad ya no era calma, sino la tensión de una estructura a punto de quebrar. Leopoldo habitaba una vaga sospecha que, por momentos, somatizaba en un nudo incierto en el abdomen; una molestia que intentaba ignorar, aferrándose a sus delirios de poder. Sus caricias compulsivas al *Daytona* eran su forma de aliviarla, buscando en el acero la confirmación de su valía; como si aquel metal fuese el antídoto de la duda. Distorsionaba sus recuerdos para verse a sí mismo como un gran inversor, que había visto a los demás capitular ante Arcadio, y racionalizaba sus miedos como simple agotamiento. Se negaba a aceptar que el suelo ya no era sólido. El presagio era un murmullo de fondo, pero constante, en su conciencia. Hasta que un día, estando en su consulta, el teléfono vibró. Fue una sacudida seca, una insistencia fúnebre, que rompió bruscamente el cristal de su arrogancia.

—¿Sí? —respondió Leopoldo. Intentó proyectar la autoridad de siempre, pero su voz era un trapo viejo que no lograba envolver el pánico.

— *Herr* Leopoldo —la voz del alemán llegó con una nitidez digital, fría y cortante como una cuchilla. Había desaparecido la calidez de la última reunión; ahora era un filo de acero—. Le llamo para darle el cierre oficial a nuestra... aventura.

—¿El cierre? No entiendo. Quedamos en que el «viento de proa» era una turbulencia temporal —tartamudeó Leopoldo. Sintió que los diplomas de las paredes se convertían en los testigos mudos de su humillación.

—El viento de proa ha hundido su barco, doctor. Así funciona esto. Por desgracia, las cosas no han salido como usted esperaba —el alemán soltó una carcajada seca, una burla que le heló la sangre—. Ha sido un placer ordeñarle, pero sus ubres ya están vacías. Siempre encontramos ganado nuevo, no se preocupe por nosotros.

—¡Escúcheme! No pueden hacerme esto... tenemos contratos, yo sé quiénes son... —gritó Leopoldo. Su voz sonó como la súplica de un náufrago que intenta dar órdenes a las olas.

—Usted no sabe nada, doctor. No pierda el tiempo buscándonos. Ahora mismo, nuestra oficina ya es un local vacío con un cartel de «se alquila». En realidad, nunca estuvimos allí. Disfrute de lo que le quede. *Auf Wiedersehen*.

El tono de comunicación cortada fue el disparo de salida de la tragedia. Leopoldo contempló el teléfono como si fuera una serpiente que acabara de morderle. Intentó llamar a Sophie, al francés, incluso a Arcadio. Todos los números habían muerto. Las líneas eran desiertos de estática.

El hombre que se creía el «macho alfa» de la inversión se quedó reducido a un eunuco financiero; un muñeco de trapo en una silla de diseño que ya no le pertenecía. El patriarca permaneció sentado, con la mirada perdida en el brillo hipócrita de su escritorio de cristal. La voz del alemán seguía resonando en sus oídos como una sentencia judicial que no admitía recurso. Por primera vez en décadas, no hizo un diagnóstico de un paciente; lo hizo de sí mismo. Y el pronóstico era terminal.

La ruina, como la muerte, es una gran simplificadora. El oftalmólogo se dio cuenta, con una punzada de vértigo al revisar su balance financiero, de que el lujo no era una coraza, sino una fachada. Había vivido en una permanente huida hacia delante, dilapidando dinero que aún no poseía, para proyectar una imagen que ahora le resultaba ridícula. Coches comprados pensando en los vecinos, el costoso mantenimiento del chalet, viajes planificados para alimentar la envidia ajena y no el

disfrute propio... Todo se sostenía en un equilibrio de cristales rotos; una enfermedad crónica que, finalmente, se había descompensado.

Dos millones de euros. La cifra no era solo un número; era una losa de granito que le aplastaba físicamente. Empezó a hacer cálculos frenéticos, tratando de encontrar una salida; pero la aritmética es sorda a la desesperación. Para satisfacer las cuotas de ese dinero prestado, tendría que trabajar como un esclavo el resto de su vida. Ahí radicaba el horror, y es que ya lo estaba haciendo. El día no tenía más horas, ni la semana más días. Ni su vida muchos más años. Como le había dicho el alemán, sus ubres estaban secas. Ya no quedaba margen de maniobra; no había esperanza de recuperación. La impotencia le provocó una náusea física. Él, que siempre había despreciado la debilidad ajena desde el pedestal de su prosperidad, ahora estaba atrapado en la telaraña de la deuda.

Leopoldo volvió al chalet con la rigidez de un autómata. Lo que por la mañana había sido su ciudadela de éxito, ahora lo sentía como un mausoleo prematuro. En lugar del consuelo de su casa, solo encontró el eco solitario de sus pisadas huecas sobre el mármol.

La escena que le recibió fue de una crudeza doméstica insoportable. Virginia no le esperaba, como tantas veces, con una copa de vino de bienvenida. Su mujer deambulaba por el salón como un animal enjaulado, con el rostro descompuesto por una furia que Leopoldo, en su aturdimiento, apenas percibió.

—¡Se ha marchado, Leopoldo! ¡Esa desagradecida se ha marchado, sin decir ni una palabra! —gritó Virginia nada más verle, sin saludarle siquiera.

Leopoldo la miró sin verla.

—¿Quién? —preguntó con una voz que parecía venir de otra habitación.

—¡Pues Corazón, la «chacha»! ¿Quién va a ser? ¡Se ha ido! No

hay rastro de ella, ni una nota. Nada. Ha dejado el uniforme sobre la cama de su cuarto. ¡Es intolerable! ¡Con todo lo que hemos hecho por ella!

Rose era para él una pieza más del mobiliario; un engranaje silencioso que mantenía la ficción de su comodidad. Que no estuviera le importaba tan poco como si se hubiera fundido una bombilla en el sótano.

Virginia, sin embargo, estaba histérica. Para ella, la desaparición de Rose no era una baja laboral; era un atentado contra su estatus. Una casa sin servicio era una casa vulnerable, una grieta por la que empezaba a filtrarse la vulgaridad de la clase media que tanto temía.

—No le des importancia, Virginia. Ya volverá... o no. Da igual —murmuró Leopoldo, dejándose caer en su sillón.

—¿Que no le dé importancia? —ella se plantó frente a él, con los ojos inyectados en sangre—. Mañana tengo la cena con las del patronato. ¿Quién va a servir? ¿Quién va a recoger? Necesitamos otra mañana mismo, Leopoldo. Llama a la agencia, haz algo. No podemos permitir que se corra la voz de que no tenemos ni para mantener a una interna.

Leopoldo cerró los ojos. Mientras Virginia gritaba sobre agencias de colocación y el escarnio de tener que hacerse ella misma el café, él solo podía ver la losa de los dos millones. Su mujer seguía exigiendo piezas nuevas para un decorado que ya no tenía suelo. Ella percibía que su marido estaba extrañamente abstraído, pero su egoísmo le impedía ver más allá de la ausencia de la sirvienta.

—Hay que buscar a otra. Una que sea profesional, no como esa muerta de hambre —insistía ella, subiendo su voz de tono en una espiral de ansiedad social—. Leopoldo, ¿me estás escuchando? ¡Mañana mismo quiero a alguien aquí!

Él no respondió. Había quedado confinado en la impiedad de sus números rojos, donde ya no cabían las cenas del patronato ni

el chillido constante de su mujer, aún ignorante de su inminente ruina. Leopoldo pensó que, en ese círculo social que Virginia tanto valoraba, carecer de servicio sería un mero susurro. El verdadero estruendo llegaría con la noticia de su quiebra, que sería más sonoro que las trompetas de Jericó.

—No hay mañana, Virginia —dijo él, con voz apagada—. Se ha acabado todo.

Ella se detuvo en seco. En su mano derecha, sostenía un trapo de cocina, que agitaba como el estandarte de su indignación. Lo miró con una expresión vacía, la propia de quien ha vivido protegida por muros de dinero. No era una mujer dotada para la sutileza; su inteligencia siempre había sido un músculo atrofiado por la comodidad. No concebía que el mundo pudiera dejar de girar a su antojo.

—¿Qué tonterías dices? Deja de dramatizar y coge el teléfono. Si no quieres llamar a la agencia, lo haré yo, pero no pienso pasar ni una noche más sin servicio. Esto es una casa de nivel, Leopoldo.

Leopoldo se incorporó lentamente, sintiendo el peso de los dos millones en cada vértebra. La miró a los ojos, buscando algún rastro de la mujer con la que había compartido cama durante décadas; pero solo encontró a una desconocida preocupada por el orden de los cubiertos.

—Escúchame bien: no hay dinero. No hay agencia. No hay nada. Me han estafado, Virginia. Todo lo que pusimos en esa inversión, el capital de las hipotecas, los ahorros... ha volado. Estamos en la quiebra absoluta. Debo dos millones de euros que no tengo y que nunca podré pagar.

El silencio que siguió fue más pesado que el que había dejado el alemán al otro lado de la línea. Virginia parpadeó, procesando la información con la lentitud de un mecanismo oxidado. La palabra «quiebra» no evocaba en ella conceptos financieros, sino imágenes de terror doméstico.

—¿Estafado? —susurró, y su voz subió varias octavas, hasta convertirse en un silbido—. ¿Me estás diciendo que ese dinero se ha perdido? ¿Que no vas a comprar el apartamento de Marbella? ¿Que... que voy a tener que cocinar yo? ¿Que voy a tener que lavar los platos de las cenas?

La magnitud del desastre no se le reveló como una tragedia humana, sino como un ridículo social insoportable. Imaginó sus manos rojas por el detergente, el olor a fritura en su ropa de seda; las miradas de compasión de sus amigas del club, al verla sin servicio. El pánico al descenso de clase la transformó. Perdió la compostura, la elegancia de fachada y el barniz de educación que había lucido durante décadas.

—¡Imbécil! ¡Eres un imbécil! —gritó, abalanzándose sobre él —. ¡Toda la vida presumiendo de genio, de triunfador, y te dejas engañar como un niño!

Empezó a golpearle el pecho con los puños cerrados, impactos secos y desesperados que Leopoldo recibió sin moverse, como si los golpes fueran la confirmación física de su fracaso.

—¡Eunuco! —le rugió, con el rostro desencajado y la saliva volando entre los dientes—. ¡No eres más que un eunuco impotente! ¡Me has arrastrado a tu miseria! ¡Has destruido mi vida por tu puta arrogancia!

Virginia seguía profiriendo insultos de gravedad creciente, que se agolpaban en su garganta hasta dejarla muda. Entonces, en un gesto que redujo a cenizas cuarenta años de matrimonio y de armonía aparente, se inclinó hacia él y le escupió en la cara. El desprecio en sus ojos era absoluto. En ese momento, Leopoldo confirmó que el respeto que ella le había profesado nunca fue hacia su persona, sino hacia su cuenta corriente. El disfraz de la esposa perfecta había sido disuelto por la ruina.

Leopoldo se quedó inmóvil, sintiendo el rastro tibio de la saliva surcando su mejilla. Virginia seguía vomitando injurias y arrojando objetos contra las paredes. Un jarrón de Murano

estalló contra el aparador, convirtiendo mil euros de artesanía en otras tantas esquirlas traicioneras. El marco de plata con la foto de su boda —esa ilusión de felicidad blindada— voló hacia el ventanal, fracturando el cristal en un mapa de grietas negras concéntricas. Virginia no solo destrozaba el mobiliario; estaba liquidando, de la forma más ruidosa, lo que Félix ya había ejecutado en el silencio de los despachos. El salón de diseño se había transformado en el escenario de una tragedia griega. Solo quedaba el eco de una dignidad que ya no pertenecía a nadie.

La ejecución de la quiebra fue un proceso de una frialdad mecánica. El banco liquidó el patrimonio de Leopoldo con una precisión implacable. El chalet de las afueras, la casa de la playa donde los veranos parecían eternos, el refugio de montaña y el piso de Alicia fueron devorados por la maquinaria de las subastas. Aquellas propiedades, antaño emblemas de una casta invulnerable, terminaron en manos de los vampiros del capital. En la penumbra de los juzgados, sujetos como Arcadio adquirieron los restos del naufragio, cebando así la rueda del beneficio obsceno.

Virginia, fiel a su naturaleza, prefirió no esperar a que cortaran la luz. Se marchó una mañana sin dejar nota ni rastro, desapareciendo en una nebulosa de rencor y silencio, como si su existencia hubiera estado ligada únicamente a la solvencia de un apellido.

Para Alicia, el golpe fue terminal. El peso de su divorcio anterior, sumado al fracaso de su relación con Félix y la caída en desgracia de su padre, cristalizaron en una depresión reactiva que la dejó alienada. Ya no existía la clínica de porcelana donde vender sus horas a precio de oro. Solamente le quedaba el hospital público, donde arrastraba su sombra cada mañana, incapaz de sostener la mirada de sus colegas. Su nivel de vida se degradó hasta la insignificancia, convirtiéndose en la heredera de un legado de deudas y deshonra. En sus círculos sociales, su nombre pasó a ser una advertencia; un eco que todos preferían

olvidar, para no sentirse identificados.

Leopoldo, despojado de su armadura social y de su linaje, quedó reducido a un espectro que erraba por una ciudad que ya no registraba su existencia. En un intento desesperado por frenar aquel descalabro, acudió a vender su colección de relojes. Estaba convencido de que aquellas piezas de alta ingeniería aliviarían su difícil situación. No obstante, el hachazo final fue de una ironía insoportable: tras el examen de los expertos, se confirmó que su tesoro no era más que una legión de réplicas.

El descubrimiento le arrastró ante un juzgado de instrucción, señalado por un presunto delito de estafa. Solo su antiguo prestigio en los círculos de lujo y la piedad corporativa de la joyería —que retiró la denuncia, al comprender que aquel hombre era solo la víctima de un engaño— le evitaron una condena penal. No hubo una épica del desastre; solo el cierre contable de una vida que se creyó granito y resultó ser humo. Félix, desde su sótano, ya había pasado página: el activo «Leopoldo» había sido liquidado. El saldo, finalmente, quedó en cero.

Capítulo XIV - La disección de la avaricia

El búnker de Tetuán, bajo la luz fantasmal de los fluorescentes, estaba impregnado del aroma seco, casi mineral, de los diez millones de euros. Félix y Arcadio permanecían sentados sobre cajas de caudales vacías, celebrando la caída del imperio de los ciegos. Arcadio, con un vaso de aguardiente en la mano, se ahogaba en carcajadas recordando la última vez que vio a Leopoldo: el hombre que medía el éxito en metros cuadrados o por el peso de un reloj de acero.

—¡Hubiera dado otro millón por verle la cara cuando el banco le bloqueó las tarjetas! —estalló Arcadio, golpeándose el muslo con su mano artrósica—. ¡Las vacas, Félix! ¡Las vacas están en el matadero! ¡Ahora son solomillos! ¡Ni eso, son albóndigas y hamburguesas!

Félix observaba el rictus de Arcadio, retorcido por su risa grotesca. La euforia deformaba sus facciones todavía más. Sus ojos se sumergieron bajo las arrugas de su rostro, de textura escrotal, mientras reía. Él no sentía la alegría volcánica del viejo, sino la satisfacción aséptica de quien termina una auditoría y ve que los números cuadran.

—Ni siquiera son carne, Arcadio —corrigió Félix con indiferencia—. Si lo fueran, tendrían algún valor.

De pronto, la risa de Arcadio se cortó en seco, como si una fuerza invisible le hubiera atenazado la garganta. Su rostro, antes encendido por el triunfo, se tornó grisáceo. Se llevó una mano al centro del pecho, clavando los dedos en la solapa de su chaqueta raída. Sus ojos emergieron de la profundidad de sus arrugas. Ahora parecían abandonar sus órbitas, bañados por una capa de sudor frío que le inundó la frente.

—Félix... —gimió, y su voz era un estertor—, me duele... es como un hierro al rojo vivo... me desgarra por dentro.

Félix no se movió de su asiento. Con una calma metódica, dejó su copa sobre una pila de billetes y observó la escena. Su mirada no contenía rastro de pánico, ni siquiera de sorpresa; era su mirada de patólogo cuando se asomaba al ocular del microscopio: científica, impersonal y fría.

«Cortejo vegetativo evidente» murmuró Félix para sí mismo, evaluando la palidez y la sudoración profusa del anciano.

Se levantó y se acercó a Arcadio, que ya se había deslizado de la caja, para quedar de rodillas en el suelo, retorciéndose. Le tomó el pulso en la muñeca derecha y luego en la izquierda. Con los dedos, trató de palpar en el cuello la arteria carótida.

—Asimetría de pulsos braquiales —describió Félix, con una voz desprovista de toda emoción—. Dolor lancinante irradiado a la espalda. No es un infarto, Arcadio. Es una disección aórtica. Tu arteria principal se está rasgando, como una tela vieja. La sangre está fluyendo por donde no debe, separando las túnicas más internas de la aorta.

—Llama... llama a una ambulancia... —suplicó Arcadio, extendiendo una mano temblorosa que buscaba el abrigo de su discípulo—. Pide ayuda... todavía hay tiempo... haz algo, Félix...

Félix se apartó de la mano de Arcadio, como si su contacto físico pudiera contaminarle. Después dio un paso atrás, para evitar que el viejo ensuciara sus zapatos con su saliva, que ya asomaba por la comisura de sus labios. Sacó del bolsillo su teléfono móvil, pero no para llamar a los servicios de emergencia. Simplemente, consultó un mensaje.

—No voy a llamar a nadie, Arcadio —dijo Félix, cuyo tono era el de un conferenciante explicando un proceso natural—. En el mejor de los casos, la cirugía sería compleja. El postoperatorio, a los ochenta y cinco años, te haría vivir un infierno. Insoportable para tu organismo. En el peor, morirías en la mesa de

operaciones. Ha llegado tu hora, Arcadio. Es el final del camino.

Arcadio emitió un quejido agónico, una mezcla de dolor y terror metafísico.

—¡Soy tu socio! ¡Te lo he dado todo! ¡El dinero... los contactos...! ¡Ayúdame!

Félix lo miraba con los brazos cruzados. El anciano, ya sin control sobre sus esfínteres, se deshacía en su sufrimiento. Su último rastro de dignidad se evaporaba entre el olor a orina y a papel moneda.

—Y yo te lo agradezco, Arcadio. Lo digo completamente en serio —respondió Félix con una sinceridad espantosa—. He aprendido mucho de ti, pero no sobrevivirás. En todo caso, ¿qué harías? ¿Pagar otro año de agonía en una residencia de lujo? ¿Gastar dinero en que te cuiden? Prometo darle el mejor uso posible a tu parte del botín. Transformaré tu legado en puro poder. Ese será mi homenaje. Multiplicaré cada euro de esta habitación. No malgastaré ni uno.

Arcadio intentó gritar, pero solo consiguió expulsar un hilo de sangre oscura por la boca. Su mirada se clavó en Félix, buscando un átomo de piedad; un destello de humanidad en aquel joven, al que había moldeado a su imagen y semejanza. No encontró nada. Solo le ofreció vacío. Su indiferencia tan absoluta que parecía esculpida en piedra.

Félix se agachó un momento; no para consolarlo, sino para recoger un fajo de billetes que había quedado cerca del cuerpo espasmódico de Arcadio. Se limpió una pequeña mancha de polvo del pantalón.

—Adiós, Arcadio. Ha sido un placer conocerte, de verdad.

Félix se dio la vuelta y caminó, con paso firme, hacia la puerta blindada. No miró atrás ni una sola vez, apagando la luz al salir. Mientras se marchaba del búnker, escuchó el último estertor del hombre que le había enseñado todo, el crujido de la vida abandonando un organismo en quiebra. Cerró la puerta con

llave, dejando al anciano morir en la oscuridad, en solitario. Rodeado de la única compañía que Arcadio había amado de verdad: el dinero. Millones de euros que ahora, en virtud de la ley del más fuerte, pertenecían íntegramente a Félix. Solo era cuestión de tiempo volver a recogerlos.

En el ascensor, se miró en el espejo con una leve sonrisa. El mundo era por fin un lugar más limpio. Habían matado a las vacas y el otro carnicero acababa de expirar. Sintió que, finalmente, era dueño de todas esas vidas.

***

Según pasaron las semanas, el sótano de la calle Claudio Coello se había transformado en el sepulcro de un hombre vivo. Tras la muerte de Arcadio, Félix procedió con el rigor de un archivista de las sombras. El cadáver del viejo quedó enterrado en el olvido de los que no tienen a nadie. Los diez millones de euros, fajo a fajo, habían sido trasladados a un escondite que solo él conocía. Una vez concluida la logística, el silencio que se instaló en su vida fue más aterrador que cualquier grito.

Félix llevaba un mes habitando la penumbra. Su rutina era una arquitectura de hielo. Por las mañanas acudía al hospital, donde su bata blanca parecía ahora su verdadera piel. Allí, entre microscopios y cortes de tejido muerto, se sentía en su elemento. Diagnosticaba enfermedades con una frialdad mecánica, sin el menor destello de emoción. Era un excelente patólogo porque ya no era humano. Sin embargo, al final de su jornada, el mundo se volvía un desierto insoportable.

Se encerraba en el sótano a las cuatro de la tarde. No miraba el teléfono, no abría un libro, no escuchaba música. Se sentaba en su cama de hierro, con la espalda apoyada en la pared, y dejaba que las horas pasaran sobre él, como capas de polvo. La ruina de Leopoldo y su familia —a quienes sabía viviendo en una

indigencia vergonzante, devorados por las deudas y el odio mutuo— ya no le producía ni siquiera el placer del sádico. La destrucción de Alicia había sido su obra maestra; pero, una vez terminada, el lienzo estaba en blanco y el pincel pesaba demasiado.

Lo más terrible no era la falta de emoción, sino la parálisis de su propio motor: su avaricia había muerto. Félix descubrió, con un horror sordo, que era incapaz de disfrutar de su fortuna. Tenía millones a su disposición, capital suficiente para realizar cualquier sueño material; pero no era posible, pues carecía de proyectos. Cada vez que se planteaba alquilar una vivienda digna o comprar un mueble que no fuera de desguace, un desasosiego visceral le atenazaba el estómago.

El gasto se había convertido en una transgresión cada vez más dolorosa. La patología de Arcadio había mutado en él con una virulencia extrema: poseer el dinero era lo único que le mantenía erguido, pero desprenderse de un solo euro le producía una sensación de vulnerabilidad insufrible. Prefería dormir en aquel colchón hundido y comer inmundicias antes que ver disminuir, aunque fuera de forma insignificante, la cifra abstracta de su botín.

Estaba muerto en vida a los veinticinco años. Su existencia era un búnker de avaricia que le aislaba de cualquier contacto. En el hospital, no hablaba con nadie más allá de lo estrictamente necesario. Sus colegas evitaban su mirada, intuyendo que tras esos ojos claros no había nadie; solo una calculadora que funcionaba en el vacío. No tenía amigos, amantes ni deseos. El dinero, que debía ser su libertad, se había convertido en su celda.

Se miraba las manos en la penumbra del sótano y veía las de un anciano. La ambición pura, sin objeto ni sentido, le había consumido la juventud antes de que pudiera estrenarla. Era el dueño de diez millones de euros, pero también el prisionero de un sótano, que olía a moho y a tiempo perdido. La victoria era

total y, por el mismo motivo, el vacío que habitaba en su pecho era igualmente absoluto.

La degradación de Félix no fue física, sino ontológica. No descuidó su apariencia ni permitió que su ropa se ensuciara. Al contrario, su aspecto se volvió de una pulcritud cadavérica. Pero dentro de aquel traje impecable y tras la bata del hospital, el vacío había empezado a emitir una radiación gélida.

A finales de febrero, Félix dejó de encender la estufa eléctrica del sótano. No era una decisión consciente por ahorrar, sino una sumisión instintiva a la temperatura de su propio espíritu. Se acostumbró a contemplar su aliento, transformado en vapor blanco en la penumbra. El frío dejó de ser una molestia para convertirse en su medio natural.

En el hospital, su comportamiento cruzó la frontera de lo inquietante. Ya no era solo un hombre reservado; se había convertido en una presencia que incomodaba a los vivos. Un día, durante una autopsia, Félix se sorprendió a sí mismo acariciando la superficie, lisa y fría, de un hígado. Lo hacía con una ternura que nunca había mostrado a un ser humano. Sentía más afinidad por la materia inerte que por sus compañeros, que intentaban —cada vez con menos frecuencia— entablar una conversación con él.

—Félix, nos vamos todos a tomar algo dentro de un rato, ¿te vienes? —le preguntó una vez una joven residente, con una sonrisa que aún no conocía el veneno.

Félix la miró. Fue una mirada larga, una disección visual que pareció durar una eternidad. No vio a una compañera; vio un conjunto de sistemas biológicos destinados a la hipoteca, al consumo y a la eventual putrefacción.

—No —respondió simplemente. No dio excusas. No hubo una sonrisa de compromiso. Solo el silencio que siguió a la negativa, tan incómodo que la joven retrocedió un paso, sintiendo un escalofrío inexplicable.

Su aislamiento se volvió peligroso cuando empezó a despreciar la comida. El acto de comprar víveres le resultaba una capitulación ante la necesidad, una debilidad que le obligaba a interactuar con el mundo de los «vivos y sus transacciones». Empezó a alimentarse casi exclusivamente de lo que podía sustraer del hospital: sobres de glucosa y suplementos vitamínicos. Recurrió al pienso para perros cuando no era suficiente, ya que podía comprarlo en grandes cantidades, y así evitar visitas al supermercado.

En la soledad del sótano, su mente empezó a construir una cosmogonía donde él era el único habitante real. Los diez millones de euros ya no eran dinero; eran su «masa crítica», el núcleo de un planeta muerto alrededor del cual orbitaba su existencia. A veces, sacaba un fajo de billetes de quinientos y lo colocaba sobre su pecho mientras dormía, buscando sentir el peso de un poder que no sabía cómo ejercer.

Algunas noches, la falta de estímulos le provocaba alucinaciones auditivas. Escuchaba la risa asmática de Arcadio resonando en las tuberías de plomo. Otras veces, era el llanto de Alicia, mezclado con el sonido de la orina cuando impactó la piedra de la tumba. No sentía por ello culpa ni miedo, pero sí un aburrimiento cósmico. Una indiferencia tan vasta que hasta respirar le parecía un esfuerzo excesivo; una inversión de las que no reportan dividendos.

Félix se estaba convirtiendo en una singularidad: un hombre con recursos inmensos; pero que había renunciado a la vida para preservar el capital que le permitía poseerla. Estaba atrapado en la paradoja del avaro absoluto: para que el dinero fuera infinito, él tenía que ser nada. Y en esa nada se sumergía cada tarde, sentado en su colchón, mirando fijamente la trampilla cerrada del sótano. Esperaba un destino que, por ley natural, sabía que se cumpliría, sin que le importase el momento. Le era indiferente si pudiese ocurrir al día siguiente o tras otros cincuenta años de una existencia sin propósito.

Se pasó la mano por la cara y sintió la aspereza de su propia piel. Tenía diez millones de euros, pero el frío le calaba hasta los huesos, como si no tuviera nada. Fue entonces cuando la verdad se le reveló con la nitidez de una hoja de balance, sin adornos místicos ni justificaciones financieras. «He tenido el amor de Alicia, el de mis padres, la mentoría de Arcadio, la complicidad de Fernando, la camaradería de mis compañeros... —repasó mentalmente, como quien enumera órganos inservibles en una bandeja de disección—. Y de nada queda rastro. Todo ha sido amortizado a cero. De todo ello, nada es tangible. Nada puede guardarse en una caja fuerte, así que no vale nada».

Acarició la libreta negra donde registraba su contabilidad. En ella había hecho constar los diez millones. Era un objeto sagrado que él mismo había bautizado como el «Evangelio del Céntimo». Para Félix, tocar un solo euro no era una pérdida económica. Era un sacrilegio. Había alcanzado la cima de la avaricia: el dinero ya no era un medio, sino una deidad que exigía el sacrificio total de su poseedor.

Recordó entonces a su padre. Casi desde la cuna, Julián había instruido a Félix en el terreno de la filosofía y en otras áreas del saber humano. Le recordó sentado en la biblioteca, explicándole en su infancia los principios de la razón. «*Ex nihilo nihil fit* —citaba Julián con voz pausada—; ya lo decía "Renato": de la nada, nada viene». Félix, con gesto impasible, meditó con una frialdad técnica. «El viejo Descartes tenía razón, pero se quedó corto —pensó el avaro—. Hacia la nada, todo se dirige». Comprendió que su fortuna era una cifra, donde los ceros a la derecha no sumaban valor, sino distancia. Distancia entre él y el resto de los vivos.

Se levantó y miró las paredes desnudas del sótano. Ese desierto de cemento que era su único reino. «La avaricia, cuando es pura, no construye imperios; construye desiertos», se dijo en la oscuridad.

Al pronunciar esas palabras, sintió una extraña ligereza. No

era arrepentimiento, sino la simple constatación de un hecho objetivo. Había buscado la «masa crítica» para ser un dios, pero solo había logrado fabricar un vacío tan vasto que ya no le quedaba nada que poseer. Y aunque lo poseyese, puesto que disponía de medios, inteligencia y años de vida para intentarlo, comprendió que nada cambiaría. El dinero era la arena de un desierto, infinita y estéril, que se le escapaba entre los dedos. Quedó, por fin, íntimamente convencido: por más ceros que añadiese a la derecha de esa cifra, el resultado siempre sería el mismo.

Apagó la luz y se tumbó, cerrando los ojos. El zumbido de sus propios pensamientos era lo único que le acompañaba en la negrura. Ya no quedaba más por calcular. El mapa estaba completo y el territorio que mostraba era eso: la nada. A la mañana siguiente, cuando se contempló en su espejo roto, lo tuvo claro. Seguía viendo el envase, pero su contenido ya se había evaporado.

Capítulo XV - El objeto

Los días se sucedieron con una lentitud de piedra, como si el tiempo se hubiera solidificado sobre la ciudad. Una mañana de marzo, que amaneció con un frío cáustico y una neblina de color ceniza, el Manzanares se estancaba bajo el puente de Segovia. Tenía la densidad de un intestino congestivo, incapaz de evacuar el lodo y la materia inerte que saturaba su cauce.

El aire, cargado de humedad y hollín, se pegaba a los sillares de granito como un sudario infecto. Cerca de uno de los pilares, los operarios de limpieza, acostumbrados al sedimento del detrito urbano, divisaron un bulto que el río se negaba a digerir. Había una masa opaca, semihundida en el légamo, que el escaso y lento caudal no lograba arrastrar. Parecía como si el fango la hubiese reclamado para sí.

Cuando los bomberos lo izaron y la masa golpeó el asfalto, se reveló su naturaleza. La atmósfera se inundó de un hedor dulce y pútrido, procedente de aquel cuerpo. El cadáver era una burla grotesca de la anatomía; una negación de las proporciones humanas. La piel, blanca y viscosa, recordaba al jabón rancio. Allí donde la corriente o los peces habían dejado su impronta, se desprendía en jirones grasientos. El rostro, una amalgama de hinchazón y gases, era la encarnación del anonimato: una máscara inflada y sin nombre. Las cuencas oculares, vaciadas por la fauna necrófaga del río, apuntaban al cielo gris con la indiferencia de un objeto.

En torno al cuello, una soga de *nylon* azul —barata, de bazar— sujetaba con un nudo de precisión una piedra de granito de unos quince kilos. Llevaba un traje de lana fría, visiblemente caro, pero ahora convertido en una armadura de residuos

compactados; una segunda piel de lodo y algas, que se amoldaba a la concavidad del vientre.

Horas más tarde, el cadáver fue trasladado al Instituto Anatómico Forense. En la sala de autopsias, bajo una luz fluorescente que no permitía ambigüedad ni sombras, el cuerpo fue depositado sobre una de las mesas de acero inoxidable. El agua corría con un murmullo constante, arrastrando el lodo del Manzanares hacia los sumideros. Dos auxiliares, acostumbrados a la rutina de la carne muerta, despojaron a aquel resto biológico de su última capa de civilización.

Las tijeras cortaron con esfuerzo el tejido empapado, endurecido por el fango. El traje, una vez símbolo de estatus, ahora caía en retales oscuros sobre el suelo de rejilla. Fue al liberar la muñeca izquierda cuando la cruda luz del techo, de manera imprevista, reflejó un brillo frío de una insolencia inesperada. Allí, ceñido a un hueso que ya se adivinaba bajo la piel jabonosa, resplandecía un *Nautilus* de acero con esfera azul.

El contraste resultaba obsceno. El metal y el cristal de zafiro permanecían inalterados, ajenos a la putrefacción que los rodeaba. Su mecanismo aún funcionaba, con absoluta indiferencia. El segundero se deslizaba con suavidad, marcando una hora exacta que ya no pertenecía a nadie. Era el único objeto con propósito sobre aquella mesa de disección.

El ambiente era de una esterilidad metálica, impregnado por el olor penetrante del formol. El cuerpo fue etiquetado como «Sujeto 402». Ya limpio, dos forenses lo examinaban impasibles.

—Esta pieza va a dar guerra —comentó el primero, abriendo un surco en la grasa blanca del pecho. El metal avanzaba con una succión viscosa—. El tejido está muy degradado. Mira este hígado, está casi licuado.

—Típico de los ahogados —respondió el segundo. El disco de la sierra mordió las costillas con un chirrido estridente—. Pulmón de sumersión de libro. Con ese lastre de granito, se

aseguró de no volver.

Al vaciar los bolsillos del pantalón, el auxiliar extrajo un pequeño fajo de papel apelmazado. Eran tres billetes de diez euros, húmedos y adheridos entre sí por el légamo del río. Formaban una pasta color ocre. El auxiliar los dejó sobre la bandeja de acero, junto a una cremallera oxidada, sin concederles importancia. Eran treinta euros que ya no servían para pagar nada.

De pronto, el reloj de pared dio las dos. Su sonido metálico rompió el ritmo de los cortes.

—¿Lo dejamos aquí? —preguntó el forense más joven, soltando el instrumental—. Me muero de hambre. Han abierto un sitio de kebabs por aquí cerca, que dicen que está bien.

—Venga, vamos —asintió el mayor, quitándose los guantes con un chasquido elástico—. Si este no tiene prisa. No irá a ninguna parte.

Se lavaron las manos, intercambiando un comentario trivial sobre el precio de la gasolina y el partido de la noche anterior. Salieron de la sala bromeando, apagando una de las filas de luces. La pesada puerta se cerró con un eco seco, dejando el lugar en un silencio absoluto.

El cuerpo se quedó solo.

Sobre la fría mesa, el cadáver abierto en canal era una naturaleza muerta de vísceras. Sus pulmones, que tanto aire de superioridad habían inhalado, estaban ahora expuestos. Su cerebro, que había procesado estafas millonarias y desprecios filosóficos, era una masa grisácea, que empezaba a escurrirse por el desagüe.

No había gloria en su final. Solo quedaban los azulejos blancos, con su asepsia implacable. Su organismo se había reducido a lo que siempre creyó que eran los demás: un objeto inanimado, un trozo de carne inerte que aguardaba, bajo el goteo rítmico de un grifo, a ser cosido y arrojado a una fosa

común. Tan anónima y fría como el dinero que nunca llegó a gastar.

El zumbido de los halógenos sonaba exactamente igual que la bombilla del sótano de Claudio Coello. Fuera, el mundo seguía girando con su mediocridad habitual. Indiferente al hombre que quiso poseerlo todo, pero ya ni era dueño de su propio nombre. Ahora era una entrada contable cancelada; materia descompuesta, completamente inútil. No cabía hablar de muerte, sino de un cuerpo amortizado. La auditoría había concluido: ya no quedaban capital ni deudas. Solo el silencio, que era, por fin, gratuito.

Epílogo

Dicen que el agua del Manzanares no limpia, solo arrastra. Félix fluyó por sus cauces con la misma indiferencia con la que acumuló sus monedas. Hoy, en alguna estantería o en algún archivo digital, estas páginas son lo único que queda de su paso por el mundo. Un rastro de tinta que no vale nada, que no compra nada, y que sin embargo da fe de que una vez hubo un hombre que decidió convertirse en piedra antes que en ceniza.

Este libro ha costado cientos de horas de vida y se entrega de forma gratuita. Es el último insulto a la memoria de Félix: un regalo que él jamás habría comprendido.